

G. K.
CHESTERTON

EL SECRETO DEL PADRE BROWN

Lectulandia

Habla Flambeau, el más cercano de los amigos del rubicundo sacerdote: «Robé durante veinte años, con estas dos manos, y escapé a la policía con estos dos pies. Espero que juzgará prácticas mis actividades. Espero que opinará que, tanto mis jueces como mis perseguidores, tuvieron que habérselas con verdaderos crímenes. ¿Y cree usted que no conozco su modo de castigarlo y reprenderlo? ¿No he sufrido el juicio de los justos y la mirada fría de los respetables? ¿No he soportado sus enseñanzas, frías y distantes? ¿Y cree que no me han preguntado cómo es posible caer tan bajo, y que no he oído decir que no hay ni una sola persona decente que pueda ni soñar en esas bajezas? ¿Creerá usted que todas esas observaciones no sirvieron para otra cosa sino para hacerme reír? Únicamente cuando mi amigo me explicó la motivación exacta del móvil de mis robos, sólo desde entonces dejé de robar».

Lectulandia

G. K. Chesterton

El secreto del padre Brown

ePub r1.0
IbnKhaldun 10.07.13

Título original: *The Secret of Father Brown*
G. K. Chesterton, 1927
Traducción: Isabel Abelló de Lamarca

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.0

El secreto del Padre Brown

Flambeau, que en un tiempo fue el criminal más famoso de Francia y más tarde detective privadísimo en Inglaterra, hacía ya, por el presente, bastante tiempo que se había retirado de ambas profesiones. Personas hay que opinan que la carrera del crimen le había dejado demasiados escrúpulos para la de detective. Sea ello lo que fuere, lo cierto es que, tras de una vida de escapatorias románticas y de evasiones, dejose caer por fin en un lugar que para algunos parecía encerrar una dirección muy apropiada: en un castillo de España.

Sin embargo, el castillo, aunque macizo, era relativamente pequeño; la viña negra y las tierras verdes del huerto cubrían una extensión considerablemente grande de la falda y ladera oscura de un monte. Flambeau, después de tantas aventuras de violencia, poseía aún aquello que es patrimonio de tantos latinos, y que es fatal, por ejemplo, a tantos americanos: la energía para retirarse. No es infrecuente que un gran propietario de hotel tenga como ambición el convertirse en un pequeño terrateniente en su carrera, en el preciso instante en que podía haberse convertido en millonario detestable comprando una hilera de comercios, para replegarse a los linderos de un hogar y sus dominios.

Flambeau se había enamorado casual y repentinamente de una dama española, con quien casó y de la cual tuvo numerosa descendencia en una de las provincias españolas, sin dar muestra de querer traspasar sus límites, pero cierta mañana su familia le vio inquieto y desasogado; dejó atrás a los chiquillos y descendió gran parte de la vertiente para ir al encuentro de una persona que se acercaba por el valle, aun cuando dicha persona no fuera más que un punto negro en el horizonte.

El punto negro fue creciendo en tamaño, si bien cambió poco de forma, pues continuó siendo, hablando en términos generales, tan negro como redondo. Las ropas negras de los clérigos no eran desconocidas por aquellos andurriales, pero éstas, sin dejar de ser clericales, tenían a la vez algo de vulgar y desaliñado comparadas con la sotana, y acreditaban al que las usaba como habitante de las islas del noroeste con la misma claridad que si hubiese llevado un cartelito diciendo: *Claphan Junction*[1]. Llevaba en la mano un paraguas cuya empuñadura parecía una pequeña porra y a la vista de la cual su amigo latino estuvo a punto de derramar lágrimas de emoción, pues aquel paraguas había tomado también parte en muchas aventuras que él y el Padre corrieron juntos en otro tiempo. El visitante no era otro que el amigo del francés, el Padre Brown, que venía a rendirle, por fin, una visita muy deseada y muy aplazada. Se escribían con frecuencia, pero no se habían visto desde hacía varios años.

El Padre Brown se acomodó pronto dentro del círculo familiar, que era lo bastante grande para dar la sensación de compañía o de comodidad. Fue presentado a las tres

figuras de madera pintada y dorada de los Reyes Magos, que son los que traen los juguetes a los niños, pues España es un país en el cual las cosas de los niños pesan mucho en todos los hogares.

También le fueron presentados el perro y el gato, y todos los seres animados del corral. Y a su vez lo fue él a un vecino que, como él mismo, había traído al valle el soplo y las maneras de las tierras lejanas.

Ocurrió que durante el transcurso de la tercera de las tardes que el sacerdote pasaba en la casona, vio llegar a ésta a un extranjero que saludó a los dueños de la misma con saludos que ningún grande de España sería capaz de imitar.

Se trataba de un caballero alto, delgado, de cabello gris y muy elegante. Sus manos, puños y gemelos, tenían un no sé qué de subyugador en su extremada limpieza. Sin embargo, su rostro estirado, nada tenía de aquella languidez que en nuestro país solemos asociar por lo común, en las caricaturas, con la manicura y los puños largos. Antes bien, era agudo y estaba alerta; y los ojos tenían una expresión de inocencia y perspicacia que no suelen andar unidos con mucha frecuencia a los cabellos grises. Esto sólo podía haber servido para determinar la nacionalidad de la persona; como asimismo la pequeña entonación nasal de su refinada voz y el modo como aceptaba incondicionalmente la antigüedad de todo cuanto le rodeaba, de origen europeo. Este personaje era nada menos que el señor Grandison Chace, de Boston, viajero americano que se había detenido a descansar de sus viajes americanos en la propiedad contigua; en una especie de castillo semejante a éste donde se encontraba ahora, situado sobre una colina aproximadamente igual. Disfrutaba con su castillo y consideraba a su vecino como una curiosidad local del mismo tipo que aquél. Flambeau había logrado dar, como ya hemos dicho, la impresión de que había echado raíces al retirarse. Pudiera haber vivido allí durante siglos, creciendo junto a su higuera y su viñedo; había adoptado su nombre familiar de Duroc, pues el otro que usaba de «La Antorcha» no era sino lo que se podía llamar un *nom de guerre*, semejante a aquellos con que otros se encubren para hacer la guerra a la sociedad. Sentía verdadera debilidad por su mujer y su familia, y no se alejaba de la casa sino lo conveniente para cazar un poco, lo cual constituía para el americano la personificación de una respetabilidad sobrada y un moderado bienestar ya que era lo bastante sensato para admirar a la gente del Mediterráneo. A la piedra rodante del Oeste le alegraba descansar durante unos minutos sobre la roca del Sur que había recogido tanto musgo. El señor Chace había oído hablar del Padre Brown; y, al dirigirse a él, su tono cambió como si se tratara de una celebridad. Surgió en él el instinto del reportaje, cauto, pero alerta. Si es verdad que quiso hacer seguir al Padre Brown como si fuera una muela, no lo es menos que lo hizo sin dolor, como un hábil y mañoso dentista americano.

Hallábanse sentados en la entrada de la casa, que formaba como un patio abierto y

a medio techar, de esos que tanto abundan en España. Era ya hacia el atardecer, pero a esa hora en que empieza a refrescar después de la puesta del sol, tenían encendida una pequeña estufa, que asomaba unos ojos relucientes cual los de un enano y dibujaban un arabesco rojo en el suelo; sin embargo, ninguno de los benéficos rayos alcanzaba la pared interior de ladrillo que se elevaba hacia la noche azul. La alta y forzuda silueta de Flambeau, con sus largos bigotes cual dos sables, se reflejaba débilmente, mientras iba de acá para allá, vertiendo vino tinto de un gran barril, que pasaba a sus invitados. A su lado, el sacerdote parecía muy pequeño y encogido, como si se hiciera un ovillo junto a la estufa. El visitante americano, por otra parte, apoyaba elegantemente el codo sobre sus rodillas, y sus facciones, afiladas y bellas, quedaban sobre el ruedo iluminado. Sus ojos brillaban con interés inquisitivo.

—Le aseguro a usted, señor, que consideramos el resultado obtenido por usted en el caso del asesinato del Claro de Luna, como el mayor triunfo de la historia detectivesca.

El Padre Brown murmuró algo que quizá hubiera podido ser tomado por un suspiro.

—Todos estamos familiarizados —continuó el extranjero con firmeza— con los resultados obtenidos por Dupin, Nicolás Carter y otras figuras imaginarias del oficio. Pero todos notamos que hay una diferencia notable entre su método de investigación y el de esos otros pensadores, ya sean imaginarios o reales. Algunos han llegado a decir, señor, si la diferencia de método no estribaría en la falta de método.

El Padre Brown persistió en su silencio, pegó un pequeño respingo cual si se hubiese amodorrado sobre la estufa, y dijo:

—Perdone. Sí… Ausencia de método… Ausencia de pensamiento: eso es, me temo mucho que así sea.

—Yo diría que lo que falta es un método rigurosamente científico —continuó el investigador—. Edgar Poe nos da a conocer varios pequeños ensayos en forma dialogada, en los cuales refiere el método de Dupin con sus cautivadoras trabazones lógicas. El doctor Watson, por su parte, se vio obligado a aguantar algunas exposiciones muy precisas del método de Holmes, basadas en sus observaciones de índole puramente material. Pero me parece que a nadie le ha sido expuesto su método, Padre Brown, y me dijeron que usted había rehusado dar un curso de conferencias por los Estados Unidos destinados a exponerlo.

—En efecto —repuso el sacerdote frunciendo el entrecejo y mirando a la estufa —, rehusé.

—Su negativa dio pie a algunos temas de conversación interesantes y no faltó quien opinara que su ciencia no podía ser explicada por ser algo más que una ciencia racional. Dicen que su secreto no es para divulgarlo, porque es de carácter oculto.

—¿Por qué? ¿Qué es? —preguntó el Padre Brown—. Pues algo así como

esotérico —contestó el otro—. Puedo decirle que la gente se armó un buen lío con el asunto de Gallup, con el de Stein, luego con el del viejo Merton y ahora con el del juez Gwynne y el del doble asesinato cometido por Dalmon, que era bien conocido allá en los Estados Unidos. Y allí estaba usted, metido siempre en medio de todos, explicándoles a todos, cómo se había desarrollado, sin decir nunca cómo había llegado usted a descubrirlo. Hubo quien llegó a imaginarse que usted lo sabía sin mirar, por decirlo así. Y Carlota Brownson dio una tanda de conferencias sobre *Los modos de pensar*, ilustrándolas con esos casos de usted. La *Second Sight Sisterhood* de Indianápolis…

El Padre Brown continuaba mirando a la estufa y dejó escapar en voz alta, pero como si pensara:

—¡Huy! Esto no puede ser.

—Yo no sé cómo podrá evitarse —dijo el señor Chace con humor—. La *Second Sight Sisterhood* es algo de cuidado. El único procedimiento que se me ocurre para obtener éxito es que nos diga su secreto.

El Padre Brown lanzó un pequeño gruñido. Escondió el rostro entre sus manos y permaneció de esta manera sumido en sus pensamientos. Levantó luego la cabeza, y aceptó con voz opaca:

—Muy bien. Tendré que decir el secreto.

Su mirada se posó severa sobre el oscurecido paisaje, que abarcaba desde los ojos chispeantes de la estufa hasta el lienzo de pared antigua por encima de la cual iban dibujándose con precisión creciente las luminosas estrellas del Sur.

—El secreto es —dijo, y se detuvo como si no pudiera continuar. Minutos después recuperó el habla para decir:

—Vea usted: fui yo quien maté a todas esas personas.

—¿Cómo? —interrogó el otro con un hilo de voz en medio de un silencio expectante.

—Verá usted, yo mismo los asesiné —explicó el Padre Brown pacientemente—. De este modo comprenderá el porqué sabía yo cómo se desarrollaron los hechos.

Grandison Chace se irguió con toda su portentosa estatura, semejante a un hombre levantado hasta el techo por algo así como una explosión lenta. Y, mirando a su interlocutor, volvió a repetir su asombrosa respuesta.

—Yo mismo había planeado cada uno de los asesinatos cuidadosamente —prosiguió el Padre Brown—. Me había imaginado con todos los pormenores cómo se podía llegar a semejante cosa y en qué estado mental podría hacerse. Y cuando estuve completamente seguro de que el asesino había sentido lo que yo, entonces, naturalmente, sabía quién era.

Chace dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Me asustó usted de veras —dijo—. De momento creí que decía en serio lo de

que había usted sido el asesino. Y también me lo figuré por espacio de unos segundos, corriendo por los Estados: «Agente santurrón declarado asesino: Los Cien Crímenes del Padre Brown». Comprendo, comprendo, pero si no es más que una manera de hablar y usted quiere decir con ello que intento reconstruir la psicología…

El Padre Brown golpeó impaciente la estufa con la corta pipa que se disponía a llenar. Uno de sus raros gestos de impaciencia se dibujó en su rostro.

—No, no, no —dijo, casi enojado—. No quiero hablar hipotéticamente. En esto es en lo que a menudo se desemboca queriendo hablar de cosas profundas… ¿De qué sirven las palabras? Si se trata de hablar de una verdad, que es sencillamente moral, la gente cree siempre que se trata de una metáfora. Un hombre hecho y derecho, con sus dos piernas y que aún vive, me dijo en cierta ocasión: «Yo no creo en el Espíritu Santo más que en un sentido espiritual». Naturalmente, le contesté: «¿En qué otro sentido podría usted creer en Él?». Y entonces él creyó que yo quise decir que no era necesario que creyera en ninguna otra cosa que no fuera el evolucionismo o amistad ética, o alguna otra paparrucha semejante… Yo quise decir, y digo, que me vi a mí mismo cometiendo los asesinatos. No digo que los ejecutara. Pero ahora no se trata de eso. Un ladrillo o cualquier trasto habría servido para perpetrarlos. Lo que yo quiero decir es que pensé y pensé de qué manera podría un hombre llegar a ser así, hasta que me daba cuenta de que yo mismo era de aquella manera, en todo, menos en aceptar el consentimiento formal de la acción. Me lo sugirió una vez un amigo mío como ejercicio religioso. Me parece que él lo debió sacar del Papa León XIII, por quien siempre sentí una gran debilidad.

—Me temo —observó el americano mirando al Padre Brown con aire de duda y como quien se enfrenta con un animal raro— que tendrá que explicarme usted muchas cosas antes de que llegue a saber de qué me está usted hablando. La ciencia del detective…

El Padre Brown chasqueó sus dedos con la misma expresión de vivo descontento:

—Eso es —dijo—; aquí es, precisamente, donde hemos de empezar a distinguir. La ciencia es una cosa grande. En su sentido verdadero, una de las palabras más grandes del mundo. Pero ¿qué quieren significar con ella esos hombres el noventa por ciento de las veces que la emplean? ¿Cuándo dicen que el detectivismo es una ciencia? ¿Cuándo dicen que la criminología es una ciencia? Ellos se refieren a la que estriba en salirse del hombre y estudiarlo como si fuera un insecto gigante; mantenerlo dentro de lo que ellos dirían una luz fría e imparcial; en lo que yo diría una luz muerta y deshumanizada. Quieren decir llevárselo lejos como si fuera un criminal, como si fuese un animal prehistórico, asombrándose ante la forma de su cráneo de criminal, como si fuera una clase de vegetación inverosímil, semejante al cuerno sobre la nariz de un rinoceronte. Cuando el científico habla de un tipo, no se incluye nunca a sí mismo, sino a su vecino. Probablemente a su vecino más pobre.

No niego que algunas veces la luz fría produzca buenos efectos, aunque, en cierto modo, resulta el inverso de la ciencia. Por cuanto que es conocimiento, resulta la supresión de todo aquello que conocemos. Es tratar a un amigo como a un extranjero, y se llega a pretender que una cosa familiar es algo remoto y misterioso. Es como si se dijera que un hombre tiene una proboscis entre los ojos o que cada veinticuatro horas sufre un ataque de insensibilidad. Bueno, pues, eso a lo que usted llama el secreto, es exactamente lo contrario. Yo no intento eludir al hombre. Lo que yo intento es meterme dentro del asesino… en verdad… ¿No ve usted que esto es mucho más que lo otro? Me meto dentro de un hombre. Siempre estoy dentro de uno, muevo sus brazos y piernas; pero espero y trabajo hasta hallarme dentro de un asesino, pensando sus pensamientos, acunando sus pasiones; hasta que logro vivir en su postura encogida y su odio concentrado; hasta que veo el mundo con sus mismos ojos ensangrentados y entreabiertos asomando por entre las rendijas de su abstracción medio loca, corriendo tras de la perspectiva de un callejón recto que desemboca en un pozo de sangre; hasta llegar a ser un verdadero asesino.

—¡Ahí! —dijo el señor Chace, mirándole con rostro alargado y ceñudo—. ¿Y a eso llama usted un ejercicio religioso?

—Es un ejercicio auténtico al que habría preferido aludir —añadió tras de una pausa—. Pero no podría tolerar que regresase usted a su patria dispuesto a decir a sus compatriotas que yo tenía un secreto mágico relacionado con las *Thought Forms*[2]. Dígame si podría. No me he sabido expresar muy bien, pero eso es la verdad. No existe un hombre que sea realmente bueno, mientras no sepa cuan malo puede llegar a ser, hasta que no se ha dado cuenta de ello con exactitud, puede hablar desdeñosamente de toda su fanfarronería, palabrería y discusión acerca de los criminales, como si éstos fueran simios de la selva y habitaran a millares de kilómetros; hasta que no se ha desprendido de su autoengaño, hablando acerca de las clases y tipos bajos y cráneos deficientes; hasta que no ha expelido de su alma la última gota de la esencia de los fariseos; y hasta el momento en que no tenga la convicción de que ha capturado a un criminal y lo tiene bien guardado debajo de su propio sombrero.

Flambeau se aproximó a ellos y llenó un gran vaso de vino español, poniéndolo delante de su amigo de la misma manera que había colocado otro delante del extranjero. Entonces habló por primera vez, diciendo:

—Me parece que el Padre Brown tiene una nueva hornada de misterios. Me parece que hablábamos de ello el otro día. Ha tratado a una gente bastante curiosa desde que nos encontramos últimamente.

—Sí, ya conozco las anécdotas más o menos… pero no conozco el modo de aplicar el método —dijo Chace, levantando la copa pensativo—. Me podría usted citar algún caso… me imagino… quiero decir, ¿ha procedido usted con todos esos

extravagantes del mismo modo introspectivo?

El Padre Brown también tomó su vaso y el resplandor del fuego hizo que el vino tinto se tornara transparente cual vidrio teñido de color de sangre en el que se representa el martirio de un santo. La llama roja parecía subyugar sus ojos y atraer su mirada, que se hundía más y más en la copa, como si ésta contuviera el rojo mar de la sangre de todos los hombres y como si su alma fuera un buceador hundiéndose siempre en oscura humildad e imaginación invertida, siempre por debajo de sus peores monstruos y entre el barro más corrompido. En esa copa, cual en un espejo rojo, veía él muchas cosas: las hazañas de sus últimos días se movían aún como sombras rojas; los ejemplos que sus compañeros le pedían danzaban ante él con formas simbólicas; y pasaron por delante lo él todas las historias que aquí se cuentan. El vino luminoso le parecía una puesta de sol bermeja, sobre un horizonte de playas escarlata por el que pasaban las siluetas oscuras de varios hombres; uno de ellos estaba caído y otro corría hacia él; entonces, la imagen pareció descomponerse en pequeños fragmentos que fueron bien pronto faroles rojos pendiendo de las ramas de un jardín en el que un lago reflejaba sus rayos encarnados; de nuevo pareció que todo aquel brillo se concentrase en una gran rosa de vidrio rojo, joya que iluminaba el mundo cual otro sol poniente dejando, sin embargo, negra y opaca, la figura negra de un hombre cuya cabeza se hallaba cubierta por la tiara de un sacerdote prehistórico. La llama viva volvió a reducirse al bermejo opaco de una barba mecida por los vientos de un erial gris. Todas estas cosas, que podrán apreciarse más tarde, desde otros puntos de vista y bajo otros aspectos que el suyo, surgieron en el panorama de su memoria, ante el reto sufrido, y fueron tomando forma en anécdotas y argumentos.

—Sí —dijo, al tiempo que se llevaba lentamente la copa de vino a sus labios—, recuerdo muy bien…

El espejo del magistrado

Jaime Bagshaw y Wifredo Underhill eran viejos amigos y sentían gran placer paseando de noche por las calles, hablando ininterrumpidamente, mientras daban vuelta tras vuelta a las esquinas del silencioso laberinto, sin vida aparente, del gran suburbio por tilos habitado. El primero era un hombre optimista, corpulento y moreno, con una raya negra por bigote y cuya profesión era la de policía-detective; el segundo, cuyo cabello era rubio, era un señor de rostro alargado y sensible, aficionado al detectivismo.

Será con algo así como un sobresalto que los lectores de las mejores novelas científicas se enterarán que era el policía quien hablaba y el aficionado el que respetuosamente escuchaba.

—Nuestra profesión es la única en la que se da por supuesto que el profesional se equivoque. A fin de cuentas no hay nadie que escriba novelas en las que haya peluqueros que no sepan cortar el cabello o que sea el cliente quien haya de ayudarles; o en las que se encuentre un conductor de taxi que no sepa conducirlo hasta que su viajero no le haya explicado la filosofía de la conducción taxista. A pesar de todo, yo no negaría que, frecuentemente, tenemos la tendencia de meternos en una red, o en otras palabras, que gozamos de la desventaja de proceder con un sistema. Allí donde más se equivocan los novelistas es que ni suponen que obremos según una norma.

—De seguro —interpuso Underhill— que Sherlock Holmes diría que él obraba según un método lógico.

—Quizá tenga razón —replicó el otro—, pero yo quise decir un método colectivo. Es como el material de trabajo de una armada. Nosotros procedemos a intercambiar nuestra información.

—¿Y no cree usted que las novelas detectivescas dan esto por supuesto?

—Bueno, mire usted; supongamos por caso, un suceso imaginario de Sherlock Holmes y Lestrade, el detective oficial. Sherlock Holmes, digamos por ejemplo, adivina que un hombre totalmente desconocido es un extranjero porque le parece ver que mira si vienen los coches por la derecha en lugar de la izquierda. Estoy seguro, por otra parte, de que Lestrade no lo adivinaría en absoluto. Pero lo que esos señores olvidan es que, si bien el policía no lo adivina, quizá podía saberlo. Lestrade podía saber que el hombre era un extranjero por el mero hecho de que su departamento ha de vigilar a todos los extranjeros. Algunos añadirían que también a los naturales del país. Yo, como policía, me alegro de que éstos sepan tanto, pues a todo hombre le gusta cumplir bien con su obligación. Pero, como ciudadano, me pregunto a veces si no sabrán demasiado.

—No me dirá formalmente —dijo Underhill, incrédulo— que usted sabe todo lo

que se refiere a personas desconocidas que viven en una calle desconocida. De salir un hombre de aquella casa, ¿sabría usted algo de él?

—Lo sabría si se trataba del propietario o inquilino —contestó Bagshaw—. Esa casa está alquilada por un hombre de letras de origen anglorrumano que generalmente vive en París, pero que ahora se halla aquí para llevar a cabo alguna gestión referente a una obra teatral suya. Su nombre es Osric Orm, uno de los nuevos poetas, muy difícil de leer, según tengo entendido.

—No, yo quería decir toda la gente de una calle —dijo su compañero—. Yo mismo estaba pensando en lo muy extraño, nuevo e inapelable que se halla todo: estas altas paredes y esas casas perdidas en medio de sus grandes jardines. No es posible que las conozca todas.

—Conozco algunas —contestó Bagshaw—. Esta pared junto a la que caminamos se halla situada en los confines de la posesión de sir Humphrey Gwynne, el viejo juez que causó tanto ruido sobre el espionaje durante la guerra. La casa de al lado pertenece a un rico comerciante de cigarrillos. Procede de la América española a pesar de ostentar el nombre tan inglés de Buller. La casa de más allá… ¿oyó usted eso?

—Oí algo —dijo Underhill—, pero verdaderamente no podría decir lo que fue.

—Yo sí lo sé —afirmó el detective—. Era un revólver bastante grande, disparado por dos veces, y seguido por un grito de socorro. Salió del jardín posterior de la casa del juez Gwynne, sede de paz y legalidad.

Recorrió la calle con sus ojos y añadió luego:

—La única puerta de acceso al jardín trasero está a media milla de aquí, hacia el otro lado. Si esta pared fuese más baja, y yo un poco más alto… de todas maneras he de intentarlo.

—Es un poco más baja hacia allá —dijo Underhill— y me parece que hay un árbol que podría servirnos de ayuda.

Se dirigieron hacia allá con rapidez y hallaron un punto donde la pared parecía hundirse bruscamente, igual que si la tierra se hubiese tragado la mitad; y un árbol del jardín, haciendo alarde de una florida exuberancia, se esforzaba por salir de su oscuro encierro en busca de la dorada luz de un farol solitario. Bagshaw se agarró a una de las ramas y pasó una pierna por encima de la pared; a los pocos instantes se hallaba en un seto de flores que le llegaba a la rodilla.

El jardín del juez Gwynne ofrecía por las noches un espectáculo bastante singular. Era grande y quedaba situado en la parte menos habitada del suburbio y crecía a la sombra de una casa alta, última en la hilera de casas de la calle. Estaba completamente a oscuras, por hallarse los postigos cerrados y apagadas las luces Sin embargo, el jardín, que debería ser un portento de oscuridad, por crecer a la sombra de la alta casa, desplegaba una multitud de reflejos, cual provenientes de las últimas

muestras de unos fuegos artificiales; como si un cohete gigante hubiese caído encendido en medio de los árboles. A medida que fueron avanzando, descubrieron que podían atribuirlo a la luz que despedían varias lámparas de colores, colgadas de los árboles cual los frutos preciosos de Aladino. El resplandor brotaba, de una manera especial, de un pequeño lago que bullía con pálidos colores como si hubiese una lámpara encendida debajo del agua.

—¿Tiene invitados? —preguntó Underhill—. Parece que el jardín esté iluminado.

—No —contestó Bagshaw—; es una de sus manías, y, me parece, que prefiere dedicarse a ella estando solo. Le gusta jugar con un pequeño cuadro de electricidad desde un *bungalow*, en el jardín, que es donde acostumbra a trabajar y a guardar sus documentos. Buller, que le conoce bien, dice que las lámparas de colores son más bien el signo de que no se le debe molestar.

—Una especie de luces rojas de «peligro» —comentó su compañero.

Underhill vio entonces lo que el otro había visto.

—¡Santo Dios! ¡Y me parece que lo son! —y echó a correr.

Underhill vio entonces lo que el otro había visto. El ruedo de luz amarillenta cual el halo de la luna que se extendía alrededor del lago, estaba interrumpido, en un lugar, por dos tiras negras o trazos, que pronto tomaron la forma de dos largas piernas, enfundadas de negro, de alguien caído de bruces en el suelo con la cabeza en el lago.

—Sígame —dijo el detective, autoritario— esto me parece…

El resto de la frase se perdió en su rápida carrera a través del gran cuadrilátero de hierba debidamente iluminado por la luz artificial, en dirección hacia el lago y el caído. Underhill corría, decidido, siguiendo el recto camino de su compañero, cuando sucedió algo que, momentáneamente, le sobresaltó Bagshaw, que iba más decidido que una bala hacia la figura negra de junto al lago, torció su recta marcha, haciendo un ángulo cerrado, y comenzó a correr, si cabe, con mayor ligereza aún. Underhill no podía imaginarse lo que pretendía con este cambio de rumbo. Dos minutos después de que el detective hubiese desaparecido en la sombra de la casa, se oyeron los ruidos de una reyerta y una blasfemia; y entonces reapareció Bagshaw trayendo consigo a un hombrecillo de cabello rojo que luchaba por desprenderse. El arrestado huía al amparo de la casa cuando por el oído agudo del detective le oyó moverse por entre los arbustos.

—Underhill —dijo el detective—, ¿querría usted ir a mirar lo que hay en el lago? Y ahora, veamos ¿quién es usted? —dijo encaramándose con el detenido—. ¿Cómo se llama usted?

—Miguel Flood —dijo el extranjero de mala gana. Era un hombrecillo delgado por demás, de nariz aguileña, demasiado grande para su rostro pálido cual pergamino, en contraste con el color pajizo de cabellos—. No tengo nada que ver con todo esto. Le hallé muerto y me asusté; yo sólo vine a verle por cuenta de un periódico.

—Cuando va a hacer un reportaje, ¿acostumbra usted a entrar saltando por la pared? —dijo Bagshaw, señalando, severo, la línea de pisadas que iban y venían del macizo de flores.

El rostro del hombre que dijo llamarse Flood tenía una expresión igualmente severa.

—Un repórter puede muy bien saltar la pared —dijo—, pues no podía hacerme abrir. El criado estaba fuera.

—¿Cómo sabía usted que no estaba? —preguntó el sagaz agente.

—Pues porque yo no soy la única persona que salta las paredes —dijo Flood con la mayor calma—. Me parece que ustedes debieron, con toda probabilidad, hacer lo propio. De todas maneras, el criado lo hizo, porque acabo de verle saltar la pared del otro lado, muy cerca de la puerta.

—¿Entonces, por qué no se sirvió de aquélla?

—¿Cómo he de saberlo? —replicó Flood—. Supongo que sería porque estaba cerrada. Más vale que se lo pregunte a él, no a mí; ahora mismo viene hacia la casa. En efecto, empezaba a vislumbrarse otra sombra en la luz rojiza del jardín: era una figura baja, de cabeza redonda, que llevaba un chaleco viejo como parte más destacada de un ajuar bastante raído. Parecía que iba hacia la casa con bastante prisa, hasta el momento en que Bagshaw le detuvo. Se acercó a ellos de mala gana, mostrándoles un rostro amarillo con una expresión asiática que armonizaba con su cabello negro-azul.

Bagshaw se volvió rápidamente hacia el hombre llamado Flood y le preguntó:

—¿Hay alguno por aquí que pueda salir fiador de usted?

—Me parece que no muchos en todo este país —gruñó Flood—. Acabo de llegar de Irlanda; la única persona que conozco es a un cura de la iglesia de San Dominico: el Padre Brown.

—Ninguno de ustedes puede abandonar el lugar —dijo Bagshaw, y, dirigiéndose al criado—: usted puede llegarse, a la casa y telefonear a la rectoría de San Dominico, preguntando si el Padre Brown sería tan amable que viniera hasta aquí. No bromee. ¿Entendido?

Mientras el enérgico detective ponía a raya a los presuntos culpables, su compañero le había obedecido fielmente y se hallaba junto al punto real de la tragedia. Era una escena bien poco común, y, de no haber sido una tragedia, hubiese resultado algo muy fantástico. El muerto —pues al menor examen se vio que era tal — yacía con la cabeza dentro del lago, en el que el resplandor de la iluminación artificial rodeaba la cabeza con algo así como un halo poco santo. La cara era amarillenta y de aspecto siniestro, la cabeza era calva y los pocos cabellos rizados que le quedaban eran de color gris oscuro, cual argollas de acero, y a pesar de la herida ocasionada por la bala, que había entrado por la sien, Underhill no tuvo la

menor dificultad en reconocer las facciones como pertenecientes a sir Humphrey Gwynne, que conocía por muchos retratos de los periódicos. El difunto iba vestido de etiqueta y sus piernas, largas y negras, eran tan delgadas que bien podían compararse a las de una araña, y se extendían en ángulos distintos por la vertiente empinada de donde había caído. Como por un capricho sobrenatural, la sangre fluía muy despacio, haciendo arabescos diabólicos en la iluminada agua, formando anillos y vetas serpentinas del mismo color que la rosa transparente de las puestas de sol.

Underhill no supo cuánto tiempo transcurrió mirando aquel cuadro macabro, cuando se dio cuenta de que había un grupo de cuatro figuras en el borde de la pendiente. Estaba preparado para hallarse con Bagshaw y el irlandés detenido y no tuvo la menor dificultad en adivinar el motivo de la presencia del criado del chaleco rojo. Pero en la cuarta figura existía una especie de solemnidad grotesca que, no obstante, parecía muy apropiada a toda aquella impropiedad. Era una figura baja, de cara redonda y con un sombrero como un halo negro. Se dio perfectamente cuenta de que era un sacerdote; pero había algo en él que le hacía pensar en un antiguo grabado al boj al final de una *Danza de la muerte*.

Oyó, entonces, cómo Bagshaw decía al sacerdote:

—Me alegro que pueda identificar a este hombre; pero ha de comprender que se me hizo sospechoso. Claro, tal vez sea inocente, pero como entró de una manera poco regular…

—Yo mismo creo que es inocente —dijo bajito el sacerdote con voz opaca—, pero yo puedo equivocarme, naturalmente.

—¿Por qué cree usted que es inocente?

—Porque entró en el jardín de una manera irregular —contestó el clérigo—. Yo entré como se debe entrar. Pero, por lo que parece, soy la única persona que lo ha hecho así. La gente más decente de hoy día parece entrar en las casas saltando las paredes.

—¿Qué quiere usted decir cuando dice de la manera corriente o regular? —preguntó él detective.

—Bueno —dijo el padre Brown mirándole con desembarazada gravedad—. Yo entré por la puerta de delante. Acostumbro a entrar en muchas casas por ese procedimiento.

—Perdone usted —dijo Bagshaw—, pero ¿importa mucho el que haya usted entrado por la puerta principal si no es que vaya a delatar al asesino?

—Sí que importa —dijo el sacerdote sin inmutarse—. La verdad es que cuando entré por la puerta principal vi algo que me parece que nadie más ha visto. Creo que tal vez tenga eso algo que ver con lo que ha ocurrido.

—¿Qué fue lo que vio usted?

—Vi una verdadera catástrofe —dijo el Padre Brown con su voz incolora—. Un

gran espejo hecho añicos, una pequeña palmera echada por los suelos y la maceta rota. Me pareció entonces que había sucedido algo.

—Eso es —dijo Bagshaw después de una pausa—. Si usted vio eso, es seguro que debe tener algo que ver con todo esto.

—Pues si eso es cierto, me parece que podemos descartar a una persona del asunto —continuó el sacerdote con el mismo tono reposado— y ésta es el señor Miguel Flood, quien no entró en la casa por la puerta principal, e intentaba salir de ella de la misma manera poco regular. Es esta excepcional manera de proceder lo que me inclina a creer en su inocencia.

—Entremos en la casa —dijo Bagshaw de pronto.

Al entrar en ella por una puerta lateral Bagshaw se quedó un poco rezagado.

—Ese criado me parece un poco especial —dijo—, me dice que se llama Green, aunque no lo parece mucho[3]; y no cabe duda de que es el criado de Gwynne; según parece era el único criado fijo que tenía. Lo curioso es que negó rotundamente que su dueño estuviera en la casa, ni vivo ni muerto. Dijo que el viejo juez había salido para un banquete de compañeros y lo dijo para excusar su salida.

—¿Y no dio ninguna excusa por la manera poco corriente de entrar?

—No, ninguna en absoluto —contestó el detective—. No puedo poner nada en claro. Me parece que está asustado por algo.

Como entraron por la puerta lateral se hallaron en el recibimiento por la parte del fondo ya que aquél corría a lo largo de la casa y terminaba en la puerta principal iluminada por una lúgubre ventana de antiguo modelo. Una luz gris comenzaba a perfilarse en la oscuridad cual una aurora triste y descolorida. La luz que iluminaba el *hall* provenía de la única lamparilla, también antigua, que estaba en un rincón. A la claridad de ésta Bagshaw pudo ver la catástrofe de que le había hablado el Padre Brown. Una palmera alta, de largas hojas, había caído en toda su longitud y la maceta, rojo oscuro, estaba hecha pedazos. Éstos se mezclaban sobre la alfombra con los trocitos relucientes de espejo, cuyo marco, casi vacío, se hallaba colgado a su espalda. Situadas formando ángulo recto con esta entrada había otras dos puertas y frente a ellos otra que daba a un pasillo que conducía el resto de la casa. En el extremo opuesto del pasillo se podía ver el teléfono que había usado el criado para llamar al sacerdote; y una puerta medio abierta por la que se entreveían los lomos de piel de muchos libros. Señalaba a aquélla como el lugar de acceso al despacho del juez.

Bagshaw se quedó mirando la maceta caída y los trocitos de cristal.

—Tiene usted razón —dijo al sacerdote—, aquí ha habido una lucha, y debió desarrollarse entre Gwynne y su asesino.

—Ya me pareció que había sucedido algo —dijo el Padre Brown.

—Sí, es bastante sencillo imaginárselo —asintió el detective—. El asesino entró

por la puerta principal y halló a Gwynne; probablemente fue Gwynne, el que le abrió. Hubo una lucha a muerte, quizá un tiro desviado hizo blanco en el espejo o quizá lo rompieron de un golpe, un puntapié o cualquier otra cosa. Gwynne trató de librarse de él y huyó hacia el jardín, donde le persiguió el otro y le mató junto al lago. Me parece que tal debió de ser el curso de los acontecimientos; claro, de todas maneras he de mirar las otras habitaciones.

Las otras habitaciones, sin embargo, aclararon muy pocas cosas más, aunque Bagshaw hizo notar la pistola automática que halló cargada en un cajón del despacho.

—Parece que estuviera sobre aviso —dijo—, aunque me parece raro que no la llevara consigo cuando salió a abrir.

Regresaron juntos al recibimiento, y se dirigieron a la puerta principal. El Padre Brown dejaba que su mirada vagara despreocupadamente. Los dos corredores estaban empapelados con el mismo papel de tonos apagados que parecía hacer resaltar los polvorientos y desastrados ornamentos del victoriano primitivo, el moho verde que decoraba los bronces de la lámpara, el oro pálido del marco del espejo roto…

—Dicen que da mala suerte romper un espejo. Ésta parece la residencia adecuada para la mala fortuna. Hay algo en los mismos muebles…

—¡Qué es eso! —exclamó Bagshaw—. ¡Creía que la puerta de delante estaba cerrada y veo que sólo tiene echado el pestillo!

Sus palabras quedaron sin respuesta, pues pasaron hacia el jardín de delante, más estrecho y ordenado, cerrado por un lado con un seto en el que se abría una curiosa abertura, cual una cueva verde, en cuya sombra podían distinguirse varios peldaños medio rotos.

El Padre Brown fue hasta el agujero y metió su cabeza en él. Minutos después que hubo desaparecido se asombraron al oírle hablar con alguien. El detective le siguió y vio que la curiosa escalera emparrada llevaba a un pequeño puente o balcón que caía sobre la parte más oscura del jardín. Daba la vuelta a la casa y desembocaba ante el campo de luces de colores que se extendía a sus pies y más allá. Pertenecía probablemente a la última muestra o reliquia de una construcción arquitectónica que quizá diera la vuelta, en otro tiempo, al cuadrilátero de hierba. Bagshaw pensó que era una emboscada bien curiosa para hallar a alguien en las primeras horas de la mañana; pero no se detuvo mucho en los detalles. Miraba al hombre que se había encontrado.

Era un hombre pequeño vestido de gris, y como estaba de espaldas, lo único que le caracterizaba era la gran masa amarilla de su cabello, tan radiante como la de un amargón gigantesco. Parecía realmente una corona y algo sugerido por esto hizo que cuando dio la vuelta lenta y de mala gana se sufriese un contraste profundo. Ese halo o nimbo debía de haber coronado un rostro ovalado, y de una dulzura angelical; mas éste era arrugado y viejo, de mandíbula potente y nariz corta que hacía pensar en la

nariz rota de un pugilista.

—Éste es el señor Orm, el célebre poeta, según tengo entendido —dijo el Padre Brown con la misma calma que si estuviese presentando a dos personas en un salón.

—Sea quien sea —dijo Bagshaw—, he de molestarle haciéndole unas cuantas preguntas.

El señor Osric Orm, el poeta, no constituyó un modelo de expresión al ser interpelado, en aquel rincón del jardín, que iba esclareciéndose con las primeras luces diáfanas de la aurora, después de una sucesión de procedimientos protocolarios que fueron cada vez más y más obvios. Rehusó decir poco más que lo dicho primeramente; que él había venido para entrevistarse con el señor Gwynne, pero que no lo había podido hacer al ver que nadie contestaba a su llamada. Cuando se le dijo que la puerta estaba prácticamente abierta, dio un pequeño gruñido. Cuando se le hizo ver que la hora era harto avanzada, dio un resoplido. Lo poco que dijo fue incomprensible, quizá porque no supiera bien el inglés o porque sabía que debía no saberlo. Sus aseveraciones eran de un tipo nihilista o destructivo, de las mismas tendencias manifestadas en su poesía, según aquellos que podían comprenderla; y parecía posible que su entrevista con el juez y tal vez su pelea tuvieran algo que ver con el anarquismo. Se sabía que Gwynne tenía cierta manía contra los espías bolcheviques y alemanes. De todas maneras, hubo una coincidencia que hizo ver a Bagshaw que era un caso de cuidado. Al salir por la puerta de delante hacia la calle, se encontraron con otro vecino, Buller, el comerciante de tabacos de la casa de al lado, notable por su rostro tostado y perspicaz y por la rara orquídea que adornaba su ojal: había alcanzado cierto nombre en esa rama de la horticultura. Con gran sorpresa por parte de los demás, saludó a su vecino el poeta de un modo muy natural, como si esperara encontrarle allí.

—¡Hola! ¿Aquí de nuevo? —dijo—. ¿Debió de tener una larga conversación con Gwynne?

—Sir Humphrey Gwynne ha fallecido —dijo Bagshaw—. Estoy investigando el caso y he de rogarle que se explique.

Buller se quedó más inmóvil que el poste que tenía a su lado, seguramente debido a la sorpresa. La punta roja de su cigarrillo se encendía y apagaba metódicamente, su rostro permanecía impenetrable, pero cuando habló, su voz tenía un timbre completamente distinto.

—Sólo quiero decir —dijo— que cuando pasé por aquí, hará más de dos horas, el señor Orm se disponía a traspasar esta verja para visitar a sir Humphrey.

—Dice que no le ha visto y que no ha estado en la casa —observó Bagshaw.

—Me parece un rato muy largo para quedarse en el zaguán.

—Sí —interpuso el Padre Brown—, hace un buen rato que estamos en la calle.

—He estado en casa todo este tiempo —dijo el hacendado—. He escrito varias

cartas y he vuelto a salir para echarlas al correo.

La vista del caso de Osric Orm por el asesinato del señor Humphrey Gwynne ocupó a los periódicos durante muchas semanas y al final de ellas todo se redujo a las últimas palabras que se cruzaron la noche del crimen delante de la casa de sir Humphrey, cuando la luz verdegris de la mañana comenzaba a esclarecer las oscuras casas y jardines. Todo se redujo al enigma de las dos horas entre el tiempo que Buller creyó ver a Orm entrar, y el instante en que el Padre Brown le halló merodeando por el jardín. Era cierto que había tenido tiempo para cometer más de seis crímenes y que quizá podía haberlos cometido para distraerse, pues no pudo dar ninguna relación coherente acerca de lo que estaba haciendo. El acusador argumentó que también había tenido ocasión de huir, ya que la puerta principal no estaba cerrada y la lateral que daba al gran jardín estaba abierta. El juzgado siguió con interés la reseña que Bagshaw hizo de la reyerta en el pasillo, de la que tantas prueban habían quedado; la policía había hallado el agujero de la bala en la pared. Por último, el agujero en el seto, al pie de cuyas escaleras le habían hallado, ofrecía todas las características de un escondite. Por otra parte, sir Matthew Blake, el experto cónsul de la defensa, volvió este argumento en contra; preguntando si era posible que algún hombre se encerrara a sí mismo en una ratonera cuando tenía medios de escapar, siendo como le era posible el acceso a la calle. Sir Matthew Blake hizo buen uso del enigma que aún pesaba sobre el móvil del asesinato. En realidad la discusión de este punto, entre el acusador y el defensor, resultó ventajosa para el acusado. El primero sólo sabía sacar a relucir palabras referentes a la conspiración bolchevique, que quedaban un poco fuera de lugar. Pero cuando se trató de investigar los móviles del comportamiento de Orm durante aquella noche, sus argumentos fueron de mayor peso.

El acusado se sentó en el banquillo por indicación de su abogado, porque éste creía y calculaba que de no ser así el efecto no sería bueno. Sin embargo, su expansión fue casi idéntica a la que tuvo con el acusador. El señor Arthur Travers intentó romper el silencio del señor Orm, pero no logró hacerle hablar. Sir Arthur era un señor alto, desgarbado, con un rostro cadavérico y ofrecía un vivo contraste con la figura rechoncha y pulida del defensor sir Matthew Blake. Pero si bien éste sugería la personificación, muy acertada, de un gorrión, sir Arthur podía compararse con mayor razón aún a una grulla; cuando se inclinaba hacia adelante, acribillando al poeta con preguntas, su larga nariz podía tomarse por el pico de un ave.

—¿Insiste en decir al jurado —clamaba en tono de incredulidad— que usted no entró en aquella ocasión a ver al difunto?

—No entré —contestó Orm con sequedad.

—Supongo que deseaba verle. Debía de tener mucho interés por ello. ¿No se estuvo usted dos horas muertas delante de su puerta?

—Sí —contestó el acusado.

—Y aun así, ¿no se dio usted cuenta que la puerta estuviera abierta? —No— dijo Orm.

—¿Qué diantre hizo usted plantado durante dos horas en el jardín de otra persona? —insistió el abogado—. ¿Supongo que algo haría?

—Sí.

—¿Es un secreto? —preguntó sir Arthur con diáfana pronunciación.

Fue ante la posibilidad de un secreto que sir Arthur interrumpió sus acusaciones. Con un desenfado que algunos juzgaron atrevido, hizo del secreto el motivo del asesinato, que era en verdad el punto de apoyo de la defensa. Lo presentó como el primer síntoma de una alusión al «complot» en el cual había sucumbido un patriota como un ser cogido entre los brazos de un pulpo.

—Sí —exclamó con voz vibrante—. ¡Mi sabio amigo tiene completa razón! No conocemos el motivo exacto por el cual pereció un honorable servidor de la comunidad. No conoceremos la razón por la cual sucumbirá el próximo empleado público. Si mi ilustre compañero cae víctima de este hecho, y el odio que los sabuesos infernales sienten por los guardianes de la justicia le hace perecer, no conocerá la razón. La mitad de las personas decentes de esta sala serán maceradas en sus propios lechos y no se sabrá el porqué. Nunca conoceremos la razón y no podremos detener el mal hasta que haya despoblado el país si la justicia insiste en aclarar este punto del «motivo» antes de sentenciar, aun cuando todos los hechos nos lo evidencian y este silencio opresor nos dice que nos hallamos en presencia de Caín.

—No había visto nunca a sir Arthur tan excitado —dijo Bagshaw a un grupo de amigos—. Algunas personas opinan que se ha extralimitado un poco y que el acusador no puede ser tan severo en un caso de asesinato. Pero he de decirles que había algo retador en ese enanito de cabello amarillo. Estaba recordando algo que afirma De Quincey sobre Williams, aquel nefasto criminal que casi acabó con dos familias en silencio. Me parece que dice que el cabello de Williams era de un rubio poco natural y que debió de aprender el modo de teñírselo en la India, donde tiñen el pelo de los caballos de verde y azul. También influía su silencio pétreo e innatural, como el de un troglodita. Todo me impresionó de tal manera hasta que imaginé que se sentaba un monstruo en el banquillo… Si todo esto se debió solamente a la elocuencia de sir Arthur, entonces, ciertamente, se ha acarreado una gran responsabilidad.

—Era amigo del pobre Gwynne, por cierto —dijo Underhill sin tanto calor—. Un señor conocido mío les vio no hace mucho cuchicheando y charlando juntos después de un gran convite. Por esto es por lo que yo diría que se lo toma tan a pecho. Claro, supongo que es discutible que un hombre se atenga a sus sentimientos en este caso.

—No lo haría —dijo Bagshaw—, apuesto cualquier cosa a que Sir Arthur Travers no haría eso aunque sus sentimientos fueran muy fuertes. Tiene un concepto muy

restringido de sus deberes personales. Es uno de esos hombres que continúa siendo ambicioso, aun cuando ya ha satisfecho sus ambiciones. No conozco a nadie que se afane más por conservar su posición social. No, usted interpreta mal el sentido de su alocución furibunda. Si se ha exaltado de esta manera, es porque cree que así llegará a convencer al auditorio y quiere asumir de algún modo el cargo de dirigente contra estas conspiraciones de que habla. Debe de tener una razón muy poderosa para condenar a Orm y otra igualmente poderosa para creerse con derecho a hacerlo. Esto quiere decir que hechos posteriores lo justificarán. Su confianza no es como para sonreír al acusado. —Dejó de hablar porque notó la presencia de un hombre pequeño en el grupo—. Y usted, Padre Brown, ¿qué piensa del procedimiento judicial? —dijo, sonriendo.

—Sí, bueno —replicó el sacerdote sin prestar mucha atención—. Me parece que lo que más me sorprendió es ver lo muy diferente que resulta un hombre con peluca. Hablaban de lo muy severo que estuvo el juez. Pero yo le vi quitarse la peluca durante unos minutos y no parecía el mismo hombre. Es completamente calvo.

—No creo que esto le prive de ser severo —contestó Bagshaw—. ¿No creerá usted que la defensa recurra al hecho de que el abogado acusador sea calvo, verdad?

—No, precisamente eso no —dijo el Padre Brown de buen humor—. Hablando sinceramente estaba pensando en lo muy poco que unas gentes saben de otras. Supóngase usted que yo me iba a un país muy lejano donde viviera una gente que no había oído hablar de Inglaterra. Supóngase usted que yo les dijera que hay un hombre en mi país que nos hará una pregunta sobre la vida o la muerte después de haberse puesto un promontorio de pelo de caballo sobre su cabeza, con dos colitas detrás y unos bucles grises a los lados, igual a los de una dama vieja de los tiempos victorianos primitivos. Pensarían que debía de ser bastante excéntrico, pero no lo es en absoluto, únicamente es convencional. Ellos lo creerían de la otra manera, porque no saben lo que es un abogado. Bueno, pues ese abogado no sabe lo que es un poeta. No comprende que las excentricidades de un poeta no parecerían tales a otros poetas. Le parece que Orm paseara durante dos horas por un hermoso jardín sin hacer nada. ¡Dios me bendiga! A un poeta no le chocaría que otro se paseara durante diez horas seguidas por un patio si de ello dependía un poema. El defensor de Orm fue igualmente estúpido. No se le ocurrió preguntarle lo más natural.

—¿Qué? —preguntó el otro.

—Sencillamente, ¿qué versos estaba haciendo? —dijo el Padre Brown con impaciencia—. ¿Qué verso cojeaba, qué epíteto faltaba, qué ambiente era el que trataba de rehacer? Si hubiese habido gente adecuada en el tribunal habría sabido sin falta si tenía algo que hacer allí o no. A un fabricante le habría preguntado por el estado de su fábrica, pero a nadie se le ocurre preguntar bajo qué condiciones se hacen los versos.

—Todo esto está muy bien —contestó el detective—, pero ¿por qué se escondió? ¿Por qué subió por esa escalerilla y se detuvo allí en aquel lugar que no conducía a ninguna parte?

—Precisamente por eso, porque no conducía a ninguna parte —exclamó el Padre Brown—. Cualquiera que hubiese visto aquel callejón sin salida podía imaginarse que un artista sentiría deseos de ir allí, lo mismo que los sentiría un niño.

Se quedó unos momentos perplejo y pensativo y les dijo reanudando la conversación:

—Perdonen ustedes. Pero me parece raro que no hubiese alguien que hubiera dado con ello. Y otra cosa aún: ¿No saben ustedes que para un artista las cosas siempre tienen un punto de vista desde donde se ven hermosas y aceptables? Un árbol, una vaca, una nube, en cierta relación lo uno de lo otro, quieren decir algo; de la misma manera que tres letras sólo en determinado orden forman cierta palabra. Pues bien, desde ese desvencijado puente, era desde el único sitio de donde se obtenía la vista adecuada del bello jardín iluminado. Era tan excepcional como la cuarta dimensión. Era como un espectáculo mágico, como mirar el cielo hacia abajo y ver las estrellas brotar de los árboles, y ese lago iluminado semejaba una luna plena que hubiese caído sobre la pradera en algún cuento feliz de niños. Podía haberlo contemplado toda la vida. Si ustedes le hubiesen dicho que el camino no conducía a ninguna parte él les hubiera contestado que le había llevado al otro lado del mundo. ¿Pero creen ustedes que les dirá estas cosas desde el banquillo? Ustedes hablan de que a cada hombre deben juzgarle sus semejantes. Entonces, ¿por qué razón no forman un jurado de poetas?

—Habla usted como si fuera usted mismo un poeta —dijo Bagshaw.

—Dé gracias a su buena estrella de que no sea así —dijo el Padre Brown—. Dé gracias a su buena estrella de que un sacerdote tenga que ser más caritativo que un poeta. Dios se apiade de nosotros. Si usted supiera el cruel desprecio que siente por ustedes, creerían hallarse bajo las cataratas del Niágara.

—Quizá conozca usted mejor el temperamento artístico que yo —dijo Bagshaw después de una pausa—. Aun así la respuesta es sencilla. Usted podría demostrar que hizo lo que hizo sin cometer el crimen. Sin embargo, también cabría el que lo hubiese cometido. ¿Quién sino él podía haberlo hecho?

—¿Ha reflexionado usted sobre lo que dijo el criado Green? —preguntó el Padre Brown—. Contó una historia curiosa.

—¡Ah! —exclamó Bagshaw con viveza—. ¿Usted cree que Green fue el asesino?

—Estoy seguro de que no fue así —replicó el otro—. Sólo he preguntado si habían reparado en la extraña historia. Él únicamente salió por una tontería, una bebida o cualquier pequeñez. Pero salió por la puerta de delante y entró por el jardín. En otras palabras, él había dejado la puerta abierta y al regresar la halló cerrada. ¿Por

qué? Pues porque *alguna otra persona* había entrado durante su ausencia.

—El asesino —dijo el detective dudoso—, ¿sabe usted quién fue?

—Sé a quien se parecía —contestó el Padre Brown en voz baja—. Eso es lo único que sé de cierto. Casi me lo imagino entrando por la puerta principal, en la media luz que allí reinaba, su figura, vestido, incluso su cara.

—¿Qué significa esto?

—Se parecía a sir Humphrey Gwynne —dijo el sacerdote.

—¿Qué demonios afirma? —preguntó Bagshaw—. Gwynne yacía muerto con su cabeza en el lago.

—¡Oh, sí, eso es! —dijo el Padre Brown. Después de unos segundos prosiguió—: Partamos de su teoría, que era muy buena, aunque no esté totalmente de acuerdo con ella. Usted supone que el asesino entró por la puerta principal, halló al juez en el recibimiento, luchó con él rompiendo el espejo; después el juez retiróse al jardín donde le dispararon el tiro. Hay algo en todo esto que no me parece natural. Doy por supuesto que bajó por el corredor: hay una salida a cada extremo del mismo; la una hacia el jardín y la otra hacia la casa. Me parecería más probable que se retirara hacia el interior de la casa. Allí tenía su revólver, su teléfono, y por cuanto él sabía, su propio criado. Incluso sus vecinos más próximos se hallaban en aquella dirección. ¿Por qué había de pararse a abrir la puerta del jardín y salir por el lado desierto de la casa?

—Pero nosotros sabemos que salió de la casa —replicó su compañero, preocupado—. Sabemos que salió de la casa porque le hallamos en el jardín.

—No salió de la casa —digo yo—, porque no estuvo jamás en ella —dijo el Padre Brown—. No estuvo aquella noche, quiero decir. Estaba sentado en su *bungalow*. He leído esa verdad en la oscuridad de la noche, desde un principio estaba allí escrita en estrellas de oro y grana por todo el jardín. Salieron de la cabaña. Si él no hubiese estado allí no hubieran estado encendidas. Intentaba llegar a la casa y al teléfono, cuando el asesino le mató junto al lago.

—¿Pero y la planta y la maceta y el espejo hechos añicos? —exclamó Bagshaw—. Si fue usted mismo quien lo halló. Fue usted quien insinuó que debió de haber habido una lucha en el recibimiento. El sacerdote parpadeó perplejo:

—¿Que yo lo dije? —musitó—. Seguro que no lo dije yo. Jamás lo pensé. Lo qué creo haber dicho es que allí debió de suceder algo. Y algo sucedió, pero no fue una lucha.

—¿Entonces qué fue lo que rompió el espejo? —preguntó Bagshaw.

—Una bala —contestó el Padre Brown con sequedad—. Una bala disparada por el criminal. Los fragmentos grandes del espejo eran lo bastante pesados para derribar la palmera y la maceta.

—Bueno, ¿y sobre qué otra cosa hubiera podido disparar si no era sobre Gwynne?

—He aquí una cuestión metafísica —contestó el clérigo casi como entre sueños —. En cierto sentido, naturalmente, disparaba sobre Gwynne, pero éste no se hallaba allí. El criminal estaba solo en el recibimiento.

Se hizo un silencio y luego continuó con lentitud:

—Imaginemos el espejo al final del pasillo y las esbeltas ramas de la alta palmera arqueándose por encima de él. A media luz, reflejando el papel monocromo de ambos lugares, aparecería como al final del pasillo la imagen de un hombre entrando en la casa. Semejaría el dueño de la casa por poco que la imagen reflejada se le pareciera.

—Un momento —exclamó Bagshaw— me parece que empiezo…

—Que empieza a ver —continuó el Padre Brown—, por qué razón todos los sospechosos en este caso han de resultar inocentes. Ninguno de ellos podía haber tomado su propia imagen por la de Gwynne. Orm hubiera sabido en seguida que su mata de pelo amarillo no era una calva. Flood habría visto su cabello pajizo y Green su chaleco rojo. Además, todos ellos son bajos y van mal vestidos, ninguno de ellos hubiera tenido la humorada de confundirse con un caballero alto, viejo y delgado en traje de etiqueta. Necesitamos otro personaje igualmente alto y delgado para poderle comparar. Eso es lo que quise decir al afirmar que sabía cómo era el asesino.

—¿Y qué conclusiones saca usted de esto? —preguntó Bagshaw mirándole con fijeza.

El sacerdote soltó una pequeña carcajada aguda y nerviosa muy impropia de él.

—Voy a argumentar la defensa —dijo— partiendo de lo que usted dijo que era imposible.

—¿Pero a qué se refiere?

—Voy a basar mi defensa —dijo el Padre Brown— en el hecho de que el acusador tiene la cabeza calva.

—¡Dios mío! —exclamó el detective poniéndose en pie asombrado.

El Padre Brown no se dejó interrumpir y continuó su monólogo de una manera más contundente:

—Ustedes han seguido los pasos de mucha gente en este asunto, están ustedes muy interesados en las idas y venidas del poeta y de los otros dos. Y los únicos que parece que quedan algo olvidados son los amigos del difunto. Su criado se quedó realmente asombrado cuando supo que su amo había regresado. Su amo había ido a un gran banquete en el que figuraban todas las personalidades de su profesión, y lo había dejado bruscamente para regresar a su casa. No estaba enfermo, puesto que no reclamó asistencia alguna; lo más probable era que hubiese reñido con algún compañero. Era entre ellos que debíamos buscar al asesino. El señor Gwynne regresó a su casa y se encerró en su *bungalow*, que era donde guardaba sus documentos privados sobre los casos de traición. Pero una de entre esas personalidades, que sabía que aquel señor tenía en su poder documentos que podían comprometerle, fue lo

bastante cauto para seguir a su acusador. Él también iba de etiqueta, pero llevaba un revólver en el bolsillo. Eso es todo y nadie hubiera podido adivinarlo a no ser por el espejo.

El narrador se quedó mirando en el vacío y después prosiguió:

—El espejo… ¡qué cosa tan curiosa!; un marco que guarda centenares de imágenes distintas, todas vivas y desaparecidas para siempre. Pero éste ha tenido una misión harto peculiar, colgado al extremo de un corredor gris, debajo de una palmera verde. Es como si fuera un espejo mágico y su suerte ha sido distinta de la de los demás. Es como si su imagen sobreviviera suspendida en la obscuridad de aquella casa como un espectro, o, por lo menos, como un diagrama, esqueleto abstracto de una prueba. Por lo menos nosotros pudimos ver en el hueco de un espejo lo que éste reflejó y fue visto por sir Arthur Travers Además, usted dijo una cosa muy verdadera acerca de él.

—Me alegra oírlo —dijo Bagshaw con una pequeña mueca, pero de buen humor — y ¿qué fue ello?

—Usted dijo que sir Arthur debía de tener alguna razón muy poderosa para desear que colgaran a Orm.

Una semana más tarde el sacerdote se encontró con el detective y supo por él que las autoridades habían empezado las investigaciones por una nueva línea, cuando un acontecimiento sensacional vino a interrumpirles.

—Sir Arthur Travers —empezó el Padre Brown.

—Sir Arthur Travers —replicó el otro— ha muerto.

—¡Ah! —exclamó su interlocutor con emoción—, quiere usted decir…

—Sí —dijo Bagshaw—, volvió a disparar sobre el mismo hombre, pero esta vez no fue en el espejo.

La luna roja de Merú

Todo el mundo coincidió en que la feria celebrada en la abadía de Mallowood, con el gracioso beneplácito de lady Mounteagle, resultó un éxito; había tiovivos, columpios y tómbolas, que divirtieron mucho a la gente; también diría que había mucha caridad, motivo loable de la fiesta, si alguno me hubiese podido decir en qué consistía eso.

De todos modos, a nosotros sólo nos interesan algunos de los personajes de la feria; y en especial tres de ellos, una dama y dos caballeros que en aquellos momentos paseaban por entre dos de las barracas más importantes, sosteniendo una gran discusión en voz alta. La barraca o tienda que tenían a su derecha pertenecía al Maestro de la Montaña, el renombrado adivino de la fortuna por medio de prismas de cristal y de la quiromancia; era una rica tienda color de púrpura sobre la cual estaban trazados, en negro y oro, las siluetas desparramadas de los dioses asiáticos, meciendo sus innumerables brazos, cual pulpos. Tal vez simbolizaban la prontitud con que hallarían la ayuda divina en el interior, o quizá simbolizaran que el piadoso quiromántico podría llegar a tener otros tantos brazos. A la izquierda de los tres paseantes quedaba la tienda más sencilla de Froso el frenólogo; decorada con mayor austeridad con los dioramas de las cabezas de Sócrates y de Shakespeare, las cuales aparecían muy llenas de bultos. Estos dibujos estaban trazados en blanco y negro con leyendas y signos como convenía a la serena dignidad de una ciencia puramente racionalista. La tienda púrpura tenía una abertura negra como la más negra de las cavernas y todo alrededor de ella era silencioso. En cambio, Froso el frenólogo, un hombre delgado, harapiento, coloreado por el sol y con un bigote demasiado negro para ser verdadero, permanecía delante de la suya diciendo a voz en grito a todo aquel que tuviera a bien escucharle, que la cabeza de cualquier persona, después de examinarla detenidamente, resultaría tan abollada como la de Shakespeare. Así que la dicha dama apareció entre las dos barracas, Froso aterrizó a su lado haciéndole un saludo anticuadísimo y ofreciéndose para enumerar los abollamientos de su cráneo.

Ella rehusó con educación que casi resultó lo contrario; pero podía perdonársele, puesto que se hallaba en mitad de un diálogo. También había de tenérsele en cuenta, y en este caso resultaba cosa de peso, el que ella fuese lady Mounteagle. No era monogenaria, no, no, en ningún sentido; era a un tiempo tolerante y decidida, con la mirada de sus ojos negros y profundos llena de avidez, con algo casi fiero y sediento en su sonrisa. Su vestido era atrevido para la época; se hallaba ésta en aquel período anterior a la Gran Guerra, cuando aquélla no nos había hecho aún herederos de este dejo de gravedad y recogimiento. Su vestido, a decir verdad, se parecía mucho a la tienda color púrpura, con todos esos dibujos extraños y esos emblemas esotéricos. Nadie desconocía que los Mounteagles eran locos; lo cual era el denominativo

popular para significar que se interesaban en las creencias y cultura del Oriente.

La excentricidad de la dama contrastaba con el convencionalismo de los dos caballeros, los cuales iban atados y abrochados desde la punta de los guantes hasta la cima del sombrero, según el rígido canon de la moda de aquellos días ya lejanos. No obstante, resaltaba cierto contraste entre ellos dos: Jaime Hardcastle daba la impresión de elegancia y corrección, al tiempo que Tommy Hunter sólo lograba dar la idea de corrección y vulgaridad. Hardcastle era un político que prometía y que en sociedad parecía interesarse por todo menos por la política. A lo que puede replicársele equivocadamente que todo político es un político que promete. Sin embargo, en este caso hay que hacerle justicia y decir que se había exhibido alguna vez como político. A pesar de lo cual no había nadie que le hubiese preparado una tienda de púrpura donde exhibirse.

—Por mi parte —dijo, poniéndose el monóculo, que era el único punto brillante en su severo rostro— me parece que debemos agotar las posibilidades antes de hablar de magia, las posibilidades del mesmerismo. Es indudable que existen poderes psicológicos notables y esto, incluso en personas poco educadas. Los faquires han logrado cosas maravillosas.

—¿Ha dicho usted *fakens*[4]? —preguntó el otro inocentemente.

—Tommy, eres sencillamente tonto —dijo la dama—. ¿Por qué has de meterte en cosas que no comprendes? Te pareces a un colegial dando gritos porque quiere que se sepa que sabe cómo se hace un juego u otro. Es el mismo escepticismo de colegial tan propio de los primeros tiempos victorianos. En cuanto al mesmerismo no sé si se le puede llegar hasta…

En este momento la señora Mounteagle vislumbró a alguien que esperaba ver; un hombre bajito y regordete junto a una barraca donde había unos niños echando aros para alcanzar unos bibelots espantosos. Se abalanzó hacia el personaje exclamando:

—Padre Brown, trataba de encontrarle. Quiero preguntarle algo. ¿Cree usted en la buenaventura?

La persona a quien fue dirigida esta pregunta se quedó mirando un poco desconcertada el pequeño aro que tenía en las manos y por último dijo:

—Estoy pensando en qué sentido usa usted la palabra «cree». Naturalmente todo eso no es más que un fraude…

—¡Oh, pero el Maestro de la Montaña no tiene nada de fraude! —exclamó la dama—. No es un faquir vulgar ni tan sólo un adivino. Es realmente un gran favor el que se digne decir la buenaventura en mis fiestas, pues es un gran dirigente religioso en su pueblo: un profeta y un vidente. Y su manera de decir la buenaventura no consiste en esas vulgaridades de que vas a tener una fortuna. Os explica grandes verdades espirituales acerca de uno mismo y de sus ideales.

—Ya, ya —dijo el Padre Brown—. De eso me quejo. Iba a decir precisamente

que si no fuera más que un engaño no me importaría tanto. El ser un engaño no podría diferenciarse mucho de lo que corrientemente se hace; y entonces no pasa de ser un juego práctico. Pero si es una religión y revela verdades espirituales, entonces es más falso que el mismo infierno y me guardaría de tocarle como de acercarme al fuego.

—Eso se parece a una paradoja —dijo Hardcastle con una sonrisa.

—¿Y qué es una paradoja?, me pregunto yo —dijo el sacerdote pensativo—. A mi se me ocurre que lo dicho es bastante claro. Supongo que no haría mucho daño el que una persona se vistiera como un espía alemán e hiciera ver que ha dicho infinitas mentiras a los alemanes. Pero si un hombre trata *en verdad* con los alemanes… bueno, entonces… De la misma manera creo yo que si un adivino comercia con la *verdad* de esta manera…

—Es que realmente cree… —comenzó a decir Hardcastle.

—Sí —continuó el otro—, creo que comercia con el *enemigo*.

Tommy Hunter hizo un pequeño chasquido con la boca.

—Bien —dijo—, si el Padre Brown cree que todo va bien mientras no pasan de embaucadores, me parece que consideraría a este profeta de color de cobre como a un santo o cosa así.

—Mi primo Tom es incorregible —interpuso lady Mounteagle—. Siempre está yendo de acá para allá delatando a ineptos como él les llama. Me parece que sólo vino aquí precipitadamente cuando supo que el Maestro iba a venir. Y creo que hubiera denunciado al mismo Buda o a Moisés.

—Me pareció que debía venir a protegerte —dijo el joven con una mueca en el rostro—. Bajé precisamente por eso. No me gusta ver a ese mono dando vueltas por aquí.

—Ya estamos otra vez —dijo lady Mounteagle—. Años atrás, cuando fui a la India, también mantenía estos prejuicios contra la gente de color, pero ahora que conozco todas estas maravillas del espíritu, me alegra decir que pienso de otro modo.

—Nuestros prejuicios parecen encontrados —dijo el Padre Brown—. Usted le perdona que sea de color porque es un brahmán; y yo le perdono que sea brahmán porque es de color. Francamente, estos poderes ocultos no me importan mucho. Siento mayor simpatía por la debilidad espiritual. Pero no veo la razón por la cual se pueda sentir aversión por él porque sea del mismo color que el cobre, el café, el vino de castañas o esos alegres riachuelos que bajan de las turberas del Norte. Y, sin embargo, siento cierta atracción —dijo el Padre mirando a la dama y cerrando un poco sus ojos— por todo aquello que se califique de castaño.[5]

—Vea usted —exclamó lady Mounteagle como si hubiese alcanzado un triunfo—. Ya sabía yo que usted sólo iba a decir una cosa sin ton ni son.

—Bien —refunfuñó el ofendido muchacho de rostro redondo—. Si alguien habla

de una manera sensata, usted lo califica de escéptico. ¿Cuándo empezará esa sesión de mirar a los cristales?

—Creo que cuando a nosotros nos parezca bien —replicó la dama—. Por cierto que no es mirar simplemente por cristales, sino quiromancia. Supongo que replicarás que en cuanto a tonterías, tanto vale una cosa como la otra.

—Me parece que existe una «vía media» entre la insensatez y la sensatez —dijo Hardcastle sonriendo—. Hay explicaciones que son naturales y que no tienen nada de tontería. No obstante, las conclusiones a que se llega con ellas asombran. ¿Quieren entrar a hacer una experiencia? Confieso que estoy lleno de curiosidad.

—¡Ah, no tengo paciencia para escuchar todas esas tonterías! —exclamó el escéptico, cuyo rostro redondo se había convertido en un rostro coloreado a causa del calor con que manifestaba su desprecio y su incredulidad—. Voy a dejarles que pierdan el tiempo con su charlatán de caoba; prefiero ir a tirar a los cocos.

El frenólogo, que estaba aún cerca, metió la cabeza por la puerta y dijo:

—Cabezas, señores míos. Los cráneos humanos tienen una forma mucho más sutil que la de los cocos. Ningún coco puede compararse con su muy…

Hardcastle se había adentrado ya por la oscura abertura de la tienda purpúrea y llegó a los oídos de los demás un murmullo de voces así que Tom Hunter se volvió hacia el frenólogo para espetarle una respuesta algo impertinente, en la cual demostraba una lamentable indiferencia por la línea divisoria entre las ciencias naturales y las preternaturales. Y la dama, que estaba por continuar su pequeña discusión con el diminuto sacerdote, se detuvo sorprendida.

Jaime Hardcastle había vuelto a salir de la tienda y en su rostro enjuto y en el brillante monóculo se dibujaba la sorpresa con mayor vigor que en el rostro de la dama.

—No está ahí —dijo el político con brusquedad—. Se ha marchado. Un negro de edad, que parece formar parte de su séquito, me dijo algo sobre que su maestro prefería marcharse antes que vender los secretos por oro.

Lady Mounteagle se volvió con el rostro radiante hacia los demás.

—Vean ustedes —dijo—. Ya les dije yo que estaba por encima de cualquier cosa que pudieran ustedes pensar. Aborrece hallarse en medio de una multitud; se ha vuelto a su soledad.

—Lo siento —dijo el Padre Brown con gravedad—. Quizá haya cometido una injusticia con él. ¿Sabe usted dónde puede haber ido?

—Me lo parece —dijo la dama con idéntica gravedad—. Cuando quiere estar solo se va al claustro, al final del ala izquierda, un poco más allá del despacho de mi marido y de su museo particular. Ya debe de saber que esta casa fue en un tiempo una abadía.

—He oído algo sobre ella —replicó el sacerdote con una vaga sonrisa.

—Bueno, vaya allí si quiere —dijo la dama con espontaneidad—. Debería ver la colección de mi marido; o, por lo menos, la luna roja. ¿No ha oído hablar de la Luna Roja de Merú? Sí, es un rubí.

—Me encantaría ver la colección —dijo Hardcastle sin mucho énfasis—, claro está, incluyendo en ella al Maestro de la Montaña, si puede exhibirse en el museo.

Con estas palabras emprendieron el camino hacia la casa.

—De todas maneras me gustaría saber —interpuso el escéptico Tom cerrando la marcha— qué es lo que vino a hacer esa bestia tostada si no vino a decir la buenaventura.

Froso se abalanzó hacia él deteniéndole casi por los faldones dé su chaqueta.

—El abonamiento… —empezó a decir.

—Nada de abonamiento —dijo el joven—, sino aburrimiento. Siempre lo tengo cuando vengo a ver a Mounteagle. —Y puso pies en polvorosa para escapar del abrazo del hombre de ciencia.

En su camino al claustro, los visitantes tuvieron que pasar por una habitación muy larga, dedicada por lord Mounteagle a su interesante museo particular de objetos y mascotas orientales. A través de una puerta abierta podían ver la pared de arcos góticos y el resplandor de la luz del día recortándose en los espacios abiertos, alrededor de los cuales pasearon los monjes, en días ya lejanos. Pero antes tuvieron que pasar por delante de algo que a primera vista resultaba más extraordinario que el espectro de un monje.

Era un señor de bastante edad, cubierto de pies a cabeza por una túnica blanca y un turbante verde pálido, pero de una tez sonrosada y blanca, muy inglesa, adornada con los suaves bigotes blancos de un simpático coronel angloindio. Éste era lord Mounteagle, quien había tomado afición por sus entretenimientos orientales con mayor seriedad o circunspección que su mujer. No sabía hablar de ninguna otra cosa que no fuera filosofía o religión oriental y había llegado incluso a creer imprescindible el adoptar el vestido de un ermitaño de aquellas tierras. Mientras iba mostrando sus tesoros, daba la impresión de que los tenía en mayor estima por las verdades que se suponía encerraban que por su valor coleccionista. Incluso cuando sacó el enorme rubí, tal vez la única cosa de verdadero valor en el museo, en sentido monetario, pareció valorarlo mucho más por su nombre que por su tamaño y por su precio.

Todos quedaron contemplando lo que parecía una maravillosa piedra roja echando chispas, cual un castillo de fuegos artificiales, visto a través de una lluvia de sangre. Sin embargo, lord Mounteagle lo pasó por su mano sin dedicarle la menor atención, y, con los ojos clavados en el techo, les explicó una larga historia sobre el carácter legendario del Monte Merú, y de qué manera había sido cuna de innumerables fuerzas primitivas, según la mitología gnóstica.

Hacia el final del discurso sobre el gnosticismo —sin olvidar su conexión con el concepto paralelo de maniqueo—, incluso creyó conveniente el ceremonioso Hardcastle provocar una desviación del tema. Pidió que se le permitiera examinar la piedra, y como la tarde comenzaba a cerrar y la larga habitación, que permanecía con la puerta abierta, estaba oscureciéndose, se dispuso a admirarla a la luz del claustro. Fue entonces cuando todo el mundo se dio cuenta, no sin cierto pánico, de la presencia del Maestro de la Montaña.

El claustro era de planta corriente, pero ofrecía la novedad de que por la pared interior corría otra con un muro que llegaba a la cintura y que convertía las puertas góticas en ventanales góticos, creando para cada una de ellas un ancho repecho de piedra. Esta modificación databa de tiempos probablemente remotos; pero había otros cambios que eran más notables y que delataban las ideas particulares de lady Mounteagle. Entre columna y columna colgaban finos velos o cortinas hechos con cuentas y cañas finitas, en las cuales se habían trazado figuras de ídolos y dragones asiáticos, que contrastaban con el marco gris de la piedra gótica de donde colgaban. Sin embargo, esto, a pesar de que amortiguaba la ya escasa luz del exterior, no era una de las mayores incongruencias que sorprendieron a los reunidos.

En el espacio libre que quedaba en el centro del claustro corría, cual un círculo inscrito en un cuadrilátero, un caminillo de pálidas piedras, ribeteado por una especie de esmalte verde como si se quisiera imitar un prado. En medio de la circunferencia descrita por el caminillo se levantaba una fuente, o, mejor dicho, una pequeña balsa redonda en la cual flotaban lirios de agua y por la que cruzaban, centelleantes, varios peces de color y, por encima de esto, recortándose oscura contra el cielo, había una estatua de color verde. Quedaba de espaldas a ellos y su cabeza permanecía en una actitud tal, que bien podía haber carecido de ella. Mas por la simple silueta oscura, recostada en la media luz del ambiente, todos pudieron apreciar que no era ningún símbolo del cristianismo.

A unos pocos pasos, de pie sobre el camino circular y con la cabeza levantada hacia el dios verde, estaba el hombre llamado Maestro de la Montaña. Sus afiladas y bien determinadas facciones parecían moldeadas por un artífice en una máscara de cobre. Contrastando con el color de la piel, su barba gris oscuro parecía casi de color azul índigo; empezaba con la forma de una perilla y acababa por abrirse como un abanico o la cola de un pájaro. Iba vestido de una tela de color verde pavo real y llevaba sobre la cabeza una gorra alta de forma rara; era un sombrero desconocido por todos, pero daba más la impresión de egipcio que de indio. El hombre estaba mirando con ojos abiertos como los de un pez y tan inmóviles que parecían los que hay pintados sobre la caja de una momia. Pero se dio el caso de que aunque la figura del Maestro de la Montaña era lo bastante original para atraer las miradas, los ojos de algunos de los concurrentes, incluyendo los del Padre Brown, no estaban fijos en él,

sino en aquel hermoso y brillante objeto que ellos miraban.

—Parece una cosa extravagante —dijo Hardcastle frunciendo el entrecejo— para colocarla en medio de una vieja abadía.

—No me digas que eres tan tonto que no entiendas —dijo lady Mounteagle—. Eso es precisamente lo que deseábamos; unir las grandes religiones del Este y el Oeste: Buda y Cristo. No me vayas a decir que no comprendes que todas las religiones son una misma cosa.

—Si lo son, me parece un poco descabellado tener que ir al centro del Asia para hallar una dijo el Padre Brown.

—Lady Mounteagle quiere decir que hay distintas facetas y aspectos, como ocurre con esta misma piedra —comenzó a decir Hardcastle, e interesándose en el nuevo giro de la conversación, dejó el rubí sobre el repecho de la ventana, debajo del arco gótico—. Sin embargo, de esto no se sigue que podamos mezclar una y otra en un mismo estilo artístico. Se puede mezclar el cristianismo con el islamismo pero no se puede mezclar el gótico con el sarraceno, ni mucho menos con el verdadero arte indio.

Mientras hablaba, el Maestro de la Montaña pareció recobrar la vida. Como si fuera un cataléptico recorrió con gravedad otro sector del círculo, cual la manilla de un reloj alrededor de la esfera, deteniéndose otra vez para orar o contemplar.

—¿Cuál es su religión? —preguntó Hardcastle, un poco impaciente.

—El dice —contestó lord Mounteagle— que es más antigua que el brahmanismo y más pura que el budismo.

—¡Oh! —dijo Hardcastle mirando a través de su monóculo y con ambas manos en los bolsillos.

—Dicen —observó el aristócrata con voz suave, pero de acento didáctico— que la divinidad llamada el dios de dioses está esculpida en gran tamaño en la caverna del Monte Merú…

Incluso la serenidad didáctica de su ilustrísima se vio turbada al oír la voz que sonó a su espalda. Salía de la habitación que ellos acababan de dejar. Al oírla, los dos hombres más jóvenes se volvieron sorprendidos, enfureciéndose y luego casi rompieron a reír.

—Espero no molestar —dijo la voz correcta y seductora del profesor Froso, aquel infatigable buscador de la verdad—. Pero se me ocurrió que quizá alguno de ustedes tendría un poco de tiempo de sobra para oír algo acerca de esa despreciada ciencia de los bollos… que…

—Mire usted —exclamó el impetuoso Tommy Hunter—, yo no tengo ningún bollo, pero le aseguro a usted que tendrá uno si…

Hardcastle le cogió suavemente y le hizo traspasar la puerta, por lo que todos se volvieron de nuevo hacia aquel lado.

En este momento fue cuando sucedió la cosa. El impetuoso Tommy fue el primero en moverse también esta vez, y por cierto que con mejor resultado. Antes que nadie viera nada y segundos antes de que Hardcastle recordara con un sobresalto que había dejado la piedra preciosa sobre el repecho de la ventana, Tommy se abalanzó con la ligereza de un gato sobre el claustro vecino y gritó con una voz que resonó por todo lo largo del corredor de arco: «Lo tengo».

En el instante de volverse y antes de oír su grito de victoria, todos vieron lo que ocurría. Por detrás de una de las columnas vieron aparecer una mano obscura, o, mejor dicho, de bronce, del mismo color que el oro viejo, igual a la que habían visto en otra parte. La mano se había adelantado con la misma decisión que una serpiente va al ataque; y con la misma rapidez que la lengua de un tamanduá. Sino que éste había lamido la joya. La piedra del alféizar brillaba sin ningún obstáculo a la luz mortecina.

—Ya lo tengo —suspiró Tommy Hunter—, pero se debate con bastante fuerza. Vosotros, muchachos, rodeadle… de todas maneras no puede haberla perdido.

Los demás obedecieron, bajando corriendo por el corredor los unos y otros saltando la pared de piedra, de lo que resultó que Hardcastle, lord Mounteagle, el Padre Brown e incluso el inseparable señor Froso, el de los bollos, rodearon pronto al cautivo Maestro de la Montaña, a quien Hunter suspendía por el cuello de la túnica con una mano sacudiéndole de manera muy poco digna para su calidad de profeta.

—De todas maneras ya le hemos cogido —dijo Hunter con un suspiro—. No nos queda sino registrarle. La cosa ha de estar aquí.

Tres cuartos de hora después, Hunter y Hardcastle se hallaron frente a frente con sus sombreros de copa, corbatas, guantes, chaquetas y polainas algo deteriorados por la contienda.

—Bien —dijo Hardcastle con reserva—. ¿Tienes alguna teoría para resolver el misterio?

—Que se vaya todo a paseo —replicó Hunter—. No se le puede llamar misterio. Si todos le vimos cómo la quitaba.

—Sí, pero no todos le oímos cómo lo perdía —dijo el otro— y el misterio está en decir, ¿dónde lo ha perdido para que podamos buscarlo?

—Tiene que estar por alguna parte —dijo Hunter—. ¿Ha buscado usted en la fuente alrededor de ese maldito dios de ahí?

—No he abierto los pececitos —dijo Hardcastle levantando el monóculo y mirando a su interlocutor—. ¿Piensas en el anillo de Polícrates?

Pero el examen «monocular» del rostro redondo que tenía delante, le convenció de que no meditaba sobre la leyenda griega.

—No lo lleva encima —repitió Hunter de pronto— a no ser que se lo haya tragado.

—Pero ¿nos veremos obligados a abrir al profeta también? —arguyó el otro sonriendo—. Aquí viene nuestro huésped.

—Éste es un asunto muy triste —dijo lord Mounteagle retorciéndose el bigote con una mano nerviosa y trémula—. Es horrible eso de tener a un ladrón en su propia casa, por no decir el que pueda sospecharse del Maestro. He de confesarles, sin embargo, que no sé qué pensar de la manera que enfoca este caso. Desearía tanto que entraran ustedes para decirme lo que piensan de ello…

Entraron juntos. Hunter se quedó rezagado en conversación con el Padre Brown, quien estaba paseándose por el claustro.

—Usted debe de tener mucha fuerza —dijo el sacerdote jovialmente—. Lo sostuvo con una sola mano cuando a nosotros nos pareció bastante vigoroso, y eso que teníamos ocho manos para sostenerle, como uno de esos dioses indios.

Dieron dos o tres vueltas al claustro hablando y luego fueron a la habitación donde el Maestro de la Montaña estaba sentado en un taburete en calidad de detenido, pero con todo el aire de un rey.

Tal vez, como había dicho lord Mounteagle, su manera y tono no eran fáciles de comprender. Hablaba con serenidad, incluso con cierto aire de estar seguro de su poder. Le divertían las sugerencias triviales que le hacían los demás acerca del lugar donde había podido guardar la piedra preciosa; y en verdad que no se mostraba resentido por ello. Antes bien, daba la impresión de que estuviera riendo de una manera impenetrable de los esfuerzos que hacían para recuperar lo que todos le habían visto quitar.

—Están aprendiendo algo —dijo con insolente benevolencia— sobre las leyes del tiempo y del espacio, acerca de lo cual su ciencia más reciente se queda miles de años rezagada a nuestra religión más antigua. Ni siquiera saben lo que significa esconder una cosa. No, no, pobrecitos míos, ni tan sólo saben lo que significa ver una cosa.

—¿Quiere usted decir que está aquí? —preguntó Hardcastle con serenidad.

—«Aquí» es una palabra que tiene más de un significado —contestó el místico—. Pero yo no afirmo que estuviera aquí. Yo sólo dije que podía verla, Hubo una pausa irritante y continuó soñoliento: —Si ustedes pudieran permanecer completamente silenciosos, ¿creen ustedes que podrían oír un grito del otro lado del mundo? El grito de un adorador solitario en aquellos montes donde se halla la imagen auténtica, colosal como una montaña misma. Algunos dicen que incluso los indios y musulmanes podrían adorarla; no ha sido hecha por la mano del hombre. ¡Ah! ¿No oyen ustedes el grito de sorpresa de aquel hombre al levantar la cabeza y ver en aquel hueco de piedra, vacío durante siglos, la luna roja y ofendida que constituye el ojo de la montaña?

—¿Quiere usted decir —exclamó lord Mounteagle un poco conmovido— que tiene usted el poder suficiente para hacer pasar la piedra de aquí al Monte Merú?

Estaba convencido de que poseía usted grandes poderes espirituales, pero…

—Tal vez tenga tanto que no llegue a medirlo jamás —dijo el Maestro.

Hardcastle se levantó impaciente y comenzó a dar vueltas por la habitación con las manos en los bolsillos.

Su voz alta y penetrante vibró suspendida en el aire y se quedó pasmado mirando ante sí; su monóculo se desprendió de su ojo. Todos volvieron el rostro hacia el mismo lugar, y en cada uno de ellos se reflejó la misma expresión.

La luna roja de Merú estaba sobre el alféizar de piedra, en el mismo lugar donde la vieran la última vez. Podía haber sido una chispa caída de los fuegos artificiales, o un pétalo rojo de una rosa desprendido al cortarla. Sea como fuere había caído en el mismísimo sitio donde Hardcastle la había dejado impensadamente.

Esta vez Hardcastle no intentó recogerla, sino que permaneció en la habitación adoptando uno actitud notable. Se volvió despacio y reemprendió su paseo ahora sus movimientos volvían a ser precisos, así como antes eran nerviosos. Por fin se detuvo delante del Maestro de la Montaña, y le saludó con una risa un poco burlona.

—Maestro —dijo—, todos nosotros le debemos una excusa; y lo que es aún más importante usted nos ha dado una lección. Créame usted, servirá de lección al propio tiempo que de chiste. Recordaré siempre los poderes que tiene y lo muy mansamente que los usa. Lady Mounteagle —continuó diciendo dirigiéndose hacia ella—, espero quedar justificado ante sus ojos por haberme dirigido primero al maestro; pero era a usted misma a quien tuve el honor de ofrecer esta explicación tiempo atrás. Le dije que la mayoría de estas cosas podían interpretarse por el hipnotismo. Muchos creen que ésta es la explicación por aquellas cosas que cuenta de la higuera de bengala y del muchacho que sube por una cuerda suspendida en el aire. Esas cosas no ocurren en realidad; lo que ocurre es que los espectadores son llevados a imaginarse que sucede así. De la misma manera nos ocurrió a nosotros, llegando a imaginar que este latrocinio había ocurrido. Aquella mano oscura que salió de detrás de la ventana, llevándose la piedra preciosa, fue una ilusión; una mano soñada, y, como estábamos seguros de haber visto desaparecer la piedra, no la buscamos donde estaba antes, sino que nos fuimos derechos a la balsa y dimos la vuelta a cada hoja del lago y casi estuvimos por dar vomitivos a los peces de oro. Sin embargo, el rubí ha estado siempre ahí.

El orador se volvió hacia los ojos de ópalo y boca sonriente y barbuda del Maestro, percatándose de que la sonrisa era un poco más acentuada. Había algo en ella que hizo saltar a los demás de sus asientos como si se quitaran un peso de encima.

—Ésta es una solución muy afortunada para todos —dijo lord Mounteagle sonriendo nerviosamente—. No cabe la menor duda de que sucedió como usted dijo. Ha sido un caso muy lamentable y verdaderamente no sé qué excusas…

—No tengo ninguna queja —contestó el Maestro de la Montaña sonriendo aún—. No me han tocado ustedes nunca.

Mientras todos marchaban regocijados con Hardcastle como héroe del momento, el pequeño frenólogo, con sus bigotes, se dirigió a su absurda morada; pero mirando una vez por encima de su hombro se sorprendió al ver que el Padre Brown le seguía.

—¿Permite que le investigue el cráneo? —dijo con una pequeña sonrisa.

—Me parece que no siente deseos de investigar los de nadie más, ¿verdad? —dijo el aludido con buen humor—. ¿Es usted detective?

—*Ecco* —replicó el otro—. Lady Mounteagle me rogó que echara una ojeada sobre el Maestro, ya que no es tonta a pesar de sus misticismos, y cuando éste dejó su tienda no tenía otro medio para seguirle que comportándome como un monomaniaco y un pesado. Si alguien hubiera entrado en mi tienda hubiera tenido que buscar la palabra *Bumps* en la enciclopedia…

—Bumps, What-Ho-She, véase Folk-Lore —añadió el Padre Brown soñoliento —. Le digo que supo hacer bien su papel de correr tras la gente de una tómbola.

—Un caso raro, ¿no? —insinuó el frenólogo de mentirijilla—. Es extraño tener que imaginar que la cosa estuvo allí todo el tiempo.

—Muy curioso —dijo el sacerdote.

El acento con que lo dijo hizo que el otro se detuviese a mirarlo.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Qué le pasa ahora? ¿Por qué pone esa cara? ¿No cree usted que estuviese allí todo el tiempo?

El Padre Brown quedóse cortado como si acabara de recibir un bofetón; luego añadió despacio y con indecisión… «No… la verdad es que no puedo…, no puedo llegar a creerlo.»

—Bueno, usted no es de esos que dicen cosas sin fundamento alguno —replicó el otro—. ¿Por qué no cree usted que permaneciese allí el rubí?

—Solamente porque lo volví a poner yo mismo en su sitio.

El otro hombre se quedó clavado en el lugar, como si se le hubiesen puesto los cabellos de punta y abrió la boca sin proferir palabra alguna.

—Mejor dicho —continuó el sacerdote—, persuadí al ladrón que me permitiera volverlo a su sitio. Le dije lo que había adivinado y le demostré que tenía aún tiempo para arrepentirse. No tengo reparo en contarle lo ocurrido dentro del secreto profesional; además, me parece que los Mounteagles no le perseguirán ahora que vuelven a tener el rubí, y más si supieran quién lo robó.

—¿Se refiere usted al Maestro? —preguntó el rezagado Froso.

—No —contestó el Padre Brown—, el Maestro no lo robó.

—Pues no le comprendo —interpuso el otro—. No había nadie al otro lado de la ventana fuera de él; y en verdad que fue una mano lo que salió de allí.

—La mano salió del exterior y el ladrón del interior —dijo el Padre Brown.

—Me parece hallarme otra vez entre esos místicos. Mire usted, yo soy un hombre práctico y sólo quería saber si todo está conforme respecto al rubí.

—Yo sabía que no había nada conforme —dijo el Padre Brown—, incluso antes de saber que existiera un rubí.

Después de una pausa, continuó pensativo:

—Desde que oí aquella discusión junto a las tiendas, supe que las cosas no iban por buen camino. Oirá decir a la gente que las teorías no importan y que la lógica y la filosofía no son cosas prácticas. No les crea usted. La razón nos proviene de Dios y cuando las cosas son poco razonables, créame, es que sucede algo. Ahora bien, esa discusión tan abstracta terminó en algo muy raro. Recapacite sobre lo que se discutía. Hardcastle se mostraba un poco superior y decía que todo era perfectamente posible, pero que en su mayor parte eran hechos debidos al hipnotismo o lucidez de espíritu; en resumen, nombres científicos para problemas filosóficos, como siempre. Hunter, por otra parte, creía que no era más que un fraude y quería ponerlo en claro. Según propias palabras de la señora Mounteagle, no sólo se dedicaba a delatar impostores, sino que bajó aquí ex profeso al saber que éste estaba aquí. Hunter no solía venir con frecuencia, no se llevaba bien con Mounteagle, a quién, por tener las manos agujereadas, pedía siempre dineros; pero en cuanto supo que el Maestro venía, él hizo lo propio. Muy bien. A pesar de todo esto fue Hardcastle el que entró a consultar al brujo y Hunter el que no estuvo conforme. Dijo que no iba a perder tiempo en tales tonterías, y, en cambio, había perdido gran parte de su vida para probar que era una tontería. Eso parece inconsecuente. Él creía que en este caso era cuestión de vidrios y se halló con que era cuestión de quiromancia.

—¿Cree usted que hizo tal cosa una excusa? —preguntó su compañero, pensativo.

—Así lo creía yo al principio —contestó el sacerdote—, pero ahora sé que no era una excusa, sino un argumento. Se encontró realmente chasqueado cuando supo que era un quiromántico, ¿por qué?

—¿Por qué? —dijo el otro con impaciencia.

—Porque no quería quitarse el guante.

—¿Quitarse el guante?

—De haberlo hecho hubiéramos visto que tenía la mano pintada de color castaño claro… ¡Oh, sí, vino precisamente porque el Maestro estaba aquí, y vino bien preparado!

—¡Era la mano de Hunter pintada de ese modo que vimos entrar por la ventana! —dijo el sacerdote—. Hunter se lanzó fuera de la habitación; en menos de un segundo tuvo el guante fuera y pasó su brazo hacia el otro lado de la columna, mientras que con la otra mano cogía al indio y gritaba que tenía al ladrón. Entonces me fijé que le cogía con una sola mano cuando cualquier hombre sensato se hubiera

servido de las dos; pero él tenía la otra ocupada en meterse la piedra en el bolsillo.

Hubo un gran silencio que rompió el ex frenólogo diciendo con lentitud: «A eso lo llamo yo una sorpresa. La cosa me tiene aún atontado. Me parece que esto no explica aún el comportamiento tan raro del viejo mago. Si era completamente inocente, ¿por qué diantres no lo dijo? ¿Por qué no se indignó al ver que le acusaban y registraban? ¿Por qué insinuaba entre sonrisas las cosas tan maravillosas que sabía hacer?».

—¡Ah! —exclamó el Padre Brown con una nota aguda—. ¡Eso es! Eso es, precisamente, lo que toda esta gente no sabe ni quiere saber. Lady Mounteagle proclama que todas las religiones son iguales. ¡No lo duda! ¡Santo Dios! Yo le digo que son tan distintas que lo mejor de una creencia será insensible allí donde lo peor de otra será muy sensible. Ya les dije que no me gustaban los poderes espirituales porque se recarga el acento sobre los «poderes». No es que quiera insinuar que el Maestro robara el rubí; es muy probable que pensase que no valía la pena. No entraría en sus cálculos la tentación de robar joyas, pero sí la de echar fama por milagros que no había realizado. Fue a esta clase de tentación, a esta clase de robo, a lo que hoy sucumbió. Disfrutaba viendo que nosotros creíamos que poseía maravillosos poderes mentales por los cuales podía hacer que un objeto material cruzara los espacios, y, a pesar de no haberlo hecho, permitió que nos creyéramos que era así. La cuestión de la propiedad privada no se le ocurría, por lo menos como primordial. Él no se hacía esta pregunta: «¿Robaré este guijarro?», sino: «¿Podría lograr que este guijarro desapareciera y volviera a aparecer en una montaña lejana?». Le parecía insignificante. Esto es lo que yo quiero decir por modos distintos de pensar. Él se enorgullece mucho de sus facultades espirituales. Pero a lo que él llama espiritual no es la misma cosa que nosotros llamamos moral. Se traduce mejor por mental, el poder de la inteligencia sobre la materia: el mago controlando los elementos. Ahora bien, nosotros no somos nunca así, lo mismo cuando valemos lo que él como cuando valemos menos. Nosotros, aquéllos por lo menos cuyos padres fueron cristianos, aquéllos que han crecido bajo esos arcos medievales, aun acicándolos con todos los demonios asiáticos, éstos, nosotros, tenemos una ambición completamente opuesta y un pudor muy contrario. A nosotros nos molestaría que alguien nos juzgara capaces de hacerlo. Él, por el contrario, estaba ansioso de que todos creyéramos que lo había hecho, aun cuando no era cierto. Lo que realmente robó fue el crédito de ladrón. Al tiempo que nosotros tratábamos de desentendernos del crimen como si se tratara de una serpiente, él intentaba atraérselo sobre sí como si fuera un encantador de serpientes. Las serpientes no resultan unos juguetes en este país. En esto se delatan precisamente las tradiciones de la Cristiandad. Tome usted a lord Mounteagle, por ejemplo. ¡Ah! se puede ser tan indio y esotérico como se quiera, o usar turbante y una túnica larga y vivir de las predicciones de los Mahatmas; pero si se roba una

piedrecita de su casa y se sospecha de los amigos, se verá pronto que no es más que un pobre inglés metido en un gran embarazo. El hombre que lo hizo no hubiera querido tampoco que se supiera que había sido él, porque él también era un caballero inglés. Aun era algo mucho mejor, era un ladrón cristiano. Quiero creer, y lo espero, que es un ladrón contrito.

—Según su narración —dijo su compañero riendo—, el ladrón cristiano y el defraudador pagano tendrían intereses contrarios. El uno se arrepentía de haberlo hecho y el otro de no haberlo podido hacer.

—No debemos ser demasiado duros para con unos ni para con los otros —dijo el Padre Brown—. Hay otros caballeros ingleses que han robado antes y a quienes el Gobierno y la ley han protegido; también tiene el oeste su manera de encubrir el robo con sus sofismas. Al fin y al cabo, no es el rubí la única piedra preciosa en el mundo que ha cambiado de dueños; ha sucedido igual con otras piedras preciosas, con frecuencia más esculpidas que un camafeo y tan decoradas como flores.

El otro le miró inquisitivamente y el dedo del sacerdote señaló la mole gótica de la gran abadía.

—Una gran losa sepulcral —dijo— que también ha sido robada.

El mayor crimen del mundo

El Padre Brown se paseaba distraídamente por una exposición de pinturas, con una expresión en el rostro que indicaba claramente que no había venido a mirar las pinturas. La verdad era que no quería mirarlas, no porque no le gustasen, ni porque esas manifestaciones del arte moderno fueran inmorales o poco convenientes, sino porque pensaba que debía poseer un temperamento bastante inflamable el que se viese impulsado a la exaltación por la serie de espirales interrumpidas, conos invertidos y cilindros rotos con que el arte del futuro esperaba inspirar o amenazar a la humanidad. El Padre Brown iba de acá para allá en busca de una amiga, la cual había fijado este lugar poco natural como punto de reunión por ser de gustos un tanto futuristas. La joven amiga era parienta suya además, uno de los pocos parientes que le quedaban. Su nombre, Elisabeth Fane, estaba simplificado en Betty, y era hija de una hermana casada con un terrateniente empobrecido. Pero como éste hubiese fallecido y fallecido igualmente pobre, el Padre Brown se hallaba frente a ella en la posición de protector y sacerdote, guardián y tío a la vez. Entretanto iba mirando a los grupos sin descubrir el cabello castaño y rostro franco de su sobrina. Apercibióse de algunos conocidos y de otros a quienes no conocía, entre los cuales había algunos a quien no deseaba conocer ni por casualidad.

Entre aquellas personas a quienes el Padre Brown desconocía y que aún no habían despertado su interés, estaba un joven esbelto e inteligente, maravillosamente vestido y de aspecto extranjero a causa de su barba recortada a la manera de una espada, cual la de los viejos castellanos. Su cabello negro era tan corto que tomaba el aspecto de una gorra de dormir. Y entre aquellos a quienes el Padre Brown desconocía y no tenía interés por conocer, había una dama de expresión dominante, vestida de color rojo llamativo, con una gran mata de cabello rubio, el cual era demasiado largo para ser ondulado y demasiado descuidado y suelto para calificarlo con otro nombre. Poseía un rostro potente y macizo, pálido y poco saludable, y, cuando miraba a alguien, procuraba cultivar la pose hipnotizadora de un basilisco. Venía como acompañante, tras ella, un hombre bajo con una gran barba, rostro ancho y ojos asustados y soñolientos. La expresión de éste era benevolente y amable, a pesar de parecer despierto sólo a medias, pero, visto por la espalda, su cuello de toro impresionaba por su aspecto un poco brutal.

El Padre Brown miró a la dama de escarlata, pensando que, al llegar su sobrina, iba a resultar un bello contraste. No dejaba de mirar de acá para allá, pues sentía que no sólo su sobrina produciría ese contraste, sino cualquier persona. Así pues, sintió un ligero sobresalto cuando oyó pronunciar su nombre. Al volverse se encontró con un conocido.

Era el rostro sereno y afable del abogado Granby, cuyos mechones de cabello gris

podían haberse tomado por los restos de polvo de una peluca, tan grande era el contraste de ellos con la juvenil energía de sus movimientos. Era uno de esos hombres de la City que entran y salen de sus despachos corriendo como colegiales. En verdad que no podía correr de esa manera por la sala de exposición, pero su aspecto era como el de la persona que hubiese deseado hacerlo y sus ojos iban de acá para allá, nerviosos, buscando a alguien conocido.

—No sabía yo —dijo sonriendo el Padre Brown— que patrocinara usted el nuevo arte.

—No tenía conocimiento tampoco de que usted lo hiciese —replicó el otro—. Vine a atrapar a un hombre.

—Espero que se divierta —contestó el sacerdote—. Yo vine a hacer algo parecido.

—Me dijo que estaba de paso para el continente —rezongó el abogado— y que podía hallarle en este antro de horrores.

Se detuvo unos momentos pensativo y añadió con brusquedad:

—Veamos, ya sé que es usted capaz de guardar un secreto. ¿Conoce usted a sir John Musgrave?

—No —replicó el sacerdote—. Pero no me atrevería a llamarle un secreto aunque se esconda efectivamente en un castillo. ¿No es ese viejo del que explican todas esas historias… de que vive en una torre con verdadero rastrillo y puente levadizo, y que se niega a salir de la Edad Media? ¿Es cliente suyo?

—No, lo es su hijo, el capitán. Sin embargo, el viejo forma parte del asunto y yo no lo conozco. Esto me preocupa. Lo que voy a decirle es confidencial, pero puedo confiar en usted.

Bajó el tono de su voz y condujo a su amigo a una sala lateral, casi vacía, en la que se exponían varias «naturalezas muertas».

—Este joven Musgrave —continuó diciendo el abogado— quiere que le hagamos un empréstito *post-obit* sobre su padre, que vive en Northumberland. El viejo ya hace tiempo que ha pasado de los setenta y, con toda probabilidad, *obitará* un día u otro, pero, y del *post*, ¿qué sabemos? ¿Qué sucederá después a sus bienes, castillos, rastrillos y demás? Es una propiedad muy hermosa de bastante valor, incluso hoy día, pero, de todas maneras, me extraña que no esté inscrita. ¿Comprende nuestra situación? La cuestión es si el viejo está, como dice Dickens, de buenas o no.

—Si está de buenas con su hijo se portará usted buenamente con él —observó el Padre Brown—. No; me parece que no podré ayudarle. No me he encontrado nunca con sir John Musgrave, y me parece que son muy pocos los que le encuentran hoy día. Sin embargo, me parece que debe usted resolver este punto antes de prestar el dinero de su compañía al joven. ¿Es de los que se contentan con un chelín?

—No sé, lo dudo. Es muy popular y elegante, y una gran figura de la sociedad;

también viaja mucho y ha sido periodista.

—Bueno —dijo el Padre Brown—; eso no es ningún crimen. Por lo menos, no lo es siempre.

—Nada de eso —replicó Granby—. Ya sabe lo que quiero decir… Es una cabeza un poco vacía. Ha sido periodista, conferenciante, actor y muchas otras cosas. He de saber de qué mal puedo quejarme… Mírele, ahí está.

El abogado paseaba hiriendo el suelo con los pies. De pronto, se volvió hacia la habitación más frecuentada y se lanzó entre la multitud. Corría hacia un joven alto y bien vestido, de cabello corto y barba excéntrica.

Los dos se fueron paseando, y el Padre Brown les siguió con sus miopes ojos. Mas su mirada fue reclamada por la presencia de su sobrina Betty, jadeante y tumultuosa. Y, con gran sorpresa del Padre Brown, volvió a conducirle al salón menos frecuentado y le sentó en un asiento que había en medio de la habitación, el cual parecía una isla en aquel mar de suelo.

—Tengo algo que decirle —dijo. Es tan tonto que no hay otro capaz de comprenderlo.

—Me aturrullas —dijo el clérigo—. ¿Es algo de lo que tu madre comenzó a explicarme? ¿Compromisos y todo lo demás? No usarás esa palabra, supongo, en el sentido de los historiadores militares.

—Usted sabrá que ella quiere que formalice mis relaciones con el capitán Musgrave.

—No lo sabía —dijo el Padre Brown con resignación—. Sin embargo, el capitán Musgrave me parece un tópico de moda.

—Nosotros somos muy pobres, claro está —continuó ella—, y no sirve para nada decir que el dinero no cuenta.

—¿Quieres casarte con él? —preguntó su tío, mirándola con los ojos medio cerrados.

Ella arrugó el entrecejo, mirando al suelo, y contestó en un tono más bajo:

—Me lo suponía… Por lo menos, creo que me lo suponía, pero acabo de sufrir un desengaño.

—Cuéntamelo.

—Le he oído reír —dijo.

—Es una excelente virtud social.

—No comprende usted —dijo la muchacha—. No era, en absoluto, social. Ése es, justamente, el punto: no era sociable.

Se detuvo un momento y continuó con firmeza:

—Llegué bastante temprano y le vi sentado en medio de la sala donde se encuentran las pinturas nuevas, que, por aquel entonces, estaba muy poco concurrida. No tenía idea de mi presencia ni de la de nadie más; estaba allí solo y se puso a reír.

—No es ninguna maravilla —dijo el Padre Brown—. Yo no soy ningún crítico de arte, pero una ojeada de conjunto a todos esos cuadros…

—¡Oh, no quiere entenderme! —replicó ella, casi enfadada—. No es nada de eso. No miraba los cuadros. Sus ojos estaban clavados en el techo, pero su mirada parecía dirigirse hacia su interior, y se echó a reír de una manera que me heló la sangre.

El sacerdote se había levantado y paseaba por la estancia con las manos en la espalda.

—No debes precipitarte a tomar una decisión en estos casos —comenzó—. Hay dos clases de hombres… Pero no podemos entrar en discusiones, porque aquí lo tenemos.

El capitán Musgrave entró con paso ligero en la habitación y la abarcó con una sonrisa. Granby, el abogado, iba en pos de él y en su rostro de hombre de leyes se dibujaba el alivio.

—Debo rectificar todo lo dicho con respecto al capitán —dijo, mientras iba con el sacerdote hacia la puerta—. Es un muchacho sensato y comprende mi objeción. Él mismo me preguntó por qué no iba a ver a su viejo padre; podía oír de labios del viejo cómo quedaba eso de la herencia. No podía ser más franco, ¿verdad? Pero está tan ansioso por arreglar el asunto que se ofreció para llevarme en su propio coche a Musgrave Moos. Éste es el nombre de la propiedad. Le dije que ya que era tan amable podíamos ir juntos, y vamos a salir mañana por la mañana.

Mientras hablaba, Betty y el capitán entraron juntos por el marco de la puerta, creando, con ayuda de éste, un cuadro que muchas personas lo prefieran a los cilindros. Fuesen cuales fuesen sus otras afinidades, ambos eran muy bellos; y el abogado se sintió movido a resaltar este hecho cuando se deshizo bruscamente el encanto del cuadro.

El capitán Jaime Musgrave volvió la vista hacia la sala principal y su mirada risueña y triunfante debió ver algo que le hizo cambiar de pies a cabeza. El Padre Brown miró en derredor suyo como impulsado por un presentimiento, apercibiéndose entonces del rostro cabizbajo y lívido de la enorme mujer de rojo, asomando bajo la masa leonina de sus cabellos. Su actitud más frecuente era la de estar un poco agachada, semejante a la del toro que va a embestir, y la expresión de su rostro pálido y pastoso era tan inexpresiva e hipnotizante, que escasamente se apercibieron del hombre de la larga barba.

Musgrave avanzó hacia ella de la misma manera que lo hubiese hecho una figura de cera maravillosamente bien vestida, si se le hubiese dado cuerda para andar. Dijo algunas palabras imperceptibles. Ella no contestó, pero se volvieron todos juntos dirigiéndose, como en una discusión, hacia el extremo de la sala. El hombrecillo de cuello de toro y larga barba cerraba la marcha, sugiriendo la imagen de un paje enano.

—¡Dios nos valga! —exclamó el Padre Brown frunciendo el ceño hacia ellos—. ¿Quién es esa mujer? ¡Cielo santo!

—Ningún compinche mío. Soy feliz al asegurárselo —replicó Granby con ligereza—. Da la impresión de que un poco de «flirteo» con ella haya de acabar mal.

—No me parece que «flirtee» —dijo el Padre Brown.

Mientras hablaban del grupo que bajaba por la galería, éste se deshizo y el capitán regresó con paso rápido.

—Ya estoy aquí —dijo con naturalidad, aunque sus interlocutores creyeron notar que había mudado de color—. Lo siento mucho, señor Granby, pero veo que mañana no podré acompañarle. De todos modos, tome usted el coche. Hágame este obsequio.

»No he de necesitarlo. Me… he de quedar en Londres unos días. Llévese a su amigo si quiere.

—Si el capitán es tan amable… —dijo el sacerdote con gravedad—. Podría explicarle que tengo algún punto en común con el informe que va a tomar el señor Granby y que sería para mí un gran alivio cerciorarme a ese respecto.

Lo cual dio motivo a que un coche elegante y un chófer, igualmente elegante, se lanzara, al otro día, hacia el norte, en pos de las llanuras del Yorkshire, llevando un pasajero discordante, un sacerdote que más parecía un bulto de ropa negra y un abogado más acostumbrado a marchar por sus propios pies que en las ruedas de los demás.

Hicieron alto de muy buen grado, en su viaje, en uno de los anchos valles del *West Riding*, comiendo y acostándose en una cómoda posada. Continuaron el siguiente día por la carretera costera de Northumbria hasta alcanzar esa región que es una masa de dunas y de exuberantes praderas marítimas, en cuyo corazón se levantaba el castillo limítrofe que, permaneciendo tan solitario, había sabido guardar el secreto de las antiguas guerras fronterizas. Por fin dieron con él, siguiendo un camino que se deslizaba junto a un brazo de mar que vertía dentro de un rudo canal, el cual iba a parar al fondo del castillo. Ese castillo era un verdadero castillo de planta cuadrada, almenado como todos los castillos que construyeron los normandos desde la Galia a los Grampianos. Resultó verdad que poseía un puente levadizo y rastrillo, y tomaron buena nota de ello por un accidente que retrasó su entrada.

Avanzaron por entre la larga hierba y cardos hasta el margen del foso, que corría cual una cinta negra con hojas marchitas y espuma por encima, igual a ebonita incrustada de oro. Sólo a unas dos varas de ellos se hallaba el otro margen y las viejas piedras de la entrada. Pero parecía haber sido tan poco frecuentado este desierto, que cuando el impaciente Granby gritó a las oscuras figuras que se hallaban detrás del rastrillo, pareció que les costaba trabajo bajar el enmohecido puente. Comenzó a bajar sobre ellos cual una torre que va a desplomarse, quedándose detenido en el aire en un ángulo amenazador.

El impaciente Granby, yendo de acá para allá por la orilla opuesta, gritó:

—¡Oh, no puedo soportar por más tiempo este sucio sistema! ¡Pero si resulta más fácil dar un salto!

Y con su característica impetuosidad saltó a la otra orilla cayendo sobre ella con sólo una pequeña vacilación. Las cortas piernas del Padre Brown no se adaptaban al salto. Pero su temperamento le hacía más propicio que a muchas otras personas para que se diera un remojón en agua pantanosa. Gracias a la destreza de su acompañante no se hundió mucho. Pero mientras le subían por la pendiente resbaladiza de hierbas, se detuvo doblando la cabeza sobre un punto del suelo.

—¿Herboriza usted? —preguntó irritado—. No nos queda tiempo para eso después de su tentativa como visitante de las maravillas del fondo del mar. Vamos. Llenos de barro o no, nos hemos de presentar al barón.

Una vez dentro del castillo les salió al encuentro un viejo criado de excelentes modales, y, después que hubieron indicado su negocio, se les hizo pasar a una habitación grande, recubierta de madera, con ventanas enrejadas por antiguos hierros. Armas de distintas épocas formaban una cenefa ondulante sobre la oscura pared, y una armadura completa del siglo XIV estaba de centinela junto a la enorme chimenea. En otra pieza que se abría a continuación, podía verse la larga hilera de oscuros retratos de familia.

—Tengo la sensación de haber penetrado en una novela en lugar de en una casa —dijo el abogado—. No tenía la menor idea de que hubiera alguien que mantuviera los «Misterios de Udolfo» hasta este punto.

—Sí, el viejo lleva a cabo su manía histórica con competencia —comentó el sacerdote— y estas cosas tampoco son imitaciones. Esta colección no está hecha por una de esas personas que creen que toda la gente del medievo existió a un tiempo. Algunas veces componen una armadura con trozos distintos; pero esa armadura cubrió a un solo hombre, y por cierto muy completamente. Vea usted, es uno de los últimos ejemplares de armaduras…

—Me parece que es un señor muy lento en las cosas —dijo Granby enojado—. Nos está haciendo esperar mucho.

—Las cosas aquí se suceden despacio —dijo el Padre Brown—. Me parece que es una gran cortesía por su parte recibir a dos personas, totalmente desconocidas, que vienen a informarse sobre asuntos tan personales.

Y, verdaderamente, cuando el dueño de la casa compareció no tuvieron razón para lamentarse de su acogida. Se percataron de que hay algo ingénito en las casas con una tradición de buenos modales y porte, y que prevalece dignamente aún en esa adusta soledad, y después de todos esos años de campo y de ocio. El barón no pareció ni sorprendido ni embarazado por la extraña visita. Sospechaban ellos que no había recibido ninguna desde un cuarto de siglo para acá; sin embargo, se comportó como

si no hiciera otra cosa que saludar duquesas todos los días. Tampoco se mostró arisco ni impaciente al aludir ellos al objeto de su visita; tras de un poco de reflexión pareció darse cuenta del móvil de su curiosidad, justificándolo por las circunstancias. Era un hombre viejo de mirada viva, delgado; sus cejas eran negras y, aunque su cabello, cuidadosamente rizado, era una peluca, había tenido el buen gusto de ponerse una peluca de viejo.

—Por lo que a usted se refiere —dijo— la respuesta es muy sencilla. Tengo realmente la intención de dejar todos mis bienes a mi hijo, de la misma manera que mi padre me los dejó a mí; y nada —o digo con toda intención— me inducirá a hacer otra cosa.

—Le agradezco su información, créame —replicó el abogado—. Pero su amabilidad me mueve a decirle que se lo toma muy a pecho. No es mi deseo el hacerle presente que si su hijo cometiese alguna acción por la cual se hiciese indigno, a sus ojos, de esta responsabilidad…

—Eso es… Podría… —dijo sir John con sequedad—. Resulta algo indulgente decir podría. ¿Quieren ustedes pasar a esta habitación?

Les hizo pasar a la sala que ya habían entrevisto y, parándose con mucha gravedad delante de los ennegrecidos retratos, dijo:

—Éste es sir Roger Musgrave —y señalaba a un hombre de cara larga, provisto de peluca—. Éste era uno de los mentirosos más rastreros del tiempo de Guillermo de Orange, traidor a dos reyes y algo así como el asesino de dos esposas. Aquél es su padre, sir Robert, un caballero perfectamente honrado. Aquél su hijo Jaime, uno de los más nobles de los mártires jacobitas y uno de los primeros en intentar hacer alguna reparación a la Iglesia y a los pobres. ¿Importa algo, pues, para la casa de los Musgrave, que pase el poder, honor y autoridad de un hombre bueno a otro hombre bueno a través de uno malo? Eduardo I gobernó a Inglaterra. Eduardo III la cubrió de gloria y, no obstante, el segundo bien vino del primero a través de la infamia e imbecilidad de Eduardo II, quien aduló a Galveston y huyó de Bruce. Créame usted, señor Granby, la grandeza de una estirpe y su historia depende de algo más que de las personas sobre quienes accidentalmente recae, aun cuando no la favorezca. Nuestro patrimonio ha ido siempre de padre a hijo, y de padre a hijo continuará. Pueden estar seguros, caballeros, y pueden asegurarle a mi hijo que no dejaré mi dinero a un asilo para gatos sin hogar. Musgrave lo dejará a otro Musgrave hasta que los cielos se hundan.

—Sí —dijo el Padre Brown pensativo—, comprendo sus palabras.

—Estamos muy complacidos de llevarle tales motivos de confianza a su hijo.

—Pueden ustedes dárselas —dijo el dueño de la casa con gravedad—. Puede estar seguro de poseer el castillo, título, tierra y dinero. Sólo hay que añadir una pequeña cláusula muy personal: bajo ningún pretexto, mientras viva, quiero hablar con él.

El abogado permaneció en su actitud respetuosa, pero se quedó mirándole atónito.

—Pero ¿qué… ha hecho?

—Soy un particular —dijo Musgrave—, así como el guardián de una enorme herencia. Mi hijo hizo algo tan terrible que dejó de existir para mí, no ya como un caballero, sino como ser humano. Es el mayor crimen del mundo. ¿Recuerda usted lo que Douglas contestó cuando Marmión, su huésped, quiso estrecharle la mano?

—Sí —contestó el Padre Brown.

—«Mis castillos son únicamente de mi rey, desde las torres a los cimientos. La mano de Douglas es solamente de él.»

Con estas palabras se volvió hacia la otra habitación a la que condujo a sus atónitos huéspedes.

—Espero que aceptarán algún refresco —añadió con voz inalterable—. Si no saben dónde ir o qué hacer les ofrezco mi hospitalidad con gusto.

—Gracias, sir John —dijo el sacerdote con voz apagada—, será mejor que nos retiremos.

—Haré que bajen el puente —replicó su anfitrión. A los pocos segundos el crujir del enorme y anticuado artefacto llenó el castillo con un ruido semejante al de los molinos en movimiento. Enmohecido como estaba, esta vez rindió buen resultado y se hallaron de nuevo sobre la ribera fresca del otro lado del foso. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Granby.

—¿Qué demonios fue lo que hizo su hijo? —exclamó.

El Padre Brown no contestó. Pero cuando llegaron en el coche a un pueblecito cercano llamado Graystones, deteniéndose en la posada de las «Siete Estrellas», entonces fue cuando el abogado supo que el Padre Brown no tenía intención de ir mucho más lejos; en otras palabras, que se proponía quedarse allí.

—No puedo decidirme a dejar la cosa así —dijo pensativo—. Mandaremos el coche, pero usted, naturalmente, querrá irse con él. Usted ya tiene la respuesta deseada, que sólo estriba en conocer la solidez de los bienes futuros de Musgrave. Pero yo no tengo la respuesta, pues la mía comportaba saber si Jaime era un marido digno de Betty. He de intentar descubrir si hizo alguna cosa realmente horrible, o si sólo son manías de un viejo lunático.

—Pero —interpuso el abogado— si usted quiere saber algo acerca de él, ¿por qué no le sigue?

—¿De qué valdría el hacerlo? —replicó el otro—. No me parece muy sensato acercarse a un joven elegante en Bond Street diciéndole: «Perdóneme usted, pero dígame, ¿es cierto que ha cometido un crimen demasiado horrible para imputarlo a un ser humano?». Si es verdad que fue lo bastante depravado para cometerlo, tendrá mayor facilidad para negarlo. Ni tan sólo sabemos qué clase de crimen fue. No, sólo hay un hombre que lo sepa y quizás nos lo pueda decir en un momento de arrojo. Por

ahora pienso quedarme junto a él.

Ésta fue la realidad. El Padre Brown se quedó junto al excéntrico barón y se saludaron más de una vez con la mayor deferencia. El barón, a pesar de sus años, era un buen andador y estaba fuerte. Se le veía con frecuencia por las avenidas del pueblo. Sin ir más lejos, el día después de su llegada, el Padre Brown salía de la posada hacia la plaza adoquinada con guijarros y vio su oscura y distinguida persona cruzar por delante de él hacia la oficina de correos. Iba vestido de negro, sin ninguna ostentación, y su largo rostro resultaba más impresionante a la luz del día; con su cabello gris, sus cejas negras y su barbilla, recordada un poco a Enrique Irving o algún otro actor de fama. A pesar de sus cabellos grises, su cuerpo, así como su rostro, delataban su fuerza y llevaba el bastón más como un arma que como un objeto de apoyo. Saludó al sacerdote y no eludió hablar del asunto que había sido tema de su conversación el día anterior.

—Si continúa interesándose por mi hijo —dijo, pronunciando la palabra con una absoluta indiferencia— he de decirle que le verá poco. Acaba de marchar del país. Me parece que es como si le dijera que ha huido de él.

—¡Vaya! —exclamó el Padre Brown con gravedad.

—Unas personas, de las que jamás había oído hablar, llamadas Grunov, me han estado molestando sobre su paradero estos últimos días —dijo sir John— y acabo de mandarles un telegrama diciéndoles que cuanto sé es que vive en el *Poste Restante* de Riga. Incluso eso me ha causado un trastorno. Vine a hacerlo ayer, pero llegué cinco minutos después de cerrar la oficina de Correos. ¿Se quedará usted algunos días? Espero tener, el gusto de volverle a ver por casa.

Cuando el sacerdote explicó al abogado la pequeña entrevista sostenida con el viejo Musgrave en el pueblo, el abogado quedó desconcertado al propio tiempo que se Interesaba más y más en el asunto.

—¿Por qué ha huido el capitán? —preguntó—. ¿Quiénes eran esos que le buscan? ¿Quién diantre son esos Grunov?

—De momento no lo sé —contestó el Padre Brown—. Es posible que su misterioso crimen haya salido a la luz. Me atrevería a decir que hay quien le hace víctima de un chantaje. A la tercera pregunta que me ha hecho usted me atrevería a contestar: aquella espantosa mujerona de cabello amarillo se llama *madame* Grunov y el hombrecillo que la sigue pasa por su marido.

Al día siguiente, el Padre Brown entró un tanto apesadumbrado y dejó el paraguas como los peregrinos dejan su cayado. Estaba deprimido. Pero no era sino ese humor que le acompañaba tantas veces en sus investigaciones científicas. Esta depresión no estaba producida por el fracaso, sino por el éxito.

—Resulta un poco fuerte —dijo en voz baja—, pero debía de haberlo sabido antes. Debía de haberlo adivinado cuando entré y vi la otra.

—¿Cuando vio qué? —preguntó Granby con impaciencia.

—Cuando vi que sólo había una armadura —contestó el Padre Brown.

Se hizo un silencio durante el cual el abogado se quedó mirando a su amigo, y, éste resumió:

—Sin ir más lejos, iba a decirle a mi sobrina, el otro día, que hay dos clases de hombres que son capaces de reír a solas. Podría decirse que el que así se comporta o es muy bueno o muy malo, porque o bien está confiando un secreto a Dios o al diablo. En uno u otro caso es un ser que lleva una vida interior. Hay en verdad una serie de personas que confían su secreto al diablo. No le importa que nadie más disfrute de él si no hay otra persona de bastante confianza para hacerlo. El secreto o trapisonda se basta en sí mismo, es lo bastante siniestro y maligno.

—¿Pero de qué está usted hablando? —preguntó Granby—. ¿De quién me habla usted? ¿De cuál de ellos, quiero decir? ¿Quién es esa persona que se ha asociado a Satanás para hacer una jugarreta?

El Padre Brown le miró con una sonrisa forzada en los labios.

—¡Ah! —dijo—. ¡Ahí está la gracia! Se hizo otro silencio, pero esta vez parecía llenar la estancia de opresión en lugar de dejarla vacía; parecía posarse encima de ellos como la luz del exterior, mortecina y cada vez más oscura. El padre Brown continuó hablando con voz pausada, sentado junto a la mesa y apoyándose de codos en ella.

—He repasado un poco el árbol genealógico de los Musgrave —dijo—; son personas fuertes y de larga vida y pienso que de seguir su curso normal, ustedes deberían esperar bastantes años a tener su dinero.

—Estamos preparados para ello —interpuso el abogado—. De todas formas no puede durar indefinidamente. El viejo casi ha llegado a los ochenta, a pesar de que va de acá para allá; y la gente de la posada se ríe y dicen que creen que no morirá jamás.

El Padre Brown se levantó de un salto, con uno de esos movimientos rápidos y raros en él, permaneciendo con sus manos sobre la mesa, abalanzándose hacia adelante y mirando a su amigo en los ojos.

—Eso es —dijo en voz baja, pero excitado—. Ése es el único problema. Ése es el único problema material. ¿Cómo morirá? ¿Cómo diantres ha de morir?

—¿Pero, qué quiere usted decir? —preguntó Granby.

—Quiero decir —dijo el sacerdote desde el fondo de la oscura habitación—, que conozco el crimen que Jaime Musgrave cometió.

Su acento estaba impregnado de tal emoción que Granby no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda, y en voz baja atrevióse a proferir otra pregunta aún.

—Sí, verdaderamente, era el mayor crimen del mundo —replicó el Padre Brown —. Por lo menos muchos pueblos y civilizaciones lo han tenido por tal. Desde los

tiempos más remotos se le ha señalado en las tribus y pueblos uno de los más tremendos castigos. Sea como fuere, ahora sé lo que ha hecho Musgrave y por qué lo hizo.

—¿Y qué hizo? —preguntó el abogado.

—Mató a su padre —contestó el sacerdote.

Ahora fue el abogado quien se levantó de su asiento y miró perplejo por encima de la mesa.

—Pero si su padre está en el castillo —replicó en tono tajante.

—Su padre está en el foso —dijo el sacerdote—. Y fui muy tonto en no detenerme a explicarme qué fue lo que me chocó de la armadura. ¿No recuerda usted la disposición de ese aposento? ¿No recuerda usted el esmero que se había puesto en la decoración? Había dos hachas de guerra cruzadas a un lado de la chimenea, dos al otro lado. Un escudo redondo escocés a un lado, un escudo redondo escocés al otro. Y una armadura completa guardaba la derecha y había un espacio vacío a la izquierda. No hay nada que me haga creer que el hombre que arregló esa habitación con una simetría tan completa dejara ese hueco por solucionar. Con toda certeza debió de haber otra armadura. ¿Qué se ha hecho de ella?

Se detuvo y continuó con un tono de voz más objetivo:

—Cuando se piensa en todos los detalles resulta un buen plan para cometer el asesinato y solucionar el problema permanente del cadáver. El cuerpo podía permanecer dentro de la armadura no sólo unas horas, sino incluso días, mientras los criados iban y venían y el asesino esperaba la noche para bajarlo al foso; para cuya operación no tenía ni que cruzar el puente. ¡Y qué oportunidad la suya! Tan pronto como el cuerpo estuviera descompuesto no quedaría otra cosa que un esqueleto en una armadura del siglo XIV, cosa muy propia para hallarse en el foso de un castillo fronterizo. Era poco probable que nadie buscara algo allí, pero si lo hacían en seguida, eso sería lo único que encontrarían. Yo mismo tropecé con una prueba. Fue cuando usted dijo si buscaba una planta exótica; y una planta era, en más de un sentido, si me permite usted la broma. ¡Vi las huellas dejadas por dos pies, tan hundidas en el barro duro que pensé debían de pertenecer a un hombre muy grueso y a alguien que llevase algo muy pesado! ¡Ah, y de paso, también hay un pequeño corolario a mi célebre salto gatuno!

—Me da vueltas la cabeza —dijo Granby—, pero empiezo a comprender cómo se ha ido desarrollando esta pesadilla. ¿Qué hay de su salto?

—Hoy mismo, en la oficina de correos, acabo de confirmar, por pura casualidad, lo que el barón me dijo ayer; que había estado allí poco antes de cerrar la oficina; o sea, no sólo el mismo día que llegamos, sino a la misma hora. ¿No ve usted lo que esto significa? Quiere decir que estaba fuera cuando llamamos al castillo y que regresó durante nuestra espera; y por esto fue por lo que tuvimos que aguardar tanto

tiempo. Al comprender esto me imaginé un cuadro que lo explica todo.

—Y bien… ¿Qué es ello? —preguntó el otro con impaciencia.

—Un viejo de ochenta años puede andar —dijo el Padre Brown—, un viejo puede llegar a andar muchísimo por las avenidas de un pueblo. Pero un viejo no puede saltar. Por lo menos sería un saltador más desgraciado de lo que yo fui. Y si el barón entró mientras nosotros le estábamos esperando debió de hacerlo del mismo modo que nosotros lo hicimos…, saltando al foso…, puesto que el puente no fue bajado hasta más tarde. Llego a aventurar que fue él mismo quien lo descompuso para retener a visitantes indeseables, a juzgar por la rapidez con que se arregló luego. Pero esto no importa. Así, pues, en el instante en que me imaginé la quimera de un hombre viejo, vestido de negro y cabello gris, saltando al foso, comprendí que no era tal viejo, sino un joven disfrazado de viejo. Ésta es toda la historia.

—¿Quiere usted decir que este agradable joven —dijo Granby con dificultad— ha matado a su padre y que ha escondido el cuerpo, primero dentro de la armadura, y después en el foso, y que acabó por disfrazarse y todo lo que siguió?

—Se parece mucho a él —dijo el sacerdote—, usted mismo podrá haber visto cuan grande era el parecido que corría de unos a otros. ¿Habla usted de disfraz? En cierto modo el vestido de cada uno es un disfraz. El viejo se disfrazaba con una peluca y el joven con una barba exótica. Cuando se afeitó y puso la peluca encima de su cabeza rapada y hubo compuesto un poco su cara, era en todo igual al padre. Ahora comprenderá con claridad el móvil de su interés por que tomara su propio coche a la mañana siguiente. Era para que él pudiera venir en tren esa misma noche. Llegó antes que usted, cometió su crimen, adoptó el disfraz y estuvo a punto para entrar en negociaciones legales.

—¡Ah! —dijo Granby pensativo—. ¡Negociaciones legales! ¿Usted cree, claro está, que el verdadero barón viejo habría negociado de distinta manera?

—Le habría dicho claramente que el capitán no hubiera heredado ni cinco céntimos. Este ardid, a pesar de lo extremado, era lo único que se le ocurrió para evitar que él se lo dijera. Su plan respondía a varios fines. Esos amigos le pedían dinero por alguna villanía cometida; a buen seguro una traición durante la guerra. Se escapó de ellos por el grueso de un alfiler y les ha mandado hacia Riga en su busca. Pero lo más refinado fue esa teoría de reconocer a su hijo por heredero, pero no como a un ser humano. No ve usted que al tiempo que aseguraba el *post-obit* contestaba de antemano a una de las dificultades que iban a surgir inmediatamente.

—¡Ah, ya veo varias dificultades! —dijo Granby—. ¿A cuál de ellas se refiere usted?

—Quiero decir que si el hijo no estaba desheredado, era un poco extraño que no se viera nunca con el padre. La suposición de haberle repudiado en privado lo contesta. De manera que sólo queda en pie una dificultad, que es la que debe

preocupar ahora al joven. ¿Cómo diantres ha de morir el viejo?

—¡Yo sé cómo debiera morir! —exclamó Granby. El Padre Brown pareció desentenderse un poco de ello y continuó de una manera más abstraída:

—Hay aún algo más en todo este plan que es cosa más de su agrado…, algo… bueno, más teórico. Le dio un desmesurado placer intelectual comunicarle, haciendo ver que era otro, que había cometido un crimen, siendo esto verdad… Esto es lo que quería decir cuando dije ironía infernal. Y por el secreto compartido con el diablo. ¿Quiere que le diga algo que se parece a lo que acostumbran a calificar de paradoja? A veces resulta un gozo poder decir la verdad en el mismo infierno. Y, sobre todo, decirla de manera que todo el mundo la interprete mal. Es por eso que le gustó esa figuración de hacer ver que era otro y al mismo tiempo pintarse tan negro como era. Todo esto fue la causa de que mi sobrina le oyera reírse a solas en la sala de pinturas.

Granby tuvo un sobresalto, como si con un puñetazo le hubieran despertado súbitamente el sentido común.

—¡Su sobrina! —exclamó—. ¿No quería su madre que se casara con Musgrave? … Por dinero y rango, ¿no es verdad…?

—Sí —dijo el Padre Brown con sequedad—, su madre se inclinaba por un matrimonio prudente.

El hombre de las dos barbas

Esa historia fue explicada por el Padre Brown al profesor Crake, célebre criminalista, en un club donde habían sido presentados después de comer, bajo la pretensión de que compartían idéntico interés inofensivo por asesinatos y robos. Pero como la versión dada por el Padre Brown era un tanto tendenciosa por cuanto disminuía su intervención, vamos a relatarla de nuevo y de una manera más imparcial. Surgió el relato a raíz de una discusión amistosa en la que el profesor se mostraba muy científico y el sacerdote un tanto escéptico.

—Mi buen señor —replicó el criminalista—, pero ¿no cree usted que la criminología es una ciencia?

—No estoy del todo seguro —contestó el Padre Brown—. ¿Cree usted, por su parte, que la *hagiología* es una ciencia?

—¿Qué es eso? —preguntó el erudito con viveza.

—No, no es el estudio de los desocupados, ni tampoco tiene nada que ver con las brujas —contestó el Padre Brown sonriendo—. Es el estudio de las cosas sagradas: de los santos y demás cosas relativas a ellos. Verá usted, las «Edades Oscuras» trataron de hacer una ciencia acerca de las personas buenas. En cambio nuestra época, humanista y esclarecida, sólo se ocupa de los malos, sacando en conclusión de toda nuestra serie de experiencias que cada uno es un santo. Mas sospecho y me imagino que usted lo corrobora también, que casi todo el mundo es, en cierto sentido, un asesino.

—Bien, bien, pero yo creo que hemos llegado a clasificar bastante bien a los asesinos —observó Crake—. La enumeración de las clases es algo pesada y monótona, pero me parece que comprende a todos. En primer lugar, todo homicidio puede dividirse en racional e irracional; voy a tomar el último caso, por ser el menos numeroso. Es cierto que existe algo llamado manía homicida o amor a la carnicería en abstracto. También existe otra cosa llamada antipatía irracional, aunque ésta no llega casi nunca al homicidio. Acto seguido tropezamos con las causas de ambas. Las hay que son menos racionales por cuanto son más románticas o retrospectivas. Los actos de venganza puros, son actos de desesperación. Así, un amante asesina a un rival que nunca podría suplantar; un rebelde, a un tirano, tras de una victoria completa. Pero generalmente, incluso estos actos están fundados en unas esperanzas lógicas o racionales. Son asesinatos previstos. Éstos se clasifican mejor en el segundo grupo, que podríamos definir con el nombre de crímenes de prudencia. Éstos, a su vez, se subdividen en dos: un hombre mata o roba para poseer lo que otro posee, ya sea por medio del robo o de la herencia, o bien lo hace para impedir al otro que actúe; como en el caso de matar a un estafador o a un político del campo contrario, o, como ejemplo de obstáculo más pasivo, a la esposa o esposas cuyo ejercicio constante de

sus atributos se interpone a su actuación. Somos del criterio de que esta clasificación es bastante sensata, y que bien aplicada cubre todas las acepciones. Me temo que quizá suene un poco aburrida; espero que no me haya hecho pesado —añadió mirando al Padre Brown.

—Nada de eso —dijo el Padre Brown—. Si le he dado la impresión de estar un poco distraído debo excusarme; la verdad es que estaba pensando en un hombre a quien conocí. Era un asesino; pero no alcanzo a ver qué personaje de su galería de asesinos le podría convenir. No estaba loco ni le gustaba matar y casi ni le conocía; y, desde luego, no le impulsaba al acto la venganza. El otro no poseía nada que él pudiera desear. Ni se comportaba de ninguna manera que el criminal quisiera impedir. El asesinado no desempeñaba un papel que pudiera afectar al asesino para nada. Entre ellos no había mujer alguna, ni pasión política. Este hombre mató a su semejante, el cual era para él casi un extranjero, por una razón muy extraña y quizá única en los anales de la historia humana.

Continuando con tan sencillos términos, el Padre Brown contó su historia. Ésta puede muy bien tomar principio en el marco, suficientemente digno, de una mesa de desayuno, a la que se sentaba una respetable y acomodada familia de suburbio apellidada Bankes, entre la cual se había sustituido el comentario cotidiano del periódico por el de un misterio más cercano. Hay quien califica a esta clase de comentarios de habladurías, y en muchos casos las dicen seres bien inocentes. Los campesinos explican hechos verdaderos y falsos de sus vecinos; pero con el afán de saber de la gente moderna del suburbio, se llega a tomar como cierto todo lo que los periódicos dicen acerca de la crueldad del Papa o del martirio del rey de los caníbales y en el fragor de estos tópicos desconoce lo que sucede en la casa de al lado. Sin embargo, en el caso presente, las dos formas de interés coincidieron de una manera excitante. Su periódico favorito había nombrado a su propio barrio. Al verlo en letras de molde les produjo la impresión de que esto constituía una prueba eficiente de su propia existencia. De ello parecía resultar como si antes de eso hubiesen vivido inconscientes e invisibles y ahora cobrasen una realidad parangonable a la del rey de los caníbales.

Podía leerse también en el periódico el nombre de un criminal muy famoso en tiempos, conocido con el nombre de Miguel Claro de Luna, y por muchos otros que era de creer que no serían el suyo, a quien hacía poco habían puesto en libertad, tras largo tiempo de reclusión por sus muchos robos y que vivía —sus idas y venidas y señas personales no se daban a conocer—, según noticias secretas, en dicho barrio, al que nosotros llamaremos por conveniencia Chisham. A continuación había un resumen de sus más famosos y atrevidos actos y huidas. Pues es una característica de esa clase de Prensa dedicada a tal clase de público, al dar por supuesto que sus lectores carecen de memoria. Y así como el campesino recordará el nombre de Robin

Hood o de Rob Roy durante siglos, el empleado olvidará el del criminal sobre quien discutía el año pasado por metros y tranvías. A pesar de todo, Miguel Claro de Luna había demostrado una desfachatez heroica casi comparable a la de Rob Roy y Robin Hood. Valía la pena de convertirle en leyenda y no sólo en una noticia. Era un ladrón demasiado experto para que diera en asesino. Pero su fuerza descomunal y la facilidad con que tiraba a los policías, los ataba y dejaba sin sentido, acababan de poner un rasgo de misterio y de temor al hecho de que nunca los matara. La gente llegaba a opinar que de haberlo hecho hubiera sido más humano.

El señor Simón Bankes, el padre de la familia, era, a un tiempo, más leído y cortado a la antigua usanza que el resto de la familia. Era un hombre astuto, con una barbita gris, y su ceño cruzado por arrugas. Tenía cierta debilidad por las anécdotas y recuerdos y tenía presente aquellos días en que los londinenses no dormían esperando a Mike Moonshine, de la misma manera que si se hubiese tratado del *Spring-heeled Jack*[6]. También se hallaba presente su esposa, una mujer delgada y morena. Vestía con falsa elegancia, pues su familia poseía mucho más dinero que la de su marido, aunque menos educación, e incluso tenía un valioso collar de esmeraldas que guardaba en el piso superior, por lo cual se consideraba con derecho a levantar la voz en las discusiones sobre robos. Su hija, Opal, delgada y morena como la madre, se suponía que era psicópata. Por lo menos ella lo creía así, si bien no recibía grandes alientos por parte de la familia. Seres de aficiones apasionadamente etéreas, sería recomendable que no se materializasen tomando forma como componentes de una familia numerosa. Ella tenía un hermano, un muchacho corpulento llamado Juan, muy dado a manifestar del menosprecio que sentía por las aspiraciones espirituales de su hermana. Juan sólo se distinguía por su interés hacia los coches. Parecía siempre estar a punto de vender uno y de comprar otro, y por su proceso difícil de seguir para un economista teórico, resultaba siempre posible comprar un coche mucho mejor a cambio de uno estropeado o viejo. Había aún otro hermano, Felipe, un joven de cabello oscuro y rizado, que se hacía notar por lo esmerado del vestido, lo cual es sin duda uno de los atributos del dependiente, pero no el único, como su patrón le hacía notar. Por último, formaba parte en la escena familiar Daniel Devine, que era también moreno e iba igualmente bien vestido. Su barba era de corte algo extranjero y de ahí que para muchos resultase un tanto amenazadora.

Fue Devine el que desvió la atención con tacto hacia el párrafo del periódico para eludir lo que empezaba a tomar el aire de una reyerta familiar; pues la espiritual joven había comenzado a explicar una visión que había tenido de un conjunto de rostros pálidos flotando en la oscuridad de la noche ante su ventana. Juan Bankes quería interrumpir esta descripción de un estado más perfecto con mayor estruendo que nunca.

Pero la insinuación del periódico, sobre el posible y alarmante vecino dejó pronto

olvidados a los dos adversarios.

—¡Qué espantoso! —exclamó la señora Bankes—. Debe de ser un recién llegado; pero ¿quién?

—No recuerdo a ningún recién llegado que se haga notar a no ser que sea sir Leopold Pulman, de la casa Beechwood —repuso su marido.

—¡Querido! —replicó la señora—. ¡Qué absurdo!… ¡Sir Leopoldo! —Hizo una pausa y añadió—: algo hubiese insinuado su secretario… aquel hombre de los bigotes; yo he dicho siempre, desde el día que entró a ocupar el sitio que debía haber ocupado Felipe…

—No se puede hacer nada —añadió Felipe lánguidamente—. No es suficiente, mamá… —Ésta fue toda su aportación al diálogo que siguió.

—El único que conozco —dijo Devine— es aquél llamado Carver que reside en la granja de los Smith. Lleva una vida muy retirada, pero su trato es interesante. Creo que Juan le conoce también.

—Sí, sabe algo sobre coches —concedió el monomaníaco Juan—. Ya sabrá más en cuanto vaya en el coche nuevo.

Devine sonrió ligeramente; todo el mundo había sufrido la amenaza del coche nuevo de Juan. Luego añadió reflexivamente:

—Eso es lo que yo también creo. Sabe mucho sobre coches, viajes y todo lo que significa movimiento y, sin embargo, siempre está ocupado con las colmenas del viejo Smith. Dice que sólo le interesa la apicultura y que es por esto por lo que vive con Smith. Me parece una ocupación muy reposada para un hombre de su temperamento. Creo, a pesar de todo, que el coche de Juan le va a poner un poco en su sitio.

Cuando Devine salió de la casa aquella tarde se pintaba en su rostro una expresión pensativa. Tal vez nos hubiera interesado conocer el hilo de sus pensamientos, pero el resultado práctico de los mismos fue la resolución de ir a ver al señor Carver en casa del señor Smith. Caminó hacia allá y se encontró con Bernard, secretario en la casa Beechwood, discernible por su figura delgaducha y por sus largos bigotes, los cuales formaban parte de las ofensas particulares de la señora Bankes. Se conocían poco y su conversación fue breve y casual; con todo, Devine pareció hallar en ello alimento para nuevas cavilaciones.

—Oye —dijo bruscamente—, perdona que te lo diga, pero ¿es cierto que lady Pulman guarda joyas valiosas en la casa? No soy ningún ladrón profesional, pero acabo de oír que hay uno por aquí.

—Le diré que las vigile —contestó el secretario—, yo mismo le he dicho que esté alerta. Espero que lo habrá hecho.

Mientras hablaban, sonó la horrible voz de una bocina y Juan Bankes, feliz ante su volante, se paró junto a ellos. Al oír el destino de Devine, dijo que era el suyo; mas

su tono parecía indicar que deseaba compañía. El trayecto se hizo prestando continuos elogios al coche, encaminados a ensalzar sus excelencias.

—Se cierra más fuerte que una caja —dijo— y se abre con la misma facilidad con que se abre… la boca.

La de Devine, sin embargo, no parecía hacerlo con mucha facilidad, pues llegaron a la finca acompañados de un soliloquio. Traspuesta la reja, Devine halló al hombre a quien deseaba ver sin necesidad de entrar en la casa. El hombre paseaba por el jardín con las manos en los bolsillos y se tocaba con un gran sombrero de paja; era un hombre de rostro largo y barbilla ancha. El ala del sombrero proyectaba una sombra sobre la parte superior del rostro, semejante a un antifaz. En la pared del fondo había una hilera de soleadas colmenas. Junto al vejete, probablemente el señor Smith, estaba un señor bajo, de aspecto vulgar, vestido con el hábito negro de sacerdote.

—Lo he traído para darle un pequeño paseo, verá usted si vale más que un rayo o no.

La boca de Carver se torció un poco haciendo una sonrisa que quizá hubiese querido que fuese graciosa, pero que más parecía una mueca.

—Me parece que voy a estar atareado esta noche para pensar en diversiones —dijo.

—¿Qué tal va la atareada abeja? —observó Devine también enigmático—. Sus abejas deben ser muy trabajadoras cuando le ocupan toda la noche. Estaba pensando si…

—Bien —interrumpió Carver con cierto aire de desafío.

—Pues según dicen hay que recoger la paja mientras el sol brilla. Tal vez usted recoge la miel mientras la luna brilla.

Un destello de luz brotó de debajo del sombrero de ala ancha, al tiempo que los ojos de Carver se movieron de acá para allá y brillaron.

—Tal vez haya mucho claro de luna en el asunto —dijo—, pero le advierto que mis abejas no sólo hacen miel. También pican.

—¿Va usted a venir en el coche? —inquirió Juan, que estaba boquiabierto. Pero aunque Carver dejó su siniestra expresión, continuó firme en su negativa.

—No me será posible ir —dijo—; tengo que escribir muchas cosas. Tal vez le gustaría ir a alguno de mis amigos. Mi amigo el señor Smith, el Padre Brown —añadió efectuando su presentación.

—Claro —exclamó Bankes—; que vengan todos.

—Muchas gracias —dijo el Padre Brown—. Mas temo que tendré que rehusar, pues dentro de unos minutos llamarán al rosario.

—Su compañero será el señor Smith —dijo Carver impacientándose—. Estoy seguro que Smith está deseoso de ir en coche.

Smith, cuyo rostro surcaba una mueca, no parecía desear muchas cosas. Era un

vejete activo con una peluca muy decente, de esas que parecen tan naturales como un sombrero. El color de la peluca, rubio, desentonaba completamente con su tez descolorida. Sacudió la cabeza y contestó con obstinación:

—Recuerdo que pasé por esta carretera, hará unos diez años, en uno de esos cachivaches. Venía de casa de mi hermana, de Holmgate, y no he vuelto a hacer el camino en coche desde entonces. Le digo que se iba muy mal.

—¡Diez años! —repuso Juan Bankes—. Doscientos años atrás hubiera ido en una carreta de bueyes. ¿Cree usted que los coches no han variado en estos diez años e incluso las carreteras también? En mi pequeño autobús no se nota ni que las ruedas den vueltas. Usted creería que estaba volando.

—Estoy cierto que a Smith le encantará volar —interrumpió Carver—. Es el sueño de su vida. Anda, Smith, vas a ver a tu hermana de Holmgate. Ya sabes que les debes una visita. Ve y quédate toda la noche, si te place.

—Claro, por lo general voy andando y por lo general me quedo toda la noche —dijo el viejo Smith—. No hay necesidad de que se moleste el señor, precisamente hoy.

—¡Pero, imagina lo divertido que será para tu hermana verte llegar en coche! —exclamó Carver—. Deberías ir. No seas egoísta.

—Eso es —insistió Bankes condescendiente—. No sea usted egoísta. No le voy a matar. No le tiene usted miedo, ¿verdad?

—Bueno —dijo Smith parpadeando pensativo—. No quiero parecer egoísta y me parece que no tengo miedo.

La pareja se puso en marcha, entre manifestaciones de despedida, adoptando el grupo la apariencia de un coro prodigador de halagos. Aunque Devine y el sacerdote se unieron a él sólo por deferencia, Ambos tuvieron la impresión de que fue el gesto dominante de su huésped el que les había puesto en marcha. Este detalle les dio un conocimiento extraordinario de la fuerza convincente de su personalidad.

En el instante en que el coche desaparecía de su vista, se volvió hacia ellos, excusándose con cierta altanería y dijo:

—¡Y bien!…

Lo pronunció con esa franqueza que es la menos adecuada para dar pie a la amistad. Esta afabilidad exagerada es igual a una negativa.

—He de irme —dijo Devine—. No debemos interrumpir a la abeja. Me parece que sé muy poco acerca de ellas; algunas veces me es difícil distinguir una abeja de una avispa.

—Yo también he cuidado avispas —contestó el misterioso señor Carver.

Cuando sus huéspedes se hallaban hacia la mitad de la avenida, Devine dijo un tanto impulsivamente a su acompañante:

—¿Qué escena tan curiosa, no?

—Sí —contestó el Padre Brown—. ¿Y qué opina usted de ella?

Devine miró al hombrecito de negro, y algo en la expresión de sus grandes ojos grises pareció renovar sus impulsos.

—Creo que Carver —dijo— estaba muy deseoso de tener la casa para sí esta noche. No sé si se habrá dado usted cuenta de ello.

—Puedo haberme fijado en algo —contestó el sacerdote—, pero no sé si será en lo mismo que usted.

Aquella tarde, cuando ya la luz del anochecer se tornaba negra en los jardines que rodeaban la casa, Opal Bankes deambulaba por una de las oscuras y desiertas habitaciones presa de una abstracción mayor que de ordinario; y quienquiera que la hubiese mirado atentamente habría visto que su palidez era mayor que la de costumbre.

A despecho del lujo burgués que rodeaba la casa, ésta daba la impresión, en conjunto, de poseer un velo de melancolía. Era esa clase de tristeza que empaña las cosas que casan mejor con la denominación de «vieja» que con la de «antigua». Muchos detalles de su ornamentación parecían más bien obedecer a modas caídas en desuso que a tradiciones seculares, a esas que son lo suficientemente recientes para poderlas calificar de muertas. Aquí y allá vidrios de colores de los primeros tiempos victorianos esclarecían la penumbra. La altura del techo hacía parecer estrecha la habitación. En el fondo de la misma se abría una de esas ventanas redondas que abundan en los edificios de aquella época. Al llegar al centro de la habitación, Opal se tambaleó un poco como si una mano invisible le hubiese dado en el rostro.

Unos minutos después oyó llamar a la puerta de la casa, sonido que le llegó amortiguado a causa de las puertas cerradas que había de por medio. Sabía que el resto de los de la casa estaban en el piso superior y, sin embargo, a impulsos de algo que no se detuvo en analizar, salió a abrir. En el zaguán encontró a un hombre bajito y regordete, al que reconoció por el Padre Brown, sacerdote católico romano. Le conocía poco, pero simpatizaba con él. No porque él alentara sus preocupaciones psíquicas, muy al contrario, sino porque las rechazaba concediéndoles cierta importancia en lugar de ninguna. No era que no estuviese interesado en sus cavilaciones, sino que no estaba de acuerdo con ellas. En esto pensaba, al tiempo de abrir la puerta y saludarle antes de oír el objeto de su visita.

—Estoy tan contenta de que haya venido. Acabo de ver un fantasma.

—No hay que apurarse por eso —dijo—. Sucede con frecuencia. La mayoría de ellos, sin embargo, no son fantasmas y los pocos que pueden serlo no le harán ningún daño. ¿Era el espectro de alguien en concreto?

—No —dijo ella un tanto aliviada—; no fue la cosa en sí la que me sorprendió, sino el hecho de que estaba rodeado de un aspecto de repugnante decadencia. Era una especie de ruina luminosa. Era un rostro. Un rostro pegado a la ventana. Pero era

pálido e inseguro y se parecía a la imagen de Judas.

—Pues también hay personas que tienen esa expresión —opinó el sacerdote— y me atrevo a decir que miran, a veces, por las ventanas. ¿Puedo ver dónde ocurrió?

Al regresar a la habitación en cuestión halló en ella a otros miembros de la familia, y éstos, que tenían aficiones menos espirituales, creyeron conveniente subir las luces. El Padre Brown asumió una actitud más convencional al hallarse frente a la señora Bankes y, cortésmente, pidió excusas por su intromisión.

—Temo tomarme demasiadas familiaridades con su casa, señora Bankes —dijo —, pero me parece que podré justificar ante usted el motivo de esta intromisión. Me hallaba yo en casa de los Pulman, cuando alguien me llamó para decirme que viniera aquí, puesto que quería comunicarme algo de interés para ustedes. No me hubiera atrevido a introducirme así a no ser porque he sido testigo presencial de lo que ha ocurrido en el *Beechwood*. Para más detalles, fui yo quien tuvo que dar la alarma.

—¿Qué ha sucedido? —dijo la señora.

—Ha habido un robo en aquella casa —dijo el Padre Brown con gravedad—; un robo, y lo que yo temo sea peor es que todas las joyas de lady Pulman han desaparecido; y su desafortunado secretario, el señor Boyard, fue hallado en el jardín muerto de un tiro, evidentemente disparado por el ladrón.

—Aquel hombre… —exclamó la señora de la casa—. Siempre creí…

Al decir estas palabras, sus ojos hallaron la mirada del Padre Brown, y sus palabras la abandonaron sin que pudiera explicárselo.

—He dado parte a la policía y a otra autoridad interesada en el caso, que me ha dicho que, tras de un breve examen, ha podido comprobar que las huellas de los zapatos, de los dedos y otros detalles, corroboran la presencia de un criminal bien conocido.

Al llegar a este punto se abrió la puerta, dejando paso a Juan Bankes, de regreso de una expedición abortada en coche. El viejo Smith había resultado a última hora un pasajero molesto.

—Lo echó a perder todo en el último momento —exclamó con disgusto—. Se marchó mientras miraba lo que yo había creído un pinchazo. Será la última vez que tome a uno de esos…

Sus quejas recibieron poca atención, pues toda la de los asistentes estaba concentrada en el Padre Brown.

—Llegará una persona —continuó el Padre con el mismo tono reservado— que me relevará de esta responsabilidad. Cuando les haya presentado terminará mi papel en este importante asunto. Sólo me queda decir que una sirvienta de casa Pulman me dijo que había visto una cara en una de las ventanas…

—Yo vi una cara —terció Opal— en una de nuestras ventanas.

—¡Oh! Tú siempre ves caras —terció su hermano Juan con rudeza.

—Bien está ver hechos, aunque sólo sean rostros —replicó el Padre Brown— y yo creo que el que usted vio…

Llegó hasta la habitación otra llamada a la puerta y minutos después apareció en el marco de la misma una figura que hizo que Devine, al verla, se incorporara de su asiento.

Era una figura alta, derecha, con un rostro largo y cadavérico terminado en una barbilla formidable. La frente era un poco calva y los ojos de un azul brillante, pero cuando antes Devine los había visto estaban ensombrecidos por el ala ancha de un sombrero de paja.

—Les ruego que nadie se mueva —dijo el sujeto llamado Carver con acento claro y cortés, pero que a los ojos de Devine sonó cual las palabras de un salteador que inmoviliza un grupo con una pistola.

—Tome usted asiento, por favor, señor Devine —dijo Carver—, y con el permiso de la señora Bankes, voy a seguir su ejemplo. Mi presencia aquí necesita una explicación. Algo me hace creer que ustedes sospechaban de mí como de un eminente y bien conocido ladrón.

—Así es —admitió Devine huraño.

—Tal como usted hizo resaltar —continuó Carver—, no es tan fácil distinguir una avispa de una abeja.

Tras de corta pausa continuó:

—Yo puedo alardear de ser uno de los que más cuidan esos insectos, a pesar de lo muy desagradable que son. Soy detective y he venido a investigar las nuevas andanzas de un criminal bien conocido bajo el nombre de Miguel Claro de Luna. Los robos de joyas con su especialidad, y acaba de efectuarse uno de ellos en casa de mister Leopold Pulman, que, según todas las diligencias técnicas, resulta ser obra suya. No sólo corresponden sus huellas, sino sus señal personales; ustedes podrían saber que la última vez que se le cogió, y alguna otra vez también, llevaba por disfraz una barba roja y lentes de concha.

Opal Bankes se echó hacia adelante con interés.

—Eso es —dijo excitada—; ése fue el rostro que vi con grandes lentes y barba roja semejante a la de Judas. Me había figurado que era un espectro.

—Ése fue el espectro que también vio la doncella del *Beechwood* —replicó Carver con sequedad.

Dejó algunos papeles y envoltorios sobre la mesa y comenzó a desatarlos con cuidado.

—Tal como digo —continuó—, me mandaron llamar para que hiciese algunas investigaciones sobre los planes nefastos de ese sujeto llamado Claro de Luna; esto es por lo que me interesé por la apicultura y me vine a vivir con el señor Smith.

—No querrá decir que ese agradable vejete… —comenzó a decir Devine.

—Vaya, señor Devine, usted creyó que una colmena sólo era escondite apropiado para mí. ¿Por qué no iba a serlo para él?

Devine movió la cabeza malhumorado y el detective volvió a fijar su atención en sus papeles.

—Como sospechaba de Smith quería quitármelo de delante y revisar sus cosas; así es que aproveché el ofrecimiento del señor Bankes para acompañarle a dar un paseo. Registré toda la casa y hallé algunas cosas curiosas para que las poseyera un simple rústico interesado únicamente por sus abejas. Ésta es una de sus cosas.

Del paquete desatado sacó un largo objeto peludo, casi rojo, que resultó ser una de esas barbas postizas que se usan en el teatro.

—Pero también hallé otra cosa, que concierne a ésta directamente y que explica mi presencia aquí esta misma noche. Hallé un memorándum, con notas, indicando el valor de las varias joyas que había en esta vecindad. Inmediatamente después de la diadema de lady Pulman se mencionaba un collar de esmeraldas pertenecientes a la señora Bankes.

La señora Bankes, que por el momento estaba considerando la invasión de su casa con un desdén altanero, aguzó su atención y su rostro envejeció diez años, adquiriendo al propio tiempo mayor inteligencia. Pero antes de darle tiempo a que hablara, el impetuoso Juan se puso en pie y vociferó:

—¡La diadema ha desaparecido! ¿Y el collar? ¡Voy a ver el collar!

—No es mala idea —dijo Carver mientras salía el joven de la habitación—; pero, claro —añadió—, hemos mantenido los ojos abiertos desde que estamos aquí. Me costó su buen rato saber lo que había escrito en el memorándum, ya que estaba cifrado, y el mensaje telefónico del Padre Brown llegó en el preciso instante que terminaba con él. Le rogué que me precediera aquí con las noticias y así…

Sus palabras fueron ahogadas por un grito. Opal estaba en pie, señalando hacia la ventana redonda.

—¡Ahí está! —exclamó.

Durante unos instantes todos vieron algo, algo que rehabilitó a la joven de todas las calumnias de mentirosa e histérica que había sufrido. Recostado en la oscuridad azul pizarra de la noche, el rostro aparecía pálido o quizá empalidecido por la presión del cristal al que estaba pegado; y sus grandes ojos, enmarcado: como si fuera por anillos, le daban el aspecto de un enorme pez salido del profundo mar azul, mirando por una de las escotillas de un barco. Mas las agallas o branquias eran del color del cobre, y, en realidad, no eran otra cosa que unos bigotes y una barba de color de cobre. Esta visión soló duró unos segundos.

Devine sólo tuvo tiempo de dar un paso hacia la ventana, cuando un grito, resonando por toda la casa, dio la impresión de que le iba a echar a abajo. Pareció, incluso, demasiado ensordecedor para que se pudieran distinguir las sílabas, pero

tuvo la virtud de detener a Devine, que se imaginó lo ocurrido.

—¡El collar, desaparecido! —exclamó Juan Bankes, apareciendo en la puerta, corpulento y jadeante, para volver a desaparecer con la agilidad de un galgo perseguidor.

—¡El ladrón está ahora junto a la ventana! exclamó el detective, alcanzando la puerta tras del madrugador Juan que ya estaba en el jardín.

—Tened cuidado —sollozó la señora—; poseen armas y otras cosas.

—También las tengo yo —resonó la respuesta de Juan desde el oscuro jardín.

Devine había notado, en efecto, que éste llevaba un revólver en la mano y esperó que no tuviera necesidad de defenderse con él. Pero mientras su pensamiento llegaba a esta conclusión, llegó a sus oídos el ruido de dos pistoletazos juntos, como si el uno fuera respuesta del otro, despertando con ello un rebaño de ecos y desentonadas resonancias en aquel reposado jardín.

—¿Ha muerto Juan? —preguntó en voz baja Opal.

El Padre Brown se había adentrado en la oscuridad y quedó de espaldas a ellos mirando algo. Fue él quien contestó:

—No —dijo—, es el otro.

Carver se unió a él y las espaldas del hombre bajo y las del alto impidieron ver lo que iluminaba la luz tempestuosa de la luna. Luego se hicieron a un lado y pudieron ver su diminuto y nervudo cuerpo doblado ligeramente como muerto en lucha. La falsa barba miraba hacia el cielo como si lo desafiara y la luna brillaba sobre los falsos lentes de aquel que se había hecho llamar Claro de Luna.

—¡Qué final! —murmuró el detective Carver—. ¡Después de todas sus aventuras tener que sucumbir a un tiro medio casual disparado por un empleadillo en un jardín de suburbio!

El propio empleadillo consideraba su triunfo con mayor solemnidad, aunque no sin zozobra.

—Me vi obligado a ello —dijo jadeando—; lo siento. Me disparó él primero.

—Habrá que hacer una investigación, naturalmente —dijo Carver con gravedad —. Pero me parece que no le molestará para nada. Aquí hay un revólver con un solo tiro disparado y es evidente que no disparó después de que le alcanzara el de usted.

Hablando, habían llegado otra vez a la antedicha habitación y el detective se dispuso a recoger sus papeles para marchar. El Padre Brown se sentaba ante él cabizbajo y meditabundo. De pronto, levantó la cabeza y dijo:

—Señor Carver, ha desarrollado usted, en verdad, un caso muy completo y de una manera harto magistral. Algo en usted me hizo sospechar cuál era su profesión, pero no creí que llegara usted a establecer conclusiones tan rápidamente… las abejas, la barba, los lentes, el memorándum, el collar y todo lo demás.

—Siempre resulta satisfactorio dejar un caso bien redondeado —dijo Carver.

—Sí —insistió el Padre Brown sin dejar de mirar a la mesa—. Me admira mucho —y añadió con una modestia casi rayana en nerviosismo—: Pero debo decirle que no creo una palabra de todo eso. Devine se inclinó con súbito interés.

—¿Pretende usted decir que no era Claro de Luna el ladrón?

—Sé que es el ladrón, pero no el que cometió el robo —contestó el Padre Brown —. Yo sé que no vino aquí ni a la Casa Grande para robar joyas ni para que le matasen mientras lo hacía. ¿Dónde están las joyas?

—En el lugar acostumbrado en estos casos —dijo Carver—. Las ha escondido o bien confiado a un socio. Esto no ha sido obra de un solo hombre. Naturalmente, mi gente está registrando el jardín y previniendo al vecindario.

—Tal vez —sugirió la señora Bankes— el socio robaba el collar mientras Claro de Luna estaba mirando por la ventana.

—Pero ¿por qué miraría Claro de Luna por la ventana? —preguntó el Padre Brown—. ¿Qué necesidad tenía de ello?

—¿Y qué es lo que piensa usted? —preguntó el desenfadado Juan.

—Creo —dijo el Padre Brown— que no fue nunca su voluntad la de mirar por la ventana.

—Entonces, ¿por qué razón lo hizo? —inquirió Carver—. ¿De qué sirven todas esas palabras sin ton ni son? ¿No le hemos visto todos con nuestros propios ojos?

—He visto muchas cosas con mis propios ojos en las que no creeré nunca —repuso el sacerdote—. Igual les ha sucedido a ustedes, tanto en las tablas como fuera de ellas.

—Padre Brown —dijo Devine con cierto dejo respetuoso en la voz—. ¿Querrá usted decirme por qué no cree lo que sus ojos acaban de ver?

—Sí, se lo diré, lo intentaré —contestó el sacerdote—. Usted sabe lo que soy y lo que somos. No les molestamos mucho. Intentamos ser amigos de todo el vecindario, pero no deben suponer que no hacemos nada ni sabemos nada. Nos atenemos a nuestro negocio, sabemos cuál es y conocemos a nuestros vecinos. A este hombre muerto le conocía, realmente, muy bien: era su confesor y amigo. Yo sabía lo que ocupaba su mente hasta allí donde nos es dado conocer al hombre; y su pensamiento era como una colmena de cristal llena de doradas abejas. Es algo superfluo decir que su conversión fue sincera. Era uno de esos penitentes que se las componen para sacar mayor provecho de la penitencia que otros de la virtud. Dije que era su confesor; pero, en realidad, era yo quien iba a él en busca de consuelo. Me complacía estar junto a un hombre tan bueno. Y cuando le vi yaciendo muerto en el jardín, me pareció oír recitar en voz alta sobre mi cabeza unas extrañas palabras que se pronunciaron en el principio de nuestra era. Quizá fuera así, porque, si alguna vez ha ido un hombre directamente al cielo, tal vez haya sido él.

—Que se vaya todo a paseo —saltó diciendo el inquieto Juan—. A fin de cuentas

no era más que un ladrón converso.

—Sí —dijo el Padre Brown— y sólo un ladrón converso es el que ha oído, en este mundo, la palabra más segura: «Esta misma noche estarás en el Paraíso conmigo».

Nadie sabía qué hacer en el embarazoso silencio que siguió a estas palabras, hasta que Devine preguntó:

—¿Cómo se lo explicaría usted entonces? El sacerdote meneó la cabeza y añadió con naturalidad:

—No sabría decírselo ahora mismo. Veo dos o tres cosas aisladas con claridad, pero no llego a explicármelas. De momento no poseo ningún dato para explicar la inocencia del hombre, sino la del hombre en sí. Y, sin embargo, tengo la seguridad de estar en lo cierto.

Suspiró y alargó la mano para coger su gran sombrero negro. Al recogerlo se quedó mirando a la mesa con una expresión totalmente distinta y su cabeza redonda e hirsuta se dobló en un ángulo opuesto, como si acabara de salir un animal raro de su cabeza de la misma manera que sale del sombrero de un prestidigitador. Los demás bajaron los ojos hacia la mesa, pero no alcanzaron a descubrir otra cosa que los documentos del detective, la raída barba y los lentes.

—¡Dios tenga misericordia de nosotros! —murmuró el Padre Brown—. Y él yace allí muerto, con barba y lentes —se volvió hacia Devine diciéndole—: Aquí hay materia para cavilar, si quiere. ¿Por qué había de tener dos barbas?

Con estas palabras salió de la habitación, y Devine, a quien devoraba la curiosidad, se fue tras él, alcanzándole en la puerta de entrada.

—No se lo puedo decir ahora —dijo el Padre Brown—, y estoy preocupado, pues ignoro lo que debo hacer. Venga a verme mañana y quizá pueda explicárselo todo. Quizá tenga las ideas bien ordenadas. ¿Ha oído eso?

—Un coche que arranca —explicó Devine.

—El coche de Juan Bankes —añadió el sacerdote—. Me parece que va muy aprisa.

—Ésa es realmente mi opinión —terció el otro con una sonrisa.

—Irá lejos, muy lejos esta noche y además muy de prisa —dijo el Padre Brown.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que no regresará. Juan Bankes sospechó que yo sabía algo por las palabras que dije. Juan Bankes ha huido con las esmeraldas y las otras joyas.

Devine halló al Padre Brown, al día siguiente, yendo de acá para allá, delante de la hilera de colmenas; estaba triste, pero sereno.

—Se lo he estado explicando a las abejitas —dijo—. ¿Sabía usted que había que explicárselo? «Esos albañiles cantadores que levantan techos de oro.» ¡Qué renglón! —Luego añadió con mayor brusquedad—: Espero que no será de su gusto despreciar

la curiosidad humana aun cuando rebosara de ella todo el colmenar —observó el joven—. Estaba en lo cierto cuando dijo que Bankes se había marchado con las joyas, pero no sé cómo lo supo ni lo que supo.

—Uno tropieza con cosas, y desde un principio hallé un gran estorbo. Me sorprendió, primero, ver que habían matado al pobre Barnard en el *Beechwood*. Si bien Miguel fue un criminal de los mayores, aun entonces convirtió en punto de honor o de vanidad el llevar a cabo una empresa sin matar a nadie. Me pareció extraño que cuando se había convertido en una especie de santo se saliera de su norma de vida para perpetrar aquel crimen que ya menospreciaba siendo pecador. Lo que vino después me confundió aún más: no podía opinar otra cosa de todo ello sino que había alguna equivocación. Me entró una oleada de buen sentido cuando vi la barba y los lentes y recordé que el ladrón llevaba otra barba y otros lentes. Claro, también cabía el que tuviera duplicados; pero también era una coincidencia el que no usara ni los cristales antiguos ni la barba antigua, en buen estado aún. También era posible que hubiese marchado sin ellos y que tuviera que agenciarse otros nuevos; pero esto se me figuraba improbable. No había nada que le obligara a marcharse en coche con Bankes, si intentaba salir a robar, y podía haber llevado el disfraz en el bolsillo. Además, las barbas no crecen en los matorrales[7]. También hubiera sido difícil hallar esas cosas a aquella hora.

—No, no, cuantas más vueltas daba al asunto tanto más me afianzaba en la absurdidad de que poseyera otro juego de disfraz. Y entonces comencé a razonar lo que ya conocía por instinto. No salió con Bankes con la menor intención de ponerse ese disfraz. No se lo puso jamás. Fue el otro el que se lo agenció y se lo puso.

—¡Ponérselo! —repitió Devine—. ¿Cómo diablos pudieron?

—Volvamos atrás —dijo el Padre Brown— y miremos las cosas desde otra ventana… por ejemplo, desde la que aquella joven vio el espectro.

—¡Espectro! —repitió Devine, sobresaltado.

—Ella lo nombró así —dijo el hombrecito sin inmutarse— y tal vez no estuviera muy lejos de equivocarse. Es cierto que está un poco histérica. Su única falta es la de creer que esto significa ser espiritual. Hay animales histéricos. Ella, de todas maneras, es muy sensible y acertaba cuando observó que aquel rostro pegado a la ventana estaba envuelto por el halo horrible que rodea a las cosas muertas.

—¿Quiere usted decir que…? —comenzó Devine.

—Quiero decir que fue un hombre muerto el que miró por la ventana, y que fue un hombre muerto el que se deslizó por más de una casa, asomándose por más de una ventana. Espeluznante, ¿verdad? En cierta manera era lo inverso de un fantasma; pues no era la semblanza del alma libre del cuerpo, sino la del cuerpo libre del alma.

Miró hacia las colmenas y continuó:

—Pero me parece que el punto de vista más objetivo para mirarlo es desde el del

hombre que lo hizo. Usted conoce al hombre que lo hizo: Juan Bankes.

—El último de quien habría sospechado —dijo Devine.

—El primero en quien pensé —replicó el Padre Brown— desde que pude pensar en alguien. Amigo mío, en principio no existen profesiones y tipos buenos o malos. Cualquier hombre puede llegar a ser un asesino como el pobre Juan; cualquier hombre, incluso él mismo, puede llegar a ser un santo como el pobre Miguel. Pero si es verdad que hay un cierto tipo de hombres que se inclina a desoír a Dios, es éste el tipo del hombre de negocios. No posee ningún ideal social ni, mucho menos aún, religioso; no posee ni las tradiciones del caballero ni la lealtad que hermana a los de una profesión. Todos aquellos alardes de haber hecho un buen negocio no eran más que alardes de haber engañado a una persona. La manera de atacar los intentos místicos de su pobre hermana, aborrecible. Su misticismo era absurdo, pero él detestaba esa clase de manifestaciones por lo espiritual que en ellas había. No hay duda de que fue el ángel malo en este caso, y el único interés de ello estriba en meditar esa clase de maldad.

»En realidad, el motivo del asesinato fue uno y nuevo. El móvil de usar el cuerpo como un monigote en las tablas… una especie de muñeco nefasto. Al principio, planeó matar a Miguel en el coche, únicamente para pretender que le había matado en el jardín. Pero de ello se siguieron, naturalmente, una serie de sugerencias fantásticas; se encontró que tenía a disposición suya, en un coche cerrado y en medio de la noche, el cuerpo de un criminal reconocido y reconocible. Podía dejar las huellas digitales y de los pies; podía mostrar su cuerpo reconocible en las ventanas y volverle a retirar. Usted recordará que Claro de Luna apareció mientras Bankes estaba fuera de la habitación buscando el collar de esmeraldas.

»Por último no le quedó otra cosa que hacer que disparar dos tiros, uno de cada pistola, y dejarlo tumbado en la hierba. Tal vez no se hubiera descubierto nunca si no hubiera sido por el enigma de las dos barbas.

—¿Por qué guardaba su amigo Miguel la barba vieja? —preguntó Devine pensativo—. Eso me parece un poco raro.

—Para mí, que le conocía, no lo resulta —repuso el Padre Brown—. Todo su comportamiento era como el de la peluca que usaba. Sus disfraces no eran para disfrazar. El viejo disfraz ya no le servía de nada, y tampoco le asustaba; la habría parecido obrar si destruía la barba. Le hubiera hecho el efecto de que se escondía y él no se escondía. No se escondía a los ojos de Dios ni a los suyos propios. De haberle vuelto a la prisión habría sido igualmente feliz. No estaba emblanquecido, sino blanqueado. Había en él algo muy peculiar, casi tanto como la danza grotesca a que fue arrastrado después de muerto. Cuando iba de acá para allá, por delante de estas colmenas, incluso entonces aparecía en una actitud radiante y luminosa, como muerto; sentía que el juicio de los vivos no le alcanzaba.

Se hizo una pausa, tras de la cual dijo Devine moviendo los hombros:

—En resumen, que todo parece indicar que las abejas y las avispas se parecen mucho en este mundo, ¿no es cierto?

La actriz y su doble

El señor Mundon Mandeville, el empresario de teatro, andaba de prisa por entre los corredores traseros del escenario, mejor dicho, de debajo del mismo. Su traje era elegante y festivo, quizá un poco demasiado festivo; la flor de su ojal era festiva, el mismo brillo de sus zapatos era festivo; pero su rostro no lo era en absoluto. Era un hombre grueso, de firme cuello y cejas negras, y en estos momentos, su ceño era más oscuro que de costumbre. Tenía, naturalmente la gran cantidad de asuntos que agobian al hombre que se halla en su posición; y se escalonaban de mayor a menos y de más recientes a más antiguos. Le molestaba pasar por aquellos pasillos en los que se hallaban amontonados o apilados en un rincón los antiguos cartones de las pantomimas, pues él había comenzado con éxito su carrera en aquel teatro, poniendo en escena las pantomimas más conocidas; pero, desde entonces, trataba con cosas más serias: drama clásico, con lo cual había perdido bastante dinero. De ahí que al ver las azules puertas del «Palacio Azul de Barba Azul», o trozos de «La Cueva Encantada de los naranjos de Oro», abandonados junto a la pared, donde las arañas las adornaban con festones o servían de pasto a las ratas, no le producía esa sensación calmante que producen, en general, los recuerdos de aquel país maravilloso de nuestra juventud. No tenía el tiempo necesario para derramar una sola lágrima donde había derramado el dinero, ni de soñar en el país de Peter Pan, ya que le habían mandado a buscar a toda prisa para solucionar un problema práctico, no del pasado, precisamente, sino del momento. Era una de esas cosas raras que suceden a veces en el mundo que habita detrás de los escenarios: éste, sin embargo, era suficientemente importante para que fuera serio. La señorita Maroni, la inteligente joven actriz, de padres italianos, que tenía un papel importante en la obra que debía ensayarse aquella tarde y representarse por la noche, se había negado a última hora, rotunda y bruscamente, a hacer nada de eso. Él no la había visto aún, y no parecía probable que, de momento, la viese, pues ella, por su parte, se había encerrado en su camarín y desafiaba al mundo del otro lado de su puerta.

El señor Mundon Mandeville era lo suficientemente británico para murmurar que todos los extranjeros estaban locos; pero el pensamiento de lo afortunado que era al habitar en la única isla sana del planeta no bastaba tampoco para calmarle, de la misma manera que no había bastado «La Cueva Encantada». Todas estas cosas, y muchas más, eran aprobadoras, pero a pesar de eso, un observador agudo podía haber sospechado que algo preocupaba al señor Mandeville, con mayor seriedad que un mero contratiempo.

Si es posible que un hombre grueso y saludable parezca melancólico, lo parecía él. Su rostro era lleno, pero tenía grandes ojeras; torcía la boca hacia un lado y hacía siempre un movimiento como si quisiera morderse el negro bigote, que era un

poquito demasiado corto para que pudiera lograrlo. Podía haber sido un hombre que comenzara a tomar drogas; pero, aun así, había algo en él que hacía pensar en que tenía alguna razón para ello, y que no era la droga la causa de la tragedia, sino la tragedia la causa de la droga.

Fuere cual fuere su recóndito problema, parecía residir al extremo del pasillo, allí donde tenía el despacho, pues mientras iba andando por el corredor vacío se volvía para echar una mirada nerviosa hacia aquel lado.

Por encima de todo, el negocio es el negocio; y se apresuró a llegar al otro lado del pasillo donde estaba la puerta verde, con la llave echada, de la señorita Maroni, quien desafiaba el mundo tras la misma. Un grupo de actores y otras personas de la compañía se hallaban allí reunidos, cuchicheando y opinando de tal manera que uno podía llegar a imaginarse que trataban de la oportunidad de una algarada. En el grupo había por lo menos una persona que empezaba a ser conocida y cuyo retrato estaba encima de muchas chimeneas y cuya firma se hallaba en muchos álbumes. Pues a pesar de que Norman Knigth desempeñaba el papel de héroe o galán en un teatro de provincia un poco anticuado y con el nombre de *walking gentlemen*[8], era por lo menos casi seguro que proseguiría su carrera hacia horizontes más amplios. Era un hombre de aspecto agradable, con un mentón largo y partido. El cabello le empezaba bastante adelante, lo que le daba un cierto parecido con Nerón, que no acababa de concordar con sus maneras impulsivas y bruscas. También estaba en el grupo Ralph Randall, quien desempeñaba con frecuencia papeles de barba y cuyo rostro era vivaz y burlón; un poco azulado a causa del afeitado y un poco descolorido a causa de las pinturas oleaginosas. También estaba presente el segundo galán de la compañía Mandeville, que continuaba la tradición aún no desaparecida del Amigo de Carlos; era moreno, joven, de cabello rizado y con un perfil algo semítico. Ostentaba el nombre de Aubrey Vernon.

El grupo contaba también con la doncella de la esposa de Mundon Mandeville, una persona de aspecto imponente, de cabello rojizo muy apretado alrededor de su rostro leñoso. También se agregó a él la esposa de Mandeville, una mujer quieta que permanecía en segundo término. Tenía el rostro pálido y paciente, que no había perdido la regularidad a causa de la palidez del color de sus ojos y del color claro de su cabello rubio que llevaba peinado en dos sencillas crenchas como los de una virgen muy arcaica. No era cosa conocida por todos el que ella había sido, en tiempos, una actriz bastante famosa del teatro ibseniano y del drama intelectual. Mas su esposo no concedía mucha importancia al teatro psicológico; y, desde luego se hallaba en estos momentos más interesado en el problema de hacer salir a una actriz extranjera de su habitación: nueva versión del truco de *La dama desaparecida*.

—¿No ha salido aún? —preguntó a la doncella de su mujer más que a ésta misma.

—No, señor —contestó, la mujer (a quien se conocía por el nombre de señora

Sands) de una manera huraña.

—Empezamos a estar un poco escamados —dijo el viejo Randall—. Parecía estar un poco desequilibrada y tenemos miedo que haga algo.

—¡Diablo! —exclamó Mandeville con su manera poco graciosa—. La propaganda está muy bien, pero no nos interesa esta clase de propaganda. ¿No tiene algún amigo por aquí? ¿No hay nadie que tenga cierto poder sobre ella?

—Jarvis opina que la única persona que la podría hacer entrar en razón es su confesor —dijo Randall—. Pero el caso de que se esté efectivamente colgando de una percha, quizá valiera la pena de que estuviera aquí. Jarvis ha ido a buscarle… y, por cierto, que ahí llega.

Dos personas más aparecieron en el pasillo subterráneo de debajo del escenario; el primero era Ashton Jarvis, un muchacho jovial que, generalmente, hacía el papel de mala persona, pero que esta vez había cedido su elevada vocación al joven de la nariz y cabello rizado. La otra figura era bajita y cuadrada, vestida toda ella de negro. Era el Padre Brown, de la iglesia de la esquina.

El Padre Brown pareció no afectarse mucho porque se le llamara así, sin más ni más, para que observara la conducta de algún componente de su rebaño, tenido por oveja negra, o bien solamente perdida. No pareció conceder mucha importancia a la idea que se proponía de un posible suicidio.

—Supongo que debe existir alguna razón para que se desanimara así —dijo—. ¿Sabe alguien cuál es?

—Estaba descontenta con su papel, me parece —dijo el actor de mayor edad.

—Siempre lo están —dijo el señor Mundon Mandeville—. Y yo creía que mi esposa lo había dispuesto todo bien.

—No puedo decir más que le di el papel considerado como el mejor —dijo la señora Mandeville, un poco apesadumbrada—. Yo supongo, por lo menos, que lo que buscan estas damas con aficiones teatrales, es eso: el papel de la heroína, joven y bella, que se casa con el protagonista en medio de los aplausos, vítores y ramilletes de flores de la galería. Las mujeres de mi edad tienen que reservarse, como es natural, unos papeles más serios, y tener cuidado en que así sea.

—Sería realmente impropio que alterasen los papeles ahora, de todas maneras —dijo Randall.

—No se debe pensar en ello —dijo Norman Knigth con decisión—. Pero, si yo no sabría cómo actuar… Además, es demasiado tarde para hacer cambios.

El Padre Brown se había acercado a la puerta cerrada y escuchaba.

—¿No oye usted nada? —preguntó el empresario con ansiedad, y añadió en voz baja—: ¿Cree usted que se habrá hecho algo?

—Sí, se oye cierto ruido —contestó el Padre Brown con calma—. Yo diría que se está dedicando a romper cristales o espejos, probablemente con los pies. No, me

parece que no hay peligro de que acabe con ella misma. El romper espejos con los pies es un preludio muy poco frecuente para suicidarse. Si se hubiese tratado de una alemana que se hubiese encerrado para pensar reposadamente sobre un problema metafísico o la *weltschmerz,* me inclinaría por derribar la puerta inmediatamente. Estos italianos no mueren con tanta facilidad y no es probable que se maten, presos de la ira. Mas, quizá…, sí, quizá no estaría de más tomar alguna precaución por si sale de repente.

—¿Así, usted no es de la opinión de forzar la puerta? —preguntó Mandeville.

—No, si es que quiere que actúe esta noche —contestó el Padre Brown—. Si lo hace usted, es capaz de salir y no querer quedarse; seguramente, si la dejan sola, saldrá por mera curiosidad. Yo, de ustedes, dejaría alguien aquí, más o menos de guardia, y daría tiempo al tiempo. Pongamos más de dos horas.

—En este caso sólo podremos ensayar ciertas escenas en que ella no entra. Mi esposa se encargará de todo lo necesario para las escenas. Al fin y al cabo, el cuarto acto es el más importante. Más valdrá ensayar el cuarto acto.

—Nada de vestidos —dijo la esposa de Mandeville a los demás.

—Muy bien —replicó Knigth—, nada de vestidos, naturalmente. Desearía que los vestidos de ese maldito período no fuesen tan exagerados.

—¿Qué comedia es? —preguntó el sacerdote, impulsado por la curiosidad.

—*The school for Scandal* —dijo Mandeville—. Quizá sea literatura, mas yo prefiero comicidad. Bastante más clásicas que cómicas.

En este momento, el viejo portero, conocido por Sam, el único habitante del edificio durante las horas libres, llegó renqueando por el pasillo en dirección al empresario con una tarjeta, diciéndole que lady Miriam Marden deseaba hablar con él. Éste fue hacia la entrada y el Padre Brown se quedó mirando con fijeza por el lado que había desaparecido la esposa del empresario y vio que ésta sonreía vagamente y su sonrisa no era precisamente alegre.

El sacerdote se dispuso a marchar en compañía del que le había ido a buscar y que dio la casualidad, bastante frecuente entre actores, de que participara de su mismo credo. Al alejarse oyó cómo la señora Mandeville daba instrucciones en voz baja a la señora Sands para que se quedara de guardiana ante la puerta cerrada.

—La señora Mandeville parece una mujer inteligente —dijo el sacerdote a su compañero—, aunque se queda siempre en segundo término.

—Fue una mujer de pretensiones intelectuales en su tiempo —dijo Jarvis con tristeza—. Algunos dirían que estaba mal empleada casándose con un hombre como Mandeville. Posee los buenos ideales del drama, pero, naturalmente, no es con mucha frecuencia que puede lograr que su dueño y señor mire las cosas desde su punto de vista. Piense que un día su esposo quiso que hiciera el papel de muchacho en una pantomima. Aunque reconozca su talento, dice que las pantomimas producen más

ingresos. Esto le dará una idea de su intuición psicológica y de su sensibilidad. Sin embargo, ella no se queja nunca. Ella misma me dijo un día: «Los lamentos vuelven como ecos del otro lado del mundo y el silencio, en cambio, nos fortalece». Si hubiese estado casada con alguien que la comprendiera quizá hubiera sido una de las artistas famosas de esta época; por cierto que los críticos intelectuales la aprecian mucho aún. Pero la verdad es que está casada con ese hombre.

Y señaló hacia donde se veía la sesuda silueta negra de Mandeville, en conversación con las dos damas que le habían requerido. Lady Miriam era una dama muy alta, lánguida y elegante, según los nuevos cánones, que se inspiran bastante en las momias egipcias; llevaba el cabello cortado a la romana, lo que le daba el aspecto de un casco o yelmo. Los labios pintados y algo salientes contribuían a su expresión desdeñosa. Su compañera era una señora muy movediza, de rostro atractivo, pero feo, y se empolvaba el cabello de gris. Era una tal miss Theresa Talbot, y hablaba mucho, al tiempo que su compañera parecía demasiado fatigada para proferir palabra alguna. Cuando los dos hombres salían, lady Miriam reunió las fuerzas necesarias para decir:

—Las comedias son una lata, pero como no he visto nunca un ensayo, quizá sea divertido. Es tan difícil hallar, hoy día, una cosa que no se conozca ya.

—Vaya, señor Mandeville —dijo la señorita Talbot, dándole unos golpecitos animadores en el brazo—, nos tiene que permitir que veamos este ensayo. No podemos venir esta noche y, además, no queremos. Nos gustaría ver a esta gente extraña sin sus vestidos apropiados.

—Naturalmente, puedo darle un palco si lo desean —dijo Mandeville apresuradamente—. ¿Quieren hacer el favor? Por aquí y las condujo hacia otro pasillo.

—Estoy pensando —dijo Jarvis— si a Mandeville no le gustaría más una mujer así.

—Bien —dijo su compañero—. ¿Tiene usted alguna razón para suponer que Mandeville la prefiera?

Jarvis le miró fijamente unos instantes antes de contestar.

—Mandeville es un misterio —dijo con gravedad—. ¡Oh, sí! Ya sé que parece tan vulgar como cualquier conquistador de Piccadilly. A pesar de eso es un misterio. Algo pesa sobre su conciencia. Hay algo que ensombrece su vida. Y dudo, sí, que se base en algún «flirteo» de moda tanto como en su propia mujer. Si es así, hay algo entre ellos más profundo de lo que a primera vista se supone. Por una verdadera casualidad yo estoy un poco mejor informado que los demás, pero aun así, no sé qué pensar si no es que es un misterio.

Tendió la mirada alrededor suyo para cerciorarse de que estaban solos en el vestíbulo, y añadió bajando la voz:

—No tengo inconveniente en decírselo, pues es usted una torre de silencio, por lo

que a los secretos se refiere. El otro día tuve una sorpresa curiosa; y desde aquel día se ha repetido varias veces. Ya sabe usted que Mandeville trabaja en aquel cuartito de debajo del escenario, al final del pasillo. Bueno, pues por dos veces, pasando por allí, cuando todo el mundo creía que estaba solo, noté que no lo estaba. Todas las mujeres de la compañía y todas las otras que pudieran tener alguna relación con él estaban fuera o en sus puestos.

—¿Todas las mujeres? —preguntó el Padre Brown recalcando las palabras.

—Había una mujer con él —dijo Jarvis con un siseo—. Hay una mujer que le visita con frecuencia, alguna que ninguno de nosotros conoce. Yo mismo no sé cómo entra, ya que no lo hace por el pasillo; pero me parece que, una vez, vi a una persona con un velo o capa paseando por detrás del teatro: como un fantasma. Pero no lo era. Y tampoco creo que sea un asunto vulgar. No me parece cuestión de amoríos; antes bien pensaría en un chantaje.

—¿Qué se lo hace pensar? —preguntó el otro.

—El que yo —dijo Jarvis con una mueca de circunstancias en el rostro— oí ruido como de pelea; y luego la voz de una mujer, amenazadora y de timbre metálico, que dijo estas palabras: «Yo soy tu mujer».

—¿Así, cree usted que es bígamo? —dijo el Padre Brown pensativo—. Sí, es verdad; la bigamia y el chantaje suelen ir juntos, naturalmente. Pero, tal vez esté mintiendo al mismo tiempo que sacándole el dinero. Esta gente de teatro se ve con frecuencia seguida de monomaniacos. Tal vez esté loca. Quizá tenga usted razón, pero no me precipitaría a sacar conclusiones prematuras. Y hablando de gente de teatro, ¿no empieza el ensayo? ¿No es usted actor?

—No salgo en esta escena —dijo Jarvis con una sonrisa—. Sólo van a hacer un acto mientras su amiga italiana no se reponga.

—Hablando de mi amiga italiana —dijo el sacerdote—; me gustaría saber si ha recobrado el juicio.

—Podemos ir a comprobarlo —dijo Jarvis.

Y descendieron a los sótanos y hacia el largo pasillo, a un extremo del cual estaba el despacho de Mandeville y, al otro, la puerta cerrada de la señora Maroni. La puerta estaba aún cerrada y la señora Sands permanecía frente a ella, más seria e inmóvil que un ídolo de madera.

Cuando se acercaban al otro extremo del pasillo se encontraron con varios de los artistas que subían las escaleras hacia el escenario. Vernon y Randall iban primero y subían aprisa; pero la señora Mandeville iba más despacio, según su manera digna, y Norman Knigth se quedó rezagado para decirle algunas palabras. Algunas de ellas resbalaron por los peldaños sin intención alguna.

—Yo le aseguro que hay una mujer que le visita —decía Knigth con violencia.

—¡No! —dijo la dama con su voz argentina, que tenía algo de metálica—. No

debe usted hablar así. Recuerde que es mi marido.

—Por todos los santos desearía olvidarlo —dijo Knigth, subiendo los escalones que faltaban, a toda prisa; la dama le siguió plácida, sin inmutarse.

—Hay alguien más que lo sabe —dijo el sacerdote en voz baja—. Pero me parece que esto no es asunto nuestro.

—Sí —murmuró Jarvis—, parece que todo el mundo lo sepa y que nadie sepa nada.

Continuaron por el pasillo hacia el otro lado donde la rígida doncella se sentaba frente a la puerta de la italiana.

—No, no ha vuelto en sí aún —dijo la mujer con acento de pocos amigos— y no está muerta porque he percibido ruido de vez en cuando. No sé qué debe de estar haciendo.

—Por casualidad, señora, ¿sabría usted dónde está el señor Mandeville? —preguntó el Padre Brown con excesiva picardía.

—Sí —contestó ella servicial—, no hará ni dos minutos que le he visto entrar en su pequeño despacho; un minuto antes que sonara el timbre y se levantara la cortina. Debe de estar ahí aún, porque no le he visto salir.

—Esto quiere decir que no hay otra puerta para entrar en él —dijo el Padre Brown casualmente—. Supongo que el ensayo debe de ir viento en popa a pesar de las niñadas de la señora.

—Sí —dijo Jarvis tras de un silencio—. Oigo las voces en el escenario desde aquí. El viejo Randall tiene una voz magnífica.

Todos permanecieron silenciosos en actitud de escuchar, y la voz potente del actor se apercibió bajando por las escaleras y resonando por todo el pasillo. Antes que volvieran a hablar o hubiesen vuelto a adoptar su actitud normal, otro ruido llenó el ambiente. Fue un ruido pesado que procedía del despacho de Mundon Mandeville.

El Padre Brown corrió por el pasillo con la velocidad de una saeta desprendida y estaba forcejeando por abrir la puerta del despacho de Mandeville antes que Jarvis se hubiese dado cuenta de lo que pasaba, siguiéndole presuroso.

—La puerta está cerrada con llave —dijo volviéndose hacia el otro con el rostro empalidecido— y yo soy de la opinión de echar abajo esta puerta.

—¿Quiere usted decir —dijo Jarvis con una expresión fantasmal— que el visitante desconocido ha vuelto a entrar? ¿Cree que es… algo serio? —Después de unos segundos añadió—: Quizá pueda forzar el cerrojo, sé cómo se abren estas puertas.

Se arrodilló y sacó un cortaplumas de larga hoja; manipuló un poco y la puerta se abrió de par en par. Lo primero que notaron en el momento de abrir la puerta fue que la habitación carecía de ventana. Tampoco había ninguna otra puerta. Una lámpara estaba encendida sobre la mesa. De pronto vieron a Mandeville caído de bruces en

medio de la habitación. La sangre brotaba de su cabeza, formando una serie de regueros cual diabólicas serpientes rojas brillando de una manera nefasta a la luz artificial de aquel subterráneo.

No supieron cuánto tiempo permanecieron mirándose el uno al otro llenos de asombro, hasta que Jarvis lanzó un suspiro y con él algo que parecía retener.

—Si la extranjera ha entrado ha salido de alguna manera.

—Quizá pensamos demasiado en la extranjera. Hay tantas cosas raras en este extraño teatro, que usted parece olvidar alguna de ellas.

—¿Cómo, qué cosas? —preguntó el otro con interés.

—Hay muchas —dijo el sacerdote—, por ejemplo, la otra puerta cerrada.

—Pero está verdaderamente cerrada —dijo Jarvis perplejo.

—Sin embargo, se ha olvidado de ella —dijo el Padre Brown.

Unos segundos después añadió pensativo:

—Esa señora Sands tiene un aspecto siniestro y tenebroso.

—¿Por qué? —preguntó el otro en voz baja—. ¿Cree que está mintiendo y que si salió la italiana?

—No —dijo el sacerdote con calma—, sólo lo decía comentando su carácter.

—¿No puede insinuar que fue ella quien lo hizo?

—No, quise decir un estudio de su carácter, «pose» o papel.

Mientras intercambiaban estas palabras, fruto de precipitadas conversaciones, el Padre Brown se arrodilló junto al cuerpo y se cercioró de que estaba sin la menor señal de vida. Al lado del cuerpo, aunque no visible desde la puerta, había un puñal de los usados en el teatro. Yacía como si se hubiese desprendido de la mano del asesino y de la herida abierta. Ashton Jarvis, que reconoció el puñal como perteneciente al teatro, o sea sin dueño, dijo que poca cosa se podía deducir de él a no ser que tuviera huellas digitales. Había estado mucho tiempo en el teatro, tirado por los suelos y cualquier persona podía haberlo cogido. Entonces el sacerdote se levantó y paseó la mirada detenidamente por la habitación.

—Debemos mandar a buscar la policía —dijo— y por un médico, aunque el médico llega demasiado tarde… Mirando esta habitación no sé cómo nuestra amiga italiana pudo componérselas.

—¡La italiana! —exclamó su amigo—. Me parece imposible; hubiera debido de ser su doble, si es que alguien lo tiene. Dos habitaciones separadas, cerradas las dos y en los extremos opuestos de un largo pasillo en el que se ha montado guardia constante…

—No —dijo el Padre Brown—. No es eso exactamente. La dificultad estriba en cómo pudo llegar aquí. Me parece que le hubiera sido fácil salir de allí.

—¿Por qué?

—Ya le dije que parecía que estuviera rompiendo cristales, espejos o ventanas.

Olvidé tontamente algo que sabía muy bien: que es más que regularmente supersticiosa. No sería fácil que rompiera un espejo; así es que me inclino a creer que rompió el cristal de la ventana. Verdad es que todo esto se halla debajo de tierra, pero podría existir una ventana que diese a un tragaluz o patio. Sin embargo, por lo que a esta habitación se refiere, no parece existir, ni lo uno ni lo otro. —Diciendo esto levantó la vista hacia el techo, examinándolo con todo detalle.

De pronto hizo un gesto como de susto o sorpresa y dijo:

—Debemos ir arriba y telefonear y comunicárselo a todo el mundo. Es muy doloroso… Dios mío, ¿no oye usted a esos actores gritando y pataleando ahí arriba? El ensayo continúa. Supongo que es a esto a lo que llaman ironía trágica.

Cuando se tomó la determinación de que en el teatro debía de guardarse un día de luto, se dio una oportunidad a los actores para que lucieran sus cualidades personales y las propias de su profesión. Se comportaron como vulgarmente se dice, como unos caballeros, y no sólo como primeros caballeros representativos. No todos simpatizaban o tenían confianza en Mandeville, pero todos supieron decir de él las cosas apropiadas; no sólo manifestaron simpatía sino que atendieron cariñosamente a su esposa. Se había convertido en una nueva diva trágica con un sentido muy distinto; su menor palabra resultaba una ley, y mientras iba moviéndose lenta y tristemente, los demás llevaban a cabo sus múltiples recados.

—Siempre ha tenido un carácter muy entero —dijo el viejo Randall un poco sombrío—. Y tenía más talento que todos nosotros. Naturalmente, el pobre Mandeville no estaba al nivel suyo, ni en educación ni todo lo demás; pero ella cumplió maravillosamente con su deber. Resultaba muy patética su manera de decir que deseaba tener un poco más de vida intelectual; pero Mandeville, bueno, *nil nisi bonum*, como dicen —y el viejo se marchó meneando la cabeza tristemente.

—*Nil nisi bonum*, realmente —dijo Jarvis con una sonrisa—. Me parece que por lo menos Randall no conoce la historia de la visitante extranjera. Además, quería decirle una cosa. ¿No cree usted que fue la dama extranjera?

—Depende de la persona a que se refiera usted al decir la dama extranjera —dijo el sacerdote.

—¡Oh, no quiero decir la italiana! —dijo Jarvis con prisa—. Pero en verdad no se equivoca respecto a ella. Cuando entraron, el cristal del tragaluz estaba hecho añicos y la habitación estaba vacía; pero por lo que la policía ha deducido hasta ahora, se fue a su casa de la manera más inofensiva. No, yo me refería a la extranjera que le increpó en esa reunión secreta que le había contado; la mujer que dijo ser su esposa. ¿Cree usted que realmente fue su esposa?

—Es posible —dijo el Padre Brown mirando inexpresivo, hasta el vacío—, es posible que fuera su esposa.

—Eso nos proporcionaría como móvil los celos a causa de su segundo

matrimonio —reflexionó Jarvis—; por otra parte, al cadáver no se le robó nada, y es vano hablar de criados, ladrones o actores indigentes. Pero, de pasada, ¿ha notado usted una cosa particular en este caso?

—He notado varias. ¿A cuál se refiere usted?

—Quiero decir el doble corpóreo —dijo Jarvis con seriedad—. No es una cosa muy frecuente el que una compañía tenga un doble público así; un doble en un escenario completamente iluminado y cada uno testimonio del otro. Por lo que ahora se ve, resulta muy ventajoso para todos el que el pobre Mandeville pusiera a esas dos maniáticas en el palco. Ellas pueden testificar que el acto se hizo sin una sola interrupción y con todos los personajes allí presentes. Empezaron bastante antes de que Mandeville entrara en su habitación y continuaron aún como diez minutos después que usted y yo halláramos el cuerpo muerto. Y por otra coincidencia afortunada, en el preciso instante que le oímos caer, precisaba la presencia de todos los artistas en el escenario.

—Sí, todo esto es realmente importante y lo simplifica mucho —asintió el Padre Brown—. Contemos a las personas a quienes el doble encubría. Estaba Randall: por mi parte me parece que Randall aborrecía al empresario, aunque ahora encubra muy bien aquel sentimiento, de todas maneras queda descartado. Su voz era la que oímos retumbar en el piso superior desde el escenario. No hay que olvidar a nuestro galán joven, el señor Knigth; tengo buenas razones para suponer que estaba enamorado de la esposa de Mandeville y que no reprimía este sentimiento absolutamente nada. Sin embargo, queda fuera de toda sospecha, ya que estaba en el escenario sufriendo la diatriba del otro. También estaba allí el simpático judío que se hace llamar Aubrey Vernon; le descartamos; queda ahora la señora Mandeville; tampoco cargaré la sospecha sobre ella. Su doble corpóreo, como dice usted, se basa, naturalmente, en las dos señoras del palco. Lady Miriam y su amiga. Aunque exista la aseveración de carácter general y de buen sentido que supone que el acto se desarrolló siguiendo la rutina teatral, sin interrupción alguna, los testigos legales, sea como sea, son esta vez lady Miriam y su amiga la señorita Talbot: ¿Supongo que usted está bien convencido de que están completamente bien?

—¿Lady Miriam? —dijo Jarvis sorprendido—. ¡Oh, sí! Supongo que quiere decir que es un tipo muy curioso de vampiresa. Pero no tiene la menor noción de lo que parecen las señoras de las mejores familias de hoy día. Además, ¿tiene usted alguna razón especial para dudar de su evidencia?

—No, sólo que esto nos pone delante de una pared —dijo el Padre Brown—. ¿No ve usted que este doble colectivo encubre prácticamente a todo el mundo? Esos cuatro eran los únicos actores en el teatro aquel día: y no había ningún criado, ninguno, a excepción del viejo Sam, que vigiló la única entrada reconocida como tal y la mujer que guardaba la puerta de la señorita Maroni. Nos podrían acusar del

crimen ya que fuimos los que hallamos el cuerpo. Me parece que no hay nadie más a quien se pueda acusar. ¿Supongo que no le mató usted mientras estaba vuelto hacia el otro lado?

Jarvis levantó los ojos con un pequeño susto y su rostro volvió a tener luego una expresión de humor. Meneó la cabeza.

—Usted no lo hizo —dijo el Padre Brown— y de momento admitiremos, para bien del argumento, que no lo hice yo. Como hemos descartado a los del escenario, sólo quedan en pie la señora Maroni detrás de su puerta cerrada, la centinela delante de la misma y el viejo Sam. ¿Piensa usted en las dos señoras del palco? Naturalmente, podían haber salido de allí.

—No —dijo Jarvis—, estoy pensando en la desconocida que dijo a Mandeville que era su esposa.

—Quizá lo fuese —dijo el sacerdote; y esta vez su voz tenía un tono que obligó a su compañero a que se pusiera en pie y se apoyara encima de la mesa.

—Nosotros dijimos que, tal vez su primera esposa tenía celos de la segunda.

—No —dijo el Padre Brown—, quizá tuviera celos de la italiana, o tal vez de lady Miriam Marden, pero no estaba celosa de la otra mujer.

—¿Y por qué no?

—Porque no la ha habido —dijo el Padre Brown—. Me parece muy elocuente que el señor Mandeville no fue bígamo, sino una persona altamente monógama. Su esposa era demasiado para él; lo era tanto que todos ustedes supusieron caritativamente que debía de ser otra persona. Pero no acabo de ver de qué manera podía hallarse junto a él, pues todos estamos de acuerdo en que no se movió de la puerta delantera del escenario, representando un papel importante.

—¿Piensa de veras que esa extranjera de quien hablamos era la señora Mandeville, a quien todos conocemos? —preguntó Jarvis.

Mas su pregunta quedó sin respuesta, porque el Padre Brown estaba mirando en el vacío con una expresión casi idiota. Acostumbrada a parecer tanto más idiota cuanto más inteligente era.

Minutos después se ponía en pie, contristado y afligido.

—Esto es horrible —dijo—. No estoy cierto que no sea este el peor caso que haya visto. De todas maneras tendré que desentrañarlo. ¿Quisiera usted ir a decir a la señora Mandeville si puedo hablar con ella en privado?

—Ya lo creo —dijo Jarvis yendo hacia la puerta—. ¿Qué sucede?

—Que he nacido tonto —dijo el Padre Brown—. Nada, una queja muy frecuente en este valle de lágrimas. Que la comedia se llamaba *La Escuela del Escándalo*.

Paseó nerviosamente por la habitación hasta que volvió Jarvis muy alarmado.

—No la puedo hallar por ninguna parte —dijo—. Nadie sabe dónde está.

—Tampoco saben dónde está Norman Knigth, ¿verdad? —preguntó el Padre

Brown con severidad—. Bueno, pues esto me libra de la peor entrevista que haya tenido en mi vida. Si no hubiese sido por mi confianza en Dios, diría que la temía. Sin embargo, ella me temía. También la asustaba que yo hubiera visto u oído algo. Knigth la estaba rogando siempre que huyera con él. Ahora lo ha hecho, y lo siento terriblemente por él.

—¿Por él? —preguntó Jarvis.

—No me dirá usted que sea maravilloso eso de huir con una asesina —dijo el otro sin pasión—. Pero ella fue algo peor que una asesina.

—¿Qué fue?

—Una egoísta —dijo el Padre Brown—. Era una de esas personas que miraba primero en el espejo antes de mirar por la ventana y tal es la peor calamidad que puede ocurrir en esta vida mortal. El espejo no le dio suerte; pero esto más bien fue porque no estaba roto.

—No comprendo lo que esto significa —dijo Jarvis—. Todo el mundo la considera una persona de grandes ideales, casi viviendo en un plan superior al nuestro…

—Ella se consideraba así —dijo el otro—. Y sabía la manera de comportarse para que todo el mundo la tuviera por eso. Tal vez no la haya conocido lo bastante para equivocarme. Sin embargo, yo supe en seguida qué clase de persona era minutos después de haberla visto.

—¡Oh, no diga! —exclamó Jarvis—. Estoy seguro que su comportamiento para con la italiana fue estupendo.

—Su comportamiento lo era siempre —dijo el sacerdote—. He oído a todos los de aquí alabar sus espiritualidades, sus sutilezas y sus vuelos intelectuales por encima del pobre Mandeville. Pero todo esto se condensa, para mí, en el hecho sencillísimo de que ella verdaderamente era una señora y él no era un caballero, Pero yo nunca he estado convencido de que sea este el único aprobado que exija San Pedro a las puertas del cielo.

»Por lo que a lo otro se refiere —continuó con animación creciente— desde las primeras palabras supe que ella no era justa con la pobre italiana, a pesar de sus maneras insignificantes y fría magnanimidad y volví a darme cuenta de ello cuando supe que la comedia era *La Escuela del Escándalo*.

—Va usted muy aprisa y no le puedo seguir —dijo Jarvis desconcertado—. ¿Qué tiene que ver que la comedia fuese una u otra?

—Ella misma me dijo —agregó el sacerdote— que había dado a la muchacha el papel de la persona más hermosa y que ella se había guardado el papel de más edad, retirándose a segundo término. Ahora bien, esto es algo que se hubiera podido decir acerca de cualquier comedia, pero que no rezaba para ésta. Ella no pudo implicar otro sentido a su frase que el de que había dado el papel de María, que no es en realidad

ningún papel. El personaje de lady Teazle, la dama casada que se retira voluntariamente, resulta el único papel que una artista hubiese querido hacer. Si la italiana era una artista de primera categoría, tenía cierta excusa para su enojo, o por lo menos tenía alguna. Generalmente la hay para esas buenas italianas; los latinos son lógicos y tienen una razón para sus locuras. Ese pequeño accidente me bastó para echar luz sobre la clase de su magnanimidad. Aún hay otra cosa. Usted se rió cuando yo dije que el rostro huraño de la señora Sands era el estudio de un carácter, pero no el de la misma señora Sands. Sin embargo, dije verdad. Si quiere usted saber cómo es una mujer no la mire directamente, porque quizá sea demasiado inteligente y lista; no mire tampoco a los hombres que la rodean, pues quizá sean demasiado tontos, sino mire a otra mujer que esté cerca de ella, y en especial a una que esté a sus órdenes. Usted verá en ese espejo su rostro verdadero; y el que la señora Sands reflejaba era muy feo.

»Y en cuanto a las otras impresiones, ¿qué podía deducir de ellas? Oí muchas cosas acerca del poco mérito del pobre Mandeville; pero este defecto se reducía a no ser lo suficiente para ella. Estoy seguro de que esto le prevenía indirectamente contra ella. Se delataba por sí solo. Por lo que de los hechos se desprende, ella había confiado a cada uno la soledad de su vida intelectual. Usted mismo dijo que ella no se quejaba nunca, y luego añadió de cómo su silencio fortalecía su alma. Esto da la pauta. Es una muestra inconfundible. La gente que se queja son cristianos engorrosos hechos y derechos; no me importunan. Pero la gente que se queja de que nunca se quejan esos son la peste. Son el mismo diablo. ¿No es precisamente ese alarde de estoicismo el tema del culto byroniano a Satanás? Oí hablar de todo eso y por vida mía que no sabía de qué se quejaba. No había nadie que se atreviera a insinuar que su marido bebiera, la pegara o la dejara sin dinero, ni que le fuera infiel, hasta que se reveló el rumor de las reuniones secretas; en realidad era una costumbre melodramática en ella la de molestarle con sus manías Cuando uno se dispone a mirar los hechos, dejando a un lado el ambiente de mártir que ella sabía crear, se ve que las cosas eran de una manera muy distinta. Mandeville dejó de hacer dinero en las pantomimas para darle gusto, empezó a perder dinero en el drama clásico para complacerla. Ella arreglaba el escenario y mobiliario a su antojo. Ella quiso la comedia de Sheridan y la comedia de Sheridan se hizo; quiso el papel de lady Teazle y lo tuvo; trató de hacer un ensayo precisamente a aquella hora, en traje de calle, y lo logró. Quizá valga la pena detenerse a pensar en esto último.

—¿Pero de qué sirve toda esa arenga? —preguntó el actor que había oído pocas veces al Padre Brown hablar tanto seguido—. Me parece que se ha apartado mucho del asesinato con todas esas descripciones psicológicas. Quizá haya huido con tiempo, o tal vez haya burlado a Randall o me haya enlodado a mí. Pero no es posible que haya matado a su marido. Todo el mundo está convencido de que estuvo siempre

en el escenario. Puede que sea cruel, pero no es una bruja.

—No me atrevería a asegurarlo —dijo el Padre Brown con una sonrisa—. Pero no tenía necesidad de usar de ninguna brujería en este caso. Yo sé que lo hago y con mucha sencillez.

—¿Por qué está usted tan seguro de ello? —preguntó Jarvis mirándole preocupado.

—Porque la comedia era *La Escuela del Escándalo* —contestó el Padre Brown— y precisamente se hizo el cuarto acto. Me gustaría recordarle que ella arreglaba el escenario tal como le venía en gana. También ha de recordar que este escenario había servido para representar pantomimas; como es natural tenía que poseer puertas falsas y escotillones. Y cuando usted dice que los testimonios aseguran haber visto a todos los actores siempre en escena, yo le diré que en ese preciso acto uno de los actores, si bien permanece siempre en escena, durante un momento no se le ve. Técnicamente está «en» escena y prácticamente puede estar muy lejos de ella. Es el significado del biombo de lady Teazle y del doble de la señora Mandeville.

Hubo un silencio y el actor dijo:

—¿Usted cree que se deslizó por una puerta falsa por detrás del biombo y cayó sobre el despacho del empresario?

—Se deslizó de alguna manera y esto es seguramente lo más probable —dijo el otro—. Me parece tanto más probable cuanto tenía la oportunidad de no tener que vestirse de época, e incluso lo arregló para que así fuese. Esto son conjeturas. Pero me parece que con los miriñaques del siglo dieciocho habría sido más difícil escabullirse. Hay muchas incógnitas, naturalmente, pero me parece que todas se podrán resolver por turno y con tiempo.

—Lo que no puede llegar a solucionar es la gran incógnita —dijo Jarvis apoyando la cabeza en la palma de la mano—. Lo que no puede imaginarse es que nuestra persona, tan serena y equilibrada, pueda perder su estabilidad física, por no decir ya la moral. ¿Había algún motivo que fuera suficiente? ¿Estaba muy enamorada de Knigth?

—Así lo espero —dijo su compañero—: en realidad sería la excusa más humana. Pero siento decir que lo dudo. Lo que ella quería era librarse de su marido, que era un provinciano que no reuniría mucho dinero. Ella buscaba hacer una carrera como esposa triunfante de un actor triunfante que prosperase rápidamente. Pero no quería actuar en ese sentido en *La Escuela del Escándalo*. No habría escapado con un hombre si no era como último resorte. El caso para ella no era el de una pasión humana, sino el de una ambición desmesurada. Intimidaba siempre a su marido para que se divorciara o se quitara de en medio y, como rehusaba, lo pagó caro. Aún tiene usted que recordar otra cosa. Ustedes hablan de que estas personas inteligentes tienen un sentido del drama más refinado y más filosófico. Pero ¡recuerde a lo que se reduce

la mayor parte de la filosofía! ¡Recuerde qué clase de conducta manifiestan estas encumbradas inteligencias con los encumbrados! Todo se refiere al Deseo de Poder, al Derecho a la Vida y a la Experiencia… Todo un hato de tonterías sin sentido… Tonterías que pueden condenar.

El Padre Brown frunció el entrecejo, cosa que hacía muy raras veces; y aún tenía el rostro ensombrecido cuando se puso el sombrero para salir.

La canción del pez volador

El espíritu del señor Peregrino Smart vivía dando vueltas alrededor de cierto objeto que poseía y de una broma que gastaba. Tal vez se tenga por una broma poco sabrosa, pues consistía sólo en preguntar a la gente si habían visto sus peces dorados. Tal vez se le tenga también por una broma cara y, sin embargo, cabe preguntarse si no le atraía más la broma que gastaba que el valor del objeto que poseía. Hablando con sus vecinos del pequeño grupo de casas nuevas que había surgido alrededor del antiguo prado comunal del pueblecillo, no perdía tiempo en hacer recaer la conversación sobre su tema favorito. Fue a propósito del señor Burdock, un biólogo de fama creciente, de mentón decidido y cabello planchado hacia atrás como el de un alemán, que introdujo el tema. «¡Ah! ¿Está usted interesado en la historia natural? ¿Conoce usted mis peces de oro?» Para un evolucionista tan ortodoxo como el señor Burdock la naturaleza era un todo; pero a primera vista la trabazón entre una cosa y otra no se le hizo muy patente porque él era un especialista que se había dedicado por entero a los antepasados de la jirafa. En cambio, cuando hizo lo propio con el Padre Brown, cura de una iglesia de la ciudad vecina, llenó la conversación con los siguientes tópicos: «Roma-San Pedro- Pescador-pez-peces de oro». Hablando con el señor Imlack Smith, director de un Banco, hombre delgado y pálido, afectado en el vestir, pero de porte mesurado, tocó el tema del patrón oro y de éste a los peces de oro medió sólo un paso. Con el brillante explorador de Oriente, profesor conde Yvon de Lara, cuyo título era de origen francés y cuyo rostro se parecía al de los rusos o mejor, al de los tártaros, el hábil conversador demostró un gran interés por el Ganges y el Océano Indico, yendo a parar, como era natural, en si cabía la posibilidad de que hubiera peces dorados en aquellas aguas. De Harry Hartopp, hombre muy rico, pero no menos vergonzoso y callado, que acababa de llegar de Londres, logró por fin la aseveración de que no estaba interesado en la pesca, pero el hombre halló manera de poder decir: —¡Ah, hablando de pesca! ¿Ha visto usted mis peces dorados?

Lo que tales peces dorados tenían de particular era que estaban hechos de oro y formaban parte de un juguete excéntrico, pero caro, del que se decía había sido construido para recreo de algún acaudalado príncipe oriental. El señor Smart lo había adquirido en alguna tienda de ocasiones o antigüedades, casas que visitaba con frecuencia para llenar la suya de objetos únicos e inservibles. Desde el extremo opuesto de la habitación en donde se hallaba el objeto, esta friolera no presentaba otras características que las de una bola de cristal desmesuradamente grande, en la que había unos peces desmesuradamente grandes pero vivos; mas, acercándose a ella, apercibíase uno de que era una hermosa burbuja de vidrio veneciano teñido con suaves y delicadas nubes de colores iridiscentes, bajo cuyo velo se replegaban,

enormes y grotescos, los peces de oro con rubíes por ojos. El conjunto debería valer objetivamente mucho y si se daba en pensar en el capricho de los coleccionistas, ¿a cuánto no ascendería su valor? El nuevo secretario del señor Smart, un joven llamado Francisco Boyle y que a pesar de ser irlandés no se distinguía por precavido, sorprendióse cándidamente de que su dueño hablara con tanta libertad de sus tesoros a un grupo de personas, no muy bien conocidas, quienes se habían reunido de una manera nómada y fortuita en aquel vecindario; los coleccionistas son reservados en general y algunas veces ocultistas. A medida que fue aprendiendo su oficio pudo ver que no era él solo en adoptar aquella opinión, sino que había quien la sostenía con marcado vigor.

—Es una maravilla que no le hayan cortado la cabeza —opinó Harris, el criado del señor Smart, con cierto gusto imaginativo, casi como si lo hubiese dicho de una forma puramente artística—. Es una lástima.

—Es extraordinaria la manera como descuida las cosas —dijo el jefe de oficina del señor Smart, Jameson, que había venido de la oficina para asistir al nuevo secretario—. Ni siquiera pone esas desvencijadas barras detrás de su desvencijada puerta.

—No hay nada que objetar respecto al Padre Brown o al doctor —dijo el ama de llaves con la vaguedad de tono con que solía expresar sus opiniones—. Pero por lo que a los extraños, se refiere, yo creo que es tentar a la Providencia. Tampoco pensaría mal del conde, pero aquel señor del Banco me parece demasiado amarillo para que sea inglés.

—Hartopp es tan inglés que sólo sabe guardar silencio —dijo Boyle de buen humor.

—Así piensa más —replicó la mujer—. Quizá no sea extranjero, pero desde luego no es tan tonto como parece. Exótico es el que exóticamente se comporta añadió con misterio.

La fuerza de sus convicciones se hubiera acrecentado de haber oído la conversación que se desarrollaba en el salón de su dueño, motivada por los peces de oro, y gracias a la cual el ofensivo extranjero iba colocándose en primer plano, no por lo que hablara, que no era mucho, sino porque su silencio tenía algo de elocuente. Si parecía algo más regordete era debido a que se hallaba sentado sobre un montón de cojines, y en la creciente oscuridad, su ancho rostro mogólico quedaba ligeramente iluminado cual la luna. Quizá el ambiente que le rodeaba hiciera resaltar lo que en él había de asiático, pues la habitación era un caos de curiosidades caras, entre las que podían verse las atrevidas curvas y brillantes colores de innumerables armas orientales, pipas y cacharros, instrumentos musicales y manuscritos con dibujos, objetos todos de procedencia oriental. Sea como fuere, a medida que iba transcurriendo el tiempo, Boyle sentía más y más que la figura sentada sobre los

almohadones, oscura al contraluz, era exactamente igual a una estatua gigantesca de Buda.

La conversación tomó un carácter bastante general, pues estaba presente toda la pequeña sociedad del lugar. La costumbre de pasar la tarde los unos en casa de los otros había llegado a generalizarse y, por este tiempo, constituía un pequeño club, compuesto, en su totalidad, por los habitantes de las cuatro o cinco casas que había alrededor del prado. De entre éstas, la de Peregrino Smart era la más antigua, grande y pintoresca; corrían sus muros por todo un lado de la plaza, dejando tan sólo el lugar suficiente para una pequeña villa que habitaba un coronel retirado llamado Varney, quien, al parecer, estaba imposibilitado y a quien, en verdad, no se veía salir nunca. Formando ángulo recto con ambas casas, se levantaban dos o tres tiendas que suministraban lo necesario para los habitantes del lugar y, frente por frente a éstas, quedaba la posada del «Dragón Azul», en la que vivía el forastero de Londres, señor Hartopp. En el lado opuesto había tres casas, una alquilada al conde de Lara, otra al doctor Burdock y sin inquilinos la tercera. En el cuarto lado estaba el edificio del Banco, con su «chalet» adyacente para el director, y un solar cercado, aún por construir. Era éste un conjunto que podía obrar con cierta independencia, y la extensión de terreno, relativamente desierto, que los rodeaba y sus considerables dimensiones, hacíales sentirse más y más unidos. Aquella tarde se había inmiscuido en el grupo un nuevo personaje: era un hombre de cara de halcón, con tres temibles copetes rubios, dos por cejas y uno por bigote, y tan mal vestido, que debía de ser un millonario o un duque, si como se decía, tenía que hablar de negocios con el viejo coleccionista. En el «Dragón Azul» pasaba, no obstante, por el señor Harmer.

Se le había explicado las glorias de los peces de oro y las críticas que sufría el señor Smart por su manera de custodiarlos.

—La gente me dice siempre que debería guardarlos con mayores precauciones —dijo el señor Smart lanzando una mirada por encima de su hombro al empleado que estaba detrás de él con un pliego de papeles en las manos. Smart era un hombre de rostro redondo y cuerpo rechonchete cuyo conjunto producía el efecto de un loro calvo.

—Jameson, Harris y todos los demás me instan a que ponga barras en las puertas de la casa, como si esto fuera una fortaleza medieval. Aunque yo creo, en realidad, que estos impedimentos son demasiado medievales para impedir hoy día la entrada a nadie. Prefiero confiar en la Providencia y en la policía local.

—No son siempre las mejores cerraduras las que impiden a la gente entrar —dijo el conde—; todo depende de quién sea el que pretende forzarlas. Había un antiguo ermitaño hindú que vivía desnudo en una cueva y que, pasando a través de los tres ejércitos que protegían al mogol, sustrajo el gran rubí del turbante del tirano para demostrar a los poderosos cuan insignificantes son las leyes del tiempo y del espacio.

—Si nos ponemos a estudiar las insignificantes leyes del tiempo y del espacio logramos, por lo general, saber cómo se realizan esos trucos —replicó el doctor con sequedad—. La ciencia occidental ha prestado mucha luz sobre la magia de Oriente. Sin duda, el hipnotismo y la sugestión pueden hacer mucho, por no citar ya los juegos de manos.

—El rubí no estaba en la tienda real —observó el conde con un gesto impreciso—, sino que se hallaba en una de las cien tiendas que la rodeaban.

—¿No podría explicarse por la telepatía? —preguntó el doctor con viveza.

La pregunta resultó tanto más viva en contraste con el silencio profundo que la siguió: parecía que el ilustre viajero se hubiese echado a dormir sin prestar atención a los demás.

—Perdonen ustedes —dijo volviendo en sí con súbita sonrisa—. Me olvidaba que estábamos hablando con palabras. En Oriente hablamos con pensamientos y así, no sufrimos equívocos. Me admira el modo que tienen ustedes de cuidar las palabras y cómo éstas les satisfacen. ¿Qué más da, para la cosa en sí, llamarla telepatía o bobería, como lo llamó usted antes? Si un hombre sube hacia el cielo escalando una higuera de Bengala, ¿de qué manera quedará modificado el hecho si se dice que eso es levitación o que se trata de una mentira? Si una brisa medieval hubiese movido su varita y me hubiese convertido en un mandril azul, me dirían que era siempre atavismo.

El primer ademán del doctor fue el de afirmar que el cambio no hubiera sido muy notable a fin de cuentas. Pero antes de que su irritación pudiese hallar salida, el hombre que se llamaba Harmer interrumpió malhumorado:

—Es realmente cierto que esos magos indios pueden llegar a hacer cosas curiosísimas, pero yo veo que, por lo general, sólo se hacen en la India. Tal vez tengan muchos ayudantes o se deba a una psicología de la masa. Me parece que estas jugarretas no se han efectuado jamás en un pueblecito inglés, y me atrevería a opinar que los peces dorados de nuestro amigo están a buen recaudo.

—Les explicaré una cosa ocurrida, no en la India, sino en un cuartel inglés de la parte más moderna de El Cairo. Había un centinela en la parte interior de una verja de hierro montando guardia ante una puerta cerrada, también de hierro. De pronto, compareció ante la verja un hombre harapiento que parecía del país, y que le habló en un inglés cuidadísimo, de un documento de sumo interés guardado allí, para mayor seguridad. El soldado contestó, como era natural, que el hombre no podía entrar, a lo que aquél replicó sonriendo: «¿Qué entiende usted por estar dentro o por estar fuera?». El soldado seguíale mirando con menosprecio a través de los barrotes, cuando notó que, a pesar de no haberse movido ni él ni la puerta, él, el centinela, se hallaba en la calle mirando al patio, donde estaba el pordiosero, sonriente, e inmóvil. En cuanto éste se volvió de espaldas, y se dirigió hacia el edificio, el soldado dio un

grito de alerta a los otros soldados para que detuviesen al pordiosero detrás del recinto. «Aunque haya entrado, no saldrá de aquí», exclamó vengativo. A lo que el pordiosero replicó con voz transparente: «¿Qué significa dentro y qué fuera?». Y el soldado, que continuaba mirando a través de los mismos barrotes, vio que volvían a hallarse entre él y la calle, en la que se hallaba el pordiosero con un papel en la mano.

El señor Imlack Smith, el director del Banco, que contemplaba el suelo con mirada perdida, dijo hablando por primera vez:

—¿Le sucedió algo al papel?

—Sus instintos profesionales no le han engañado —repuso el conde con afabilidad—. Era un papel de considerable importancia financiera. Sus consecuencias fueron internacionales.

—Espero que no ocurran con frecuencia estas cosas —dijo el joven Hartopp, sombrío.

—No voy a meterme con el lado político de la cuestión —dijo el conde con serenidad—, sino con el filosófico. Esto nos enseña cómo el hombre sabio puede prescindir del tiempo y del espacio, volver las corrientes de los mismos, de manera que el mundo dé vueltas ante sus ojos. Pero, para ustedes, es muy difícil llegar a comprender que las potencias espirituales son más fuertes que las materiales.

—Bien —dijo el viejo Smart con despreocupación—; yo no puedo ponerme como modelo de autoridad en las cosas espirituales. ¿Qué dice usted, Padre Brown?

—El Padre Brown es un filisteo —dijo Smith sonriendo.

—Tengo cierta afinidad con esa tribu —contestó el aludido—. Filisteo es aquel hombre que está en lo cierto, aun sin saber por qué.

—Todo esto es demasiado elevado para mí —dijo Hartopp con sinceridad.

—Tal vez —dijo el Padre Brown sonriendo— le gustaría a usted eso de hablar sin palabras a que se refirió el conde. Comenzaría a hablar de una manera intencionada y usted replicaría con una explosión de taciturnidad.

—Se podría intentar algo con la música —murmuró el conde, soñoliento—. Sería mejor que todas las palabras.

—Sí, tal vez me fuera más fácil comprender eso —contestó el joven en voz baja.

Boyle seguía la conversación con interés porque algo había en el comportamiento de más de uno de los presentes que le pareció significativo e incluso extraño. No bien la conversación se desvió hacia la música, aludiendo al director del Banco, que era un aficionado de cierto mérito, el joven secretario se acordó de pronto de sus deberes y recordó a su dueño que el jefe de la oficina estaba impaciente con los papeles en la mano.

—¡Oh! No se preocupe por eso en estos momentos, Jameson —dijo Smart, algo confuso—. Es algo sobre mi cuenta. ¡Ah! Ya hablaré con el señor más tarde. Decía usted que el violoncelo…

Pero el hálito helado de los negocios había dispersado el vaho de la conversación trascendental, y, uno tras otros, los invitados comenzaron a despedirse. Únicamente permaneció el señor Imlack Smith, director del Banco y músico, que entró, junto con el señor Smart, en la habitación donde estaban los peces de oro.

La casa era larga y estrecha, con una galería cubierta alrededor del primer piso. Éste estaba ocupado, en su mayor parte, por las habitaciones de su dueño: el dormitorio, el cuarto de vestir y una habitación interior en la que se almacenaban, algunas noches, sus tesoros más preciados. Esta galería, así como la puerta con los cerrojos descorridos, era otra de las preocupaciones del ama de llaves, del jefe de la oficina y de todos aquellos a quienes tenían admirados la despreocupación del coleccionista. La verdad es que este perspicaz vejete era más precavido de lo que daba a entender. No tenía gran confianza en los anticuados cerrojos de su casa, por lo que el ama de llaves se dolía viendo cómo enmohecían a causa de permanecer en desuso, y sí la tenía en la estrategia. Guardaba cada noche sus favoritos peces de oro en la habitación interior y él dormía frente a ella con un revólver debajo de la almohada. Boyle y Jameson estaban aguardando a que su jefe volviera de la entrevista. Cuando le apercibieron, llevaba en sus brazos la enorme bola de cristal con la misma reverencia que si se tratase de la reliquia de un santo.

En el exterior, los últimos rayos del sol poniente, doraban aún dos ángulos de la pradera, pero en la casa fue necesario encender una bujía y, en la confusión de las dos luces, el globo coloreado relucía cual una joya monstruosa y las fantásticas siluetas de los fogosos peces parecían comunicarle el atractivo de un talismán. Por encima del hombro del viejo, el rostro aceitunado de Imlack Smith aparecía perplejo como el de una esfinge.

—Voy a marcharme a Londres esta noche, señor Boyle —dijo el viejo Smart con mayor gravedad que de costumbre—. El señor Smith y yo vamos a tomar el tren de las siete menos cuarto. Preferiría que usted, Jameson, se quedara a dormir en mi habitación esta noche. Ponga usted esto en la habitación interior, como siempre, y estará completamente seguro. Piensen que nada puede suceder.

—Por todas partes y en todo momento puede pasar algo —dijo sonriente Smith —. Yo creo que, por lo general, pone usted un revólver en la cama. Quizá fuera mejor que lo dejara en casa esta vez.

Peregrino Smart le dejó sin respuesta y salieron ambos de la casa hacia la avenida que circundaba el prado.

El secretario y el jefe de la oficina durmieron aquella noche en la habitación del señor Smart. Para decirlo con mayor precisión, Jameson, el jefe de la oficina, durmió en una cama en el cuarto de vestir, pero la puerta quedó abierta y las dos habitaciones resultaban prácticamente una sola. El dormitorio tenía un balcón que daba a la galería y una puerta que comunicaba con la habitación interior, donde guardaron los peces

para mayor seguridad. Boyle hizo rodar su cama hasta colocarla de través ante aquella puerta, puso el revólver debajo de su almohada y se desvistió para acostarse, consciente de que había tomado todas las precauciones posibles contra un acontecimiento improbable e imposible. No alcanzaba a imaginar por qué razón iba a tener lugar un robo en la forma acostumbrada; y por lo que se refería a los procedimientos espirituales del conde de Lara, si llegó a pensar en ellos, no fue sino cuando estaba ya para dormirse, pues su contenido era propio de un ensueño. Así es que pronto derivaron en tales, y quedó dormido, soñando a intervalos en ellos. El viejo jefe de oficina estaba algo más inquieto, como de costumbre, y después de dar algunas vueltas por la habitación y de repetir algunas de sus máximas y lamentaciones usuales, se echó en la cama e intentó dormirse. El resplandor de la luna se intensificó y volvió a amortiguarse sobre el prado verde y los bloques de piedra gris de las casas, en una soledad y silencio que parecían no tener ningún testimonio humano; y fue cuando los rayos blanquecinos de la aurora irrumpieron en el ciclo cuando sucedió la cosa.

Boyle, por ser joven, era de entre los dos, indudablemente, el que disfrutaba de mejor salud y sueño.

A pesar de ser diligente, una vez despierto, tenía que hacer un esfuerzo antes de poder pensar. Además, tenía sueños de esos que se empeñan en aferrarse a la mente humana como si fueran unos pulpos. Soñaba un conjunto confuso de cosas, incluyendo la imagen, que viera al acostarse, de las cuatro calles grisáceas y el prado verde. Pero la disposición de ellas cambiaba y se tornaba imprecisa, dando vueltas de una manera mareadora al son de un ruido sordo, parecido al de un molino, ruido que hacía pensar en un río subterráneo, aunque tal vez no fuera otra cosa que los ronquidos del viejo Jameson, en el cuarto de vestir. En el pensamiento del soñador, todos estos murmullos y pensamientos se ligaban a las palabras del conde de Lara, cuando decía que una inteligencia privilegiada podía gobernar el sentido del tiempo y del espacio y trabucar el mundo. La impresión que producía en el sueño era de que hubiese una verdadera máquina subterránea que fuera presentando nuevos panoramas de acá para allá, haciendo que las partes más remotas del mundo apareciesen en el jardín de un hombre, o bien que fuera este mismo jardín el que quedara desterrado al otro lado del mar.

Las primeras impresiones cabales que tuvo fueron las palabras de una canción acompañadas de un sonido metálico; la cantaban con un acento extranjero y la voz, sin embargo, parecía familiar, aunque un poco extraña. No llegaba a convencerse de que no fuera él el que estuviera componiendo versos en su sueño.

Atravesando tierras y mares
los peces voladores volverán a mí.
Pues la nota no es del mundo que los despierta

sino es…

Logró ponerse en pie y vio que su compañero de guardia estaba ya fuera de la cama. Jameson miraba por la gran ventana hacia el balcón y llamaba con viveza a alguien que estaba en la calle.

—¿Quién va? —gritaba—. ¿Qué quiere usted?

Se volvió agitado hacia Boyle y dijo:

—Hay alguien que se está paseando por ahí fuera. Ya sabía yo que no estaba seguro esto. Voy a echar el cerrojo a esa puerta, dígase lo que se quiera.

Corrió hacia abajo con grandes prisas y Boyle pudo oír el ruido del correr de las barras; pero Boyle no se contentó con ello sino que salió al balcón y miró hacia la larga avenida gris que conducía a la casa, imaginándose que soñaba aún.

En la avenida que cruzaba el prado solitario y el pequeño villorrio, apareció una figura que podía haber salido de la selva virgen o de una feria; un personaje de uno de los cuentos fantásticos del conde, o de *Las mil y una noches*. La luz un tanto espectral que comienza a dibujarlo todo y, al mismo tiempo, a quitar color a todo, cuando la luz en Oriente ha dejado de ser localizada, comenzó a levantarse cual un velo de gasa gris y destacó una figura arropada con una inusitada vestimenta. Un chal de color azul de mar, rarísimo, grande y voluminoso, se arrollaba alrededor de su cabeza como un turbante y luego bajaba hasta el cuello produciendo el efecto total de una capucha; por lo que al rostro se refería, hacía las veces de una máscara, pues el pedazo de tela que colgaba de la cabeza quedaba cerrado como un velo. Tenía la cabeza doblada sobre un instrumento musical hecho de plata o de acero, al que se había imprimido al forma de un violín deformado o torcido. Lo tocaba con algo parecido a un peine de metal y las notas que sacaba del mismo eran particularmente penetrantes y agudas. Antes que Boyle pudiera abrir la boca, el mismo acento enajenador salió de debajo del turbante o albornoz, profiriendo palabras cantadas de la misma suerte.

Así como los pájaros de oro vuelven al árbol, mis peces dorados vuelven a mí. Vuelven…

—No tiene usted ningún negocio aquí —exclamó Boyle exasperado, sin saber lo que decía—. Tengo derecho sobre los peces de oro —dijo el extranjero, hablando más como si fuera el rey Salomón que un beduino descalzo con un raído capote azul—. Y ellos vendrán conmigo… ¡Venid!…

Prodújose una cascada de sonido que parecía inundar la mente, a la que siguió otro sonido más débil, como una respuesta; un siseo. Venía de la habitación interior en donde se hallaban los peces de oro en su prisión de cristal.

Boyle volvió el rostro hacia dicho aposento y, al hacerlo, el siseo se convirtió en un prolongado tintineo parecido al de un timbre eléctrico y, finalmente, en un crujido

suave. Mas con todo, no habían pasado sino unos pocos segundos desde que Jameson retara al hombre de la calle desde el balcón; volvía a encontrarse otra vez allí, jadeando un poco, pues era ya un hombre entrado en años.

—He cerrado la puerta ahora, por si acaso —dijo.

—La puerta del establo —dijo Boyle desde la habitación del fondo.

Jameson le siguió allí y vio que estaba mirando al suelo. Éste se hallaba cubierto por una gran cantidad de cristales cual los pedacitos curvos de un arco iris.

—¿Qué quiere usted decir con la puerta del establo? —comenzó a decir Jameson.

—Quiero decir que el caballo ha sido robado —contestó Boyle—. Los caballos voladores. Los peces voladores a quien nuestro amigo árabe acaba de silbar haciéndoles obedecer como si fueran perrillos del circo.

—Pero ¿cómo pudo? —contestó el viejo dependiente como si esas cosas no fueran lo bastante decentes para hablar de ellas.

—Bueno, no sé, pero ya no están —dijo Boyle con sequedad—. El recipiente de cristal está aquí hecho añicos. Costaba abrirlo, pero en un segundo ha sido hecho pedazos. Los peces han desaparecido, Dios sabe cómo. Me gustaría preguntárselo a nuestro amigo.

—Estamos perdiendo el tiempo, deberíamos ir tras él —añadió el desconcertado Jameson.

—Mejor será que telefoneemos a la policía. Deberían localizarlo en un momento con sus teléfonos y coches, que van mucho más aprisa de lo que lo haríamos nosotros corriendo por el pueblo en pijama. Pero quizá se trate de algo que ni los coches ni los cables puedan alcanzar…

Mientras Jameson hablaba por teléfono con la policía, Boyle salió de nuevo al balcón y consideró con mirada atenta el rosado panorama del alba. No había ninguna señal del hombre del turbante azul y no se percibía otro signo de vida que aquel que un experto hubiese adivinado como proviniendo del «Dragón Azul». No obstante, en el alma de Boyle tomó cuerpo una idea que hasta entonces sólo había notado inconscientemente. Era como una realidad pugnando por alcanzar su nivel apropiado en su distraída mente. No era otra cosa sino que el panorama mortecino no había sido nunca de un único tono; había un puntito dorado entre las vetas pálidas del cielo, una lámpara encendida en una de las casas, al otro lado del prado. Algo, tal vez puramente físico, le dijo que aquella luz había estado ardiendo durante toda la noche y que ahora empalidecía con la primera claridad diurna. Contó las casas y el resultado pareció corresponder a algo que ya se había formulado previamente, sin saber a punto fijo lo que era. Según todas las trazas, se trataba de la casa del conde Yvon de Lara.

El inspector Pinner acababa de llegar con varios policías y había hecho varias cosas con aire rápido y resoluto, pues estaba dominado por la impresión de que, dada la trascendencia de los valiosos objetos, iba a dedicársele a su labor mucho espacio en

los periódicos. Lo examinó todo, tomó las medidas de todo, así como las huellas digitales de todo el mundo, hizo que todos se mantuvieran erguidos, y, al final, se encontró cara a cara con un hecho al que no podía dar crédito. Un árabe había salido por la alameda del pueblo, deteniéndose ante la casa del señor Peregrino Smart, donde había un recipiente de cristal que encerraba varios peces de oro, el cual estaba metido en una habitación interior; entonces el árabe cantó una canción o recitó un poema y el recipiente explotó cual una burbuja de jabón y los peces se evaporaron. No sirvió para calmar al inspector el hecho de que un conde extranjero le dijese con voz blanda y melosa que los límites de la experiencia iban ensanchándose.

Realmente, la actitud de cada uno de los miembros del pequeño grupo fue bien característica. Peregrino Smart regresó de Londres a la mañana siguiente al tener noticia de la pérdida. Se sintió sorprendido, como es natural, pero sus reacciones eran siempre vivas y decididas y su manera de actuar sugería la del gorrión, demostrando mayor vivacidad en la resolución del problema que depresión por la pérdida. Al hombre llamado Harmer, que había venido al pueblo con la intención de comprar los peces dorados, podía perdonársele el que se mostrara un poco quisquilloso al saber que ya no podía adquirirlos. Su bigote y cejas agresivos parecían brillar por tener el conocimiento de algo más palpable que el desengaño, y los ojos con que vigilaba a los reunidos relucían atentamente, casi podía haberse dicho suspicazmente. El rostro enjuto del director del Banco daba la impresión de usar de sus ojos como de dos brillantes y movedizos magnetos. De las dos figuras restantes de la original reunión, el Padre Brown permanecía silencioso si no se le dirigía la palabra, y el joven Hartopp hacía lo propio, incluso, a veces, cuando se le preguntaba algo.

El conde no era hombre para dejar pasar sin comentario cosa alguna que pudiera servir para apoyar sus puntos de vista. Sonreía ante el racionalismo de su rival, el médico, con la sonrisa del que sabe continuar siendo amable.

—Tendrá que admitir, por lo menos, doctor —dijo—, que algunas de las historias que ayer le parecían inverosímiles, han tomado hoy visos de mayor probabilidad. Cuando un hombre vestido con harapos, como el que ayer describí, puede, con sólo pronunciar una palabra, romper un recipiente encerrado dentro de cuatro paredes, entonces empezaré a considerarle como ejemplo de lo que dije sobre el poder espiritual y las barreras materiales.

—Y también podría tomarse como ejemplo para ilustrar lo que yo dije —replicó el doctor con viveza—. Basta un pequeño conocimiento científico para saber cómo se hacen estas jugarretas.

—¿Lo cree usted así, doctor? —preguntó Smart un poco excitado—. ¿Que usted nos podría echar un poco de luz científica sobre este misterio?

—Puedo poner en claro lo que el conde da en llamar misterio —repuso aquél—, pues no es ningún misterio. Esa parte es bastante clara. Un sonido no es más que una

onda vibratoria, y ciertas vibraciones pueden romper el cristal, si el sonido es de cierta clase y el cristal también. El hombre no se quedó en la calle pensando, según el método ideal que, según nos dice el conde, emplean los orientales cuando quieren hacer una pequeña trapisonda. Éste cantó lo que quiso y sacó de su instrumento una nota aguda. No es otra cosa que un experimento más para ilustrar que un vidrio de cierta composición se ha roto por medio de un sonido.

—Sí, sí, un experimento según el cual ciertos pedazos de oro macizo han dejado de existir súbitamente.

—Aquí viene el inspector Pinner —dijo Boyle—. Me parece que consideraría la explicación científica del doctor con los mismos ojos que lo sobrenatural del conde. Posee una inteligencia muy escéptica y, especialmente, por cuanto a mí se refiere. Me parece que sospecha de mí.

—Me parece que se sospecha de todos nosotros —dijo el conde.

Movido por la sospecha que sentía pesar sobre sí, fue en busca del consejo personal del padre Brown. Unas horas más tarde, paseaban los dos por el prado del pueblo y el Padre Brown, que hasta entonces había estado mirando ceñudamente al suelo mientras escuchaba, se detuvo de pronto.

—¿Ve usted aquello? —preguntó—. Alguien ha lavado la acera frente a la casa del coronel Varney. ¿Quién sabe si fue ayer?

El Padre continuó mirando con detenimiento la casa, que era alta y estrecha, y en cuyas ventanas había hileras de toldos a rayas vivas un poco descoloridas ya. Lo que se apercibía del interior de la casa, a través de las rayas de una abertura, parecía tanto más oscuro por cuanto contrastaba con la parte exterior, dorada por la luz del sol poniente.

—No le he visto siquiera. No creo que nadie le haya visto —contestó Boyle— a excepción del doctor Burdock, y me parece que el doctor le hace sólo las visitas indispensables.

—Bueno, pues voy a verle unos minutos —dijo el Padre.

La gran puerta de entrada se abrió y se tragó al pequeño sacerdote, y su amigo quedóse de una manera irracional y atónita, como si dudara de que volviera a abrirse. Sin embargo, se abrió efectivamente al cabo de pocos minutos, y el Padre Brown emergió, sonriendo aún, y continuó su marcha reposada y trabajosa alrededor del prado. Algunas veces parecía que hubiese olvidado el asunto que traía entre manos, pues hacía observaciones de carácter histórico o social, o de los progresos que se hacían en el barrio. Su mirada, contemplando la casa, se posó en la tierra acumulada con el fin de dar principio a una nueva calle, cerca del Banco, y miró hacia el pueblo con una vaga expresión.

—Tierra comunal. Me figuro que la gente traería siempre a pacer sus gansos y cerditos aquí, si tuviesen alguno de esos animales; sin embargo, me parece que ahora

no sirven para otra cosa que para criar cardos y ortigas. ¡Qué lástima que lo que debía de haber sido un gran pasto se haya convertido en un asqueroso yermo! Ésa es la casa del doctor Burdock, ¿verdad?

—Sí —contestó Boyle, casi abrumado por aquel inesperado párrafo.

—Muy bien —contestó el Padre Brown—; así es que me parece que volveré a meterme en casa.

Abrieron la puerta de la casa de Smart y mientras subían por las escaleras, Boyle repitió a su acompañante muchos de los detalles del suceso, ocurrido al salir el sol.

—¿No volvería a dormirse, supongo, dando tiempo a que alguien escalara el balcón mientras Jameson fue a asegurar la puerta?

—No —dijo Boyle—, estoy seguro de ello. Me desperté al oír a Jameson llamar al individuo desde el balcón; luego le oí bajar las escaleras y colocar las barras y, en menos tiempo del que se necesita para dar dos pasos, me hallaba ya en el balcón.

—¿No podía haber entrado por otro lado? ¿No hay otra entrada, salvo la de la puerta delantera?

—En apariencia, no —dijo Boyle con gravedad.

—Mejor sería asegurarse de ello, ¿no cree? —dijo el Padre Brown con amabilidad, dirigiéndose de nuevo hacia abajo. Boyle se quedó mirando hacia donde había desaparecido con una expresión indefinida en el rostro.

Tras de un lapso de tiempo relativamente corto, el rostro redondo y un poco ordinario del sacerdote volvió a surgir de nuevo por la escalera, sugiriendo el espectro de un nabo con una sonrisa vaga en el rostro.

—No. Me parece que con esto queda clara la cuestión de las entradas —dijo ahora alegremente el nabo fantasmal—. Y me parece que habiéndolo puesto ya todo en claro, por decirlo así, podemos comenzar a atar cabos con lo que tenemos. Es un asunto bastante curioso.

—¿Cree usted —preguntó Boyle— que el conde, el coronel o alguno de esos viajeros de Oriente tiene algo que ver con esto? ¿Cree usted que fue preternatural?

—Voy a adelantarle esto —dijo el sacerdote con gravedad—. Si fue el conde, el coronel o alguno de los otros vecinos los que vinieron aquí disfrazados de árabe al amparo de la oscuridad… entonces sí que fue algo preternatural.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué, entonces?

—Porque el árabe no dejó huellas —replicó el Padre Brown—. Los que están más cerca son el coronel, por un lado, y el banquero, por el otro. Entre ustedes y el Banco media la arena roja en la que hubieran quedado las marcas de los pies y se hubiera adherido a sus plantas, dejando huellas de aquel color. Me aventuré contra el genio como la pólvora del coronel para verificar si habían lavado la acera hoy o ayer; estaba lo bastante húmeda para haber mojado los pies del que pasara, dejando luego la impresión de los mismos por la calle. Ahora bien, si el visitante hubiese sido el conde

o el doctor —ambos viven en las casas de enfrente—, podían haber venido por el prado; pero habían de hallarlo muy incómodo yendo descalzos, pues como ya le he dicho, está lleno de ortigas, espinas y cardos. Tal vez se hubieran pinchado y alguna señal de su paso habría quedado. A no ser que fuera, como usted dice, un ser sobrenatural.

Boyle se quedó mirando con fijeza el rostro grave e indescifrable de su amigo.

—¿Quiere usted decir que lo era? —preguntó por fin.

—No hay que olvidar una verdad de tipo general —dijo el Padre Brown tras una pausa—. A veces, una cosa está demasiado cerca para que la veamos, así un hombre no puede verse a sí mismo. Una vez hubo un hombre que tenía una mosca en el ojo; se puso a mirar por el telescopio y vio que había un dragón increíble en la luna. Y también me han dicho que si un hombre escucha la reproducción exacta de su voz no le parece la suya propia. De la misma manera, si algo de lo que nos rodea en nuestra vida cotidiana no cambia de sitio, casi que no nos apercibimos de ella, y sí se colocara en un lugar imprevisto, llegaríamos a creer que venía de un lugar desconocido. Salga usted un momento conmigo. Quiero que lo mire desde otro punto de vista.

Diciendo estas palabras se levantó y bajaron juntos las escaleras sin dejar de hablar. El cura continuó sus observaciones de una manera entrecortada como si estuviera pensando en voz alta.

—El conde y el ambiente asiático tienen que ver con el caso, porque todo depende de la preparación de la mente. Un hombre puede llegar al punto de creer, hallándose en ese estado, que un ladrillo, cayendo de lo alto, es un ladrillo babilónico con inscripciones cuneiformes y que se ha desprendido de los jardines colgantes de Babilonia, y llegará hasta el punto de no ver que el ladrillo es uno de su propia casa. Ése es su caso…

—¿Qué significa esto? —exclamó Boyle mirando fijamente hacia la entrada y señalando la puerta—. ¿Qué maravilla es esa? La puerta vuelve a estar cerrada.

Estaba mirando la puerta por la cual no hacía más que unos minutos que acababan de entrar y que se hallaba cruzada por las enmohecidas barras de hierro de las que él había dicho que «habían atrancado la puerta del establo demasiado tarde». Había algo sorprendente y calladamente irónico en esas antiguas cerraduras que se cerraban tras ellos como si obedecieran a impulso propio.

—¡Ah, eso! —dijo el Padre Brown casualmente—. Yo mismo acabo de correrlas. ¿No me oyó usted?

—No, no oí nada.

—Pues casi me imaginé que así sería —dijo el otro sin inmutarse—. No hay ninguna razón por la cual deba oírse desde arriba cómo se corren las barras. Una especie de gancho se mete con facilidad dentro de esta especie de agujero. Si uno está

muy cerca oye un pequeño «clic» y eso es todo. Lo único que se podría oír desde arriba es esto.

Y cogió la barra, sacándola de la ranura y la dejó caer al lado de la puerta.

—Realmente se oye algo si se abre la puerta —continuó el Padre Brown—, incluso si se hace con cuidado.

—No querrá decir…

—Quiero decir —dijo el padre Brown— que lo que usted oyó arriba fue a Jameson descorriendo las barras y cerrojos en lugar de atrancarlos. Abramos ahora la puerta y salgamos fuera.

Una vez en la calle y debajo del balcón, el sacerdote reemprendió sus explicaciones con la misma precisión que si se tratase de una lección de química.

—Estaba diciendo —dijo— que un hombre puede hallarse en tal estado de ánimo que busque algo muy lejano, y no vea que es algo igual a una cosa que tiene muy cerca de sí, y tal vez muy parecido a él mismo. Fue algo exótico y extraño lo que usted vio en la calle, mirando desde el balcón. Supongo que no se le ha ocurrido pensar en lo que el beduino vio cuando miró hacia el balcón.

Boyle miraba silencioso hacia el sitio indicado.

—Usted creyó que era algo muy maravilloso y exótico que una persona anduviera por la civilizada Inglaterra, descalza. Usted no se acordaba que iba de igual manera.

Boyle halló por fin palabras para salir de su asombro y repitió palabras ya dichas.

—Jameson abrió la puerta —dijo mecánicamente.

—Sí —corroboró su amigo—. Jameson abrió la puerta y salió a la calle con su ropa de dormir, igual que salió usted al balcón. En su camino cogió dos cosas que usted había visto cientos de veces, un trozo de cortina que arrolló alrededor de su cabeza y un instrumento oriental de música que estaba usted cansado de ver. Lo restante fue obra del ambiente y de su actuación, que fue realmente buena, como refinado artista que es del crimen.

—Jameson, ese soso pelmazo que ni un momento siquiera tomé en consideración —exclamó Boyle, incrédulo.

—Precisamente —dijo el sacerdote—, precisamente por eso era un artista. Si podía hacer de brujo o trovador durante seis minutos, ¿no cree usted que haría de empleado durante varias semanas?

—No veo su interés —dijo Boyle.

—Ya había alcanzado el objeto de su interés —contestó el Padre Brown— o lo había casi alcanzado. Ya había robado los peces, como podía hacerlo veinte veces antes. Pero creando la figura de un mago del otro lado del mundo, consiguió que la imaginación de todos vagara desde la India a la Arabia hasta parecerle a usted demasiado palpable para ser cierto.

—Sí, eso es verdad —dijo Boyle—, corrió un peligro terrible y tuvo que

arriesgarse mucho. Verdad es que yo no oí jamás la voz del hombre a quien Jameson llamaba desde el balcón, por lo que me imagino que todo fue un engaño. Y supongo que es verdad que tuvo tiempo de salir antes de que yo me hubiese despertado del todo y de que saliese al balcón.

—Todo crimen depende de que alguien no caiga en la cuenta o no se despierte lo bastante pronto —replicó el Padre Brown—. Yo mismo me he despertado demasiado tarde, pues me imagino que habrá marchado minutos antes o minutos después de que le tomasen las huellas digitales.

—De todas maneras ha caído en la cuenta antes que nadie —dijo Boyle— y yo no habría despertado nunca en este sentido. Jameson era tan correcto y pasaba tan inadvertido, que me olvidé de él.

—¡Ah! Cuidado con el hombre que dejáis olvidado —contestó el Padre—. Es el que os tiene a su entera merced. Pero yo no había sospechado de él hasta que no me explicó usted que le había oído cerrar la puerta.

—Bien, mas todo se lo debemos a usted —dijo Boyle con efusión.

—No, se lo deben a la señora Robinson —dijo el Padre Brown, sonriendo.

—¿La señora Robinson? —preguntó el sorprendido secretario—. ¿El ama de llaves?

—Se ha de tener mucho cuidado con la mujer y no olvidarla —dijo el sacerdote —. Este hombre era un criminal dé primera clase; había sido un actor buenísimo, y, por lo tanto, un buen psicólogo. Un hombre como el conde no se apercibe de otras palabras que de las suyas propias; pero este hombre sabía escuchar, cuando todos se habían olvidado de que estaba allí, y supo recoger los elementos necesarios para su ardid y para lanzaros fuera del camino de la verdad. Sólo sufrió una equivocación grave y fue en la psicología de la señora Robinson, el ama de llaves.

—No comprendo qué papel ha jugado ella en todo esto —interpuso Boyle.

—Jameson no esperaba que las puertas estuvieran cerradas —dijo el Padre Brown —: Sabía que muchos hombres, especialmente hombres descuidados como usted y su patrón, pueden ir diciendo, durante días y más días, que hay que hacer tal o cual cosa sin hacerla nunca. Pero si se dice delante de una mujer que se debiera hacer algo, siempre se corre el peligro de que lo haga inmediatamente.

La desaparición de Vaudrey

Sir Arthur Vaudrey, vestido con un traje de verano gris claro y tocado con un sombrero blanco, que ofrecía un atrevido contraste con aquél, caminaba ligero a lo largo del pequeño grupo de casas que más bien se podía calificar de edificios supletorios de la suya propia. Se adentró en el callejón y desapareció cual si las hadas se lo hubiesen llevado.

La desaparición resultaba tanto más absoluta y brusca por cuanto no desbordaba de un círculo familiar. El ambiente en que ésta se había desarrollado y la sencillez de los términos del problema hacía resultar a éste poco complicado. Las cuatro casas del lugar no podían tomarse por un pueblecito; no eran sino una pequeña calle solitaria. Se hallaba emplazada en el centro de unos amplios campos y llanura una simple masa de aquellos cuatro o cinco establecimientos imprescindibles para los vecinos; unos cuantos campesinos y la familia de la casa grande. Había un carnicero en la esquina donde vieron a sir Arthur por última vez. Allí le vieron dos jóvenes que se hospedaban en su casa. Éstos eran Smith, que servíale de secretario, y John Dalmon, de quien se decía si era novio de la ahijada de aquél. Al lado de la carnicería quedaba una tienda con gran multitud de atribuciones, al igual que las de muchas otras tiendas en otros muchos pueblos. La regentaba una viejecita que vendía dulces, bastones, pelotas de *golf*, regaliz, pelotitas con una goma, y unas cuartillas y objetos de escritorio muy descoloridos. Seguía a dicho establecimiento el estanco, al que los dos jóvenes se dirigían cuando vieron por última vez al señor Vaudrey pasar junto a la carnicería; al otro lado de ésta, se hallaba una pequeña tienda de novedades, perteneciente a dos señoras. Una tienda pálida y reluciente, que brindaba al caminante grandes vasos de limonada, acababa de completar el conjunto de la edificación, pues la única posada decente que se podía hallar por aquellos andurriales se levantaba, solitaria, junto a la carretera principal.

Entre ésta y el grupo de casas existía un cruce de camino en el cual se hallaban estacionados un policía y un motorista, quienes coincidieron en declarar que sir Arthur no había pasado por allí.

Fue a primera hora de un día resplandeciente cuando al viejo señor se le vio andando alegremente por la carretera, acompañando su paso con oscilaciones de su bastón y de sus guantes amarillos. Resultaba bastante elegante, de una elegancia varonil y fuerte, especialmente si se tenía en cuenta su edad. Su fuerza corporal y su actividad eran muy notables y su cabello rizoso podía haber sido rubio muy pálido, hasta casi parecer blanco, en lugar de ser blanco teñido de rubio pálido. Su rostro, bien afeitado, era bello, con una nariz regular y la frente alta cual la del duque de Wellington. Lo más destacado de su semblante eran los ojos. Y no eran ojos que, metafóricamente, saliesen de sus órbitas; no es que fueran saltones en realidad o,

mejor dicho, gruesos; sus labios, por otra parte, parecían sensibles y un poco apretados como en un rictus de voluntad. Era el propietario de todos aquellos contornos y del caserío entero. En esta clase de sitios no sólo se conocen todos entre sí, sino, generalmente, todos saben el lugar donde todos se hallan en cada instante. Lo natural habría sido que sir Arthur se llegara al lugarejo, encargara lo que fuera al carpintero o a quien fuese, y se volviera de nuevo a su casa, sin emplear en ello más de media hora, como hicieron los jóvenes que fueron a comprar los cigarrillos. Sin embargo, estos últimos no vieron a nadie por la carretera durante su regreso; y no cabía ver a otra persona que al invitado de la casa grande, un tal doctor Abbott, sentado a la orilla del río, con sus anchas espaldas vueltas hacia ellos, pescando pacientemente. Cuando los tres invitados volvieron para almorzar, pensaron que no se debía conceder importancia a la prolongada ausencia del dueño de la casa, pero cuando, transcurrido el día, no compareció a cenar, empezaron a preocuparse y Sybil Rye, la señora de la casa, comenzó a alarmarse en serio. Se enviaron a varias personas al caserío sin resultado alguno. Y cuando la noche cerró, todos los habitantes de la casa se hallaban presos de indecible angustia. Sybil mandó a buscar al Padre Brown, que era amigo suyo, y el cual la había ayudado a salir de ciertas dificultades en el pasado. El Padre, al hacerse cargo del peligro que parecía existir, consintió en permanecer en la casa hasta que hubiera pasado. Por ello, cuando amaneció el nuevo día sin noticias, el Padre Brown estaba preparado para todo evento; su figurilla negra y rechoncha recorría el camino del jardín que orillaba el río, escudriñando el paisaje de arriba abajo, con su corta y empañada vista.

Se dio cuenta de que en el paisaje se movía otra figura, más nerviosa que la suya propia, y reconoció en ella a la del secretario, Evan Smith, a quien saludó llamándole por su nombre.

Evan Smith era un joven alto y rubio, de aspecto atormentado, como quizá convenía en aquellos momentos de agobio. Sin embargo, este aspecto era natural en él. Acaso resultara ello mayormente debido a su porte y tipo de atleta y al color amarillo leonado de los cabellos y bigotes que acompañan siempre en las novelas y, a veces, en la realidad, a la manera franca y alegre de la «juventud inglesa». Pero como en este caso acompañaban también a nuestro personaje unos ojos profundos y cavernosos y un semblante macilento, el contraste con la figura convencional de talla alta y cabello rubio de la novela, le prestaba un rasgo siniestro. El Padre Brown sonrió con amabilidad y, a continuación, dijo gravemente:

—Éste es un asunto difícil.

—Lo es para la señorita Rye —contestó el joven con misterio— y no sé por qué he de disimular que repercute en mí dolorosamente, no obstante estar ella comprometida con Dalmon. ¿Le sorprenderá, supongo?

El Padre Brown, por cierto, no parecía estar muy sorprendido, pero su rostro

acostumbraba a no sufrir cambios de expresión en muchas ocasiones. Se limitó a añadir con candidez:

—Naturalmente, todos compartimos su preocupación. Supongo que no tendrá usted noticias ni opiniones sobre este asunto.

—No tengo ninguna noticia exacta —replicó Smith—; ninguna noticia que venga de fuera, por lo menos. En cuanto a opiniones… —dijo recargando su silencio caviloso.

—Me gustaría conocer sus opiniones —dijo el pequeño sacerdote con jovialidad —. Espero que no le importará si le digo que me parece que le está usted dando vueltas a algo en la mente.

El joven pareció desentumecerse más que sorprenderse, y miró al sacerdote con fijeza, frunciendo el ceño; lo cual hizo que sus ojos se ensombrecieran más aún.

—Sí, se aproxima bastante —dijo por fin—. Supongo que debería comunicárselo a alguien, y usted parece persona de confianza.

—¿Sabe usted lo que le ha ocurrido a sir Arthur? —preguntó el Padre Brown con calma, como si se tratara de la cosa más trivial del mundo.

—Sí —dijo el secretario con dureza—. Creo saber lo que le ha sucedido a sir Arthur.

—Bonita mañana —profirió una voz blanda a sus oídos—. Bonita mañana para un encuentro melancólico.

Esta vez el secretario saltó cual si acabaran de descargar un pistoletazo, y la larga sombra del doctor Abbott se alargó por delante de ellos, recortándose a la violenta luz del sol. El doctor Abbott vestía aún sus ropas de anoche; una suntuosa bata oriental cubierta de dragones y flores de todos los tonos, cuyo conjunto semejaba un lecho de flores de las más brillantes que crecer pudieran bajo el ardiente sol. Llevaba también grandes zapatillas planas que explicaban, sin duda alguna, el porqué se había acercado hasta allí sin que ellos se apercibieran. De momento, habría parecido la persona menos indicada para tan ágil y etérea aproximación, pues era un hombre corpulento, ancho y pesado, de rostro amable muy curtido por el sol. Encuadraba su rostro un marco de patillas anticuadas y una barba que colgaba exuberante, al igual que los largos rizos grises de su venerable cabeza. Sus ojos, rasgados, se cerraban un poco soñolientos y, en verdad, era un hombre muy viejo para estar levantado tan temprano.

—Me parece que usted y Dalmon pueden testimoniar que me vieron tanto a la ida como a la vuelta.

—En efecto —afirmó Evan Smith con sequedad, pues parecía enojado por la interrupción.

—Lo único que se me ocurre… —comenzó el doctor con lentitud; y entonces ocurrió que la misma interrupción se vio a su vez interrumpida. Una figura, maciza y

ligera a un mismo tiempo, atravesó rápidamente el prado por entre los alegres lechos de flores. Era John Dalmon con un papel entre las manos. Iba bien vestido y era bastante moreno; su rostro tenía la forma cuadrada al estilo de Napoleón y tenía los ojos muy tristes, tan tristes que parecían muertos; era muy joven todavía, pero el cabello de las sienes se le había tornado prematuramente gris.

—Acabo de recibir este telegrama de la policía —dijo—. Les telegrafié anoche y dicen que mandan a un agente. ¿No se le ocurre que tengamos que mandar a buscar a nadie más, doctor Abbott? Parientes y todo eso, ¿comprende…?

—Claro, a su sobrino Vernon Vaudrey —dijo el viejo—. Si viene usted conmigo, le daré su dirección y le explicaré algo muy curioso acerca de él, aunque no sea propiamente cosa mía lo que voy a confesar.

Se detuvo unos instantes avanzando la frente y tirándose los bigotes; y entonces opinó con brusquedad:

—Me parece que sir Arthur se ha marchado y creo saber por qué.

Otro silencio y volvió a hablar:

—Estoy en una situación maldita y muchas personas creerían que cometo un acto reprobable. Voy a hacer el papel del que obra solapadamente y el de un truhán, aun cuando yo creo que cumplo con mi deber.

—Usted mismo ha de ser su juez —dijo el Padre Brown con gravedad—. ¿Qué le pasa a su deber?

—Estoy en la desairada situación de tener que hablar en contra de mi rival, y por mejor decir, mi rival venturoso —dijo el joven amargado—. Sin embargo, no sé qué otra cosa puedo hacer. Me preguntaba usted cuál era la razón de que Vaudrey hubiese desaparecido. Estoy completamente seguro de que Dalmon lo resuelve todo.

—¿Quiere usted decir —dijo el sacerdote con calma—, que Dalmon ha matado a sir Arthur?

—¡No! —exclamó Smith con violencia inesperada—. ¡No, mil veces! No ha hecho eso, a pesar de las otras muchas cosas que pueda haber hecho. No es un asesino. Tiene el mejor de los jueces, el testimonio de un hombre que le aborrece. No es fácil que desee comprometerme por amor a Dalmon; mas podría jurar en cualquier momento que no hizo nada al viejo. Dalmon y yo estuvimos juntos casi toda la jornada, o la mayor parte de ella, y no hizo otra cosa, durante el transcurso de la misma, que ir a comprar cigarrillos, fumarlos, y leer en la biblioteca. No. Me parece que es un criminal, pero no mató a Vaudrey.

—Sí —dijo el otro con paciencia—, y esto, ¿qué quiere decir?

—Quiere decir —replicó el secretario—, que es un criminal que comete otro crimen; y éste tiene por objeto el que Vaudrey viva.

—¡Oh! Ya comprendo —dijo el Padre Brown—. Conozco a Sybil Rye bastante bien; y sé que su carácter da pie, en gran parte, a la historia. Es un carácter muy noble

en ambos sentidos, esto es: en su calidad; y sólo demasiado fino en su contextura. Es una de esas personas terriblemente conscientes, con el fuerte y tenaz sentido común que adquieren, en general, esa clase de personas. Es sensible hasta un grado extremo, y al mismo tiempo muy altruista. Su historia es curiosa; se quedó literalmente sin un céntimo, como una hospiciana, y sir Arthur la trajo a su casa tratándola con unas consideraciones que sorprendían a muchos; pues, sin querer criticar al viejo, no era esto cosa muy de su cuerda. Pero cuando ella cumplió los diecisiete años, la solución del enigma se le reveló sorprendentemente. Su benefactor la pidió en matrimonio. Ahora entra la parte curiosa de la historia. De una u otra manera me parece mucho que por obra del doctor Abbott, Sybil tuvo conocimiento de que sir Vaudrey, en su temprana juventud, había cometido algún que otro crimen, o, por lo menos, infringido un grave daño a alguien. Ignoro lo demás. Pero constituía una suerte de pesadilla para la joven muchacha, que pesaba sobre sus años sentimentales, convirtiendo a Vaudrey en una especie de monstruo, o, por lo menos, demasiado parecido a un monstruo para ligarse con él por el estrecho lazo del matrimonio. Lo que hizo fue algo muy propio de ella. Con indecible terror y un valor heroico le explicó lo que sentía. Advirtió que sus aprensiones podían ser morbosas. Lo confesó como si se tratara de una manía secreta, y, para mayor asombro y alivio suyo, él se lo tomó sin enojarse y con delicadeza, absteniéndose de proferir el menor comentario. Y la impresión que ella tenía de su generosidad creció poco después. Llegó al círculo de su vida la existencia de otra persona tan solitaria como ella. Acampaba solitario como un eremita en una de las islas del río; supongo que el misterio le haría más atractivo, aunque admito que lo fuera bastante; todo un caballero muy sagaz, a pesar de su melancolía —lo que supongo debía influir favorablemente en el romanticismo—. Era este hombre Dalmon, naturalmente; y llegó hasta el punto de pedir permiso para verla. Puede imaginársela esperando el resultado de la entrevista en una agonía de terror y pensando cómo se tomaría el viejo galán la presencia de su rival. Pero aun en esto le pareció que había cometido una injusticia. Recibió al joven con una calurosa bienvenida y se interesó por los proyectos de ambos. Él y Dalmon iban a pescar y a cazar juntos y eran los mejores amigos del mundo, cuando un día la muchacha sufrió otra sorpresa. Dalmon dejó escapar, en la conversación, que «el viejo no había variado mucho en estos últimos treinta años», con lo que daba a entender que los dos se conocían ya con anterioridad. Eso de la presentación y acogida no era más que una simulación; los dos hombres se habían conocido antes. Era por ello que el joven había bajado con toda intención al lugar. Por ello se prestaba el viejo con tanto agrado a la unión. ¿Qué está pensando usted?

—Sé lo que piensa usted —dijo el Padre Brown sonriendo—. Y me parece muy lógico. Aquí tenemos a Vaudrey, por un lado, con un borrón en la historia de su pasado, y por otro a un extranjero que venía a verle y le impulsaba a hacer lo que le

venía en gana. En pocas palabras: usted cree que Dalmon es un sobornador.

—Así es, en efecto —dijo el otro—. Y una cosa muy antipática al pensamiento.

El Padre Brown reflexionó durante unos instantes y dijo:

—Me parece que me gustaría llegar a hablar al doctor Abbott.

Cuando salió de la casa una o dos horas después, quizá hubiera estado hablando con el doctor Abbott, pero salió en compañía de Sybil Rye, una muchacha pálida de cabello rojizo, con un perfil delicadísimo, casi trémulo; al verla, uno comprendía inmediatamente la descripción de su sensible candidez. Sugería la figura de Godiva y la historia de algunas vírgenes mártires; sólo los vergonzosos pueden llegar a ser tan descarados, por respeto a su conciencia. Smith corrió a su encuentro y quedaron por unos momentos hablando en el jardín. El día, que había sido claro desde la aurora, se volvía ahora brillante y aun resplandeciente, pero el Padre Brown llevaba un envoltorio negro que era su paraguas, al tiempo que usaba como paraguas su teja negra. Tal vez no fuera otra cosa que el efecto inconsciente de su modo de ser o que tal vez la tormenta no fuera material.

—Lo que me molesta y odio de todo esto —decía Sybil en voz baja—, son las habladurías que empiezan a removerse; todo el mundo sospecha de todo el mundo; supongo que John y Evan responden el uno del otro; pero el doctor Abbott ha armado una escena terrible con el carnicero, que cree que se sospecha de ti, y en consecuencia emite sospechas contra todo el mundo.

Evan Smith, que estaba muy embarazado, aseguró por fin:

—Mira, Sybil, no puedo decir muchas cosas, pero me parece que todo esto es innecesario. Todo esto es muy torpe, pero nosotros pensamos que no ha habido… bueno… ninguna violencia.

—¿Tienen ustedes alguna teoría? —preguntó la muchacha mirando al sacerdote.

—He oído una teoría —contestó éste— que me parece muy probable.

Se quedó pensativo, mirando en dirección al río; y Smith y Sybil trabaron una conversación rápida, en voz baja. El sacerdote se alejó cavilando por la orilla del río, en dirección a un pequeño bosque de árboles jóvenes que crecía avanzando casi por encima del río. El fuerte y violento sol, daba sobre un pequeño velo de hojitas danzantes cual delicados tallos verdes, y todos los pájaros cantaban como si cada árbol tuviera cien lenguas. Pocos minutos después Evan Smith oyó que le llamaban por su nombre en voz baja, aunque clara, desde el grupo de árboles. Se acercó rápidamente a él y halló al Padre Brown. El sacerdote le insinuó en voz baja:

—No permita usted que la joven se acerque. ¿No puede librarse de ella? Dígale que telefonee o algo así y vuelva usted.

Evan Smith se volvió con una expresión bastante desesperada y se aproximó a la muchacha; sin embargo ésta no era persona, a Dios gracias, de esas difíciles de convencer para que hagan un favor a otra persona. En muy breve tiempo desapareció

en dirección a la casa y Smith se volvió en dirección al lugar donde le esperaba el Padre Brown y vio que éste había vuelto a desaparecer entre los arbustos. No muy lejos del grupo de árboles se apreciaba un pequeño desnivel a la misma altura del río. El Padre Brown estaba al borde de dicha pequeña franja, mirando hacia abajo; pero llevaba el sombrero en la mano, ya fuera a propósito, o por simple azar, sin darle importancia al sol que caía sobre su cabeza.

—Más vale que lo vea con sus propios ojos, aunque le advierto que debe estar preparado.

—¿Preparado para qué? —preguntó el otro.

—Sencillamente, para la cosa más horrible que haya visto en mi vida.

Evan Smith se acercó al borde de la zanja y contuvo con dificultad un grito.

Sir Arthur le miraba con ojos vidriosos y con una mueca en el rostro. El rostro estaba vuelto hacia arriba, de tal manera, que parecía una plataforma para colocar el pie; la cabeza estaba echada hacia atrás, y la mata de pelo grisácea hacia adelante, de manera que se veía el rostro como vuelto al revés. Esto contribuía a dar la impresión de una pesadilla, cual si un hombre anduviera de cabeza manteniendo, no obstante, su posición natural. ¿Qué estaba haciendo? ¿Era posible que Vaudrey estuviera escondiéndose por los desmontes y bancos de arena y les mirara de este modo tan innatural? El resto de la figura aparecía encogida y extraña, daba casi la impresión de estar inmovilizado o deforme. La perspectiva de unos miembros hechos un ovillo. ¿Estaría loco? ¿Lo estaría? Cuanto más le miraba Smith, tanto más rígidos le parecían sus gestos.

—No se ve bien desde donde está usted —dijo el Padre Brown—, pero tiene el cuello cortado.

Smith comenzó a temblar.

—Me imagino, con toda facilidad, que esto sea la cosa más horrible que haya usted visto —dijo—. Me parece que lo más horrible es ver el rostro al revés. Lo he visto durante diez años seguidos, a la hora del desayuno y comida. Su aspecto era siempre el de una persona educada y agradable. Visto al revés, parece el rostro de un demonio.

—El rostro, no obstante, sonríe —dijo el Padre Brown con seriedad—. Y acaso no sea esto la parte menos insignificante del enigma. No hay muchas personas que sonrían mientras se les corta el cuello, aun cuando se lo hagan ellos mismos. La sonrisa, combinada con sus ojos prominentes, es bastante para explicar la expresión. Sin embargo, es verdad, las cosas tienen otra apariencia vistas al revés. Los artistas acostumbran a dar la vuelta a sus obras, para testimoniar su corrección. A veces, resulta difícil dar la vuelta al objeto, como en el caso del Matterhorn, por ejemplo, al que parece que, por lo menos, han mirado por entre sus piernas.

El sacerdote, que hablaba de esta manera para ayudar al otro a dominar sus

nervios, concluyó con un tono más serio:

—Comprendo cómo le debe haber impresionado. Desgraciadamente, también molesta otra cuestión.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que desbarata toda la teoría que habíamos elaborado —replicó el otro bajando hacia el río.

—Quizá fue él mismo quien lo hizo —propuso Smith con calor—. Al fin y al cabo, esta es la manera más fácil de escapar; y casa muy bien con nuestra teoría. Quería hallar un sitio tranquilo y se vino aquí y se cortó el cuello.

—No vino aquí nunca —dijo el Padre Brown—. Por lo menos no vino andando. No le mataron aquí; no hay sangre en cantidad suficiente para atestiguarlo. El sol ha secado sus ropas y cabello y hay dos arroyuelos de agua que parten del río. El agua de la marea sube hasta aquí y un pequeño remolino debió de echar el cuerpo donde está, y aquí se quedó al retirarse el agua. Esto supone que el cuerpo estuviera en el río. Con toda seguridad salió ya muerto por la parte trasera de una de las casas que dan a él. El pobre Vaudrey murió allá de alguna manera; pero el problema estriba en saber quién pudo o quiso matarle en este lugarejo.

Comenzó a trazar líneas con la punta de su paraguas sobre la franja de arena.

—Veamos —dijo—: ¿Cómo se desarrolla la sarta de tiendas? Primero el carnicero. Claro está, a éste le habrá sido bastante fácil matarle con un gran cuchillo de trinchar. Sin embargo, usted vio salir a Vaudrey, y no es probable que dialogaran en el zaguán de la siguiente manera: «Buenos días, permítame que le corte el cuello. —Gracias—. ¿Qué más?». No me parece que sir Arthur fuera como para quedarse ahí con una sonrisa en los labios mientras escuchaba todo eso. Era un hombre fuerte y vigoroso y de genio violento. Y ¿quién sino el carnicero podía hacerle frente? La siguiente tienda pertenece a una viejecita. Luego viene el estanco, en el que hay un hombre, pero por lo que tengo entendido es de pequeña estatura y tímido además; sigue en orden a la modista con dos solteronas, y después la casa de bebidas en la que hay un hombre que ahora está en el hospital, y es su mujer la única que habita la tienda. Existen, además, dos o tres muchachos, asistentes o mandaderos, y todos estaban fuera en cumplimiento de uno u otro deber. La casa de bebidas es la que pone término a la calle; no hay nada más, si no es la posada, y entre ésta y el lugar, estaba la policía.

Tomó el paraguas como una porra, para representar al policía, y permaneció mirando al río. Entonces hizo un leve movimiento con la mano, y avanzó con rapidez hacia el cadáver.

—¡Ah! —exclamó enderezándose y dejando escapar un gran suspiro—. ¡El estanquero! ¿Por qué diantres no se me ocurrió con anterioridad?

—¿Qué le sucede? —preguntó Smith exasperado. El Padre Brown permanecía

pensativo, mirando de acá para allá y había proferido la palabra «estanquero» como si fuera una sentencia.

—¿Notó usted algo muy peculiar en su rostro?

—¡Peculiar, santo Dios! —exclamó Evan al recordar la cara—. De todas maneras le cortaron el cuello…

—Digo el rostro —insistió el clérigo—. ¿No nota usted que se hizo daño en la mano y que la llevaba vendada?

—¡Oh, eso no tiene nada de particular! —dijo Evan—. Esto sucedió antes y no fue más que un accidente. Se cortó la mano con una botella de tinta, mientras trabajábamos juntos.

—No obstante, tiene su importancia —contestó el Padre Brown. El silencio que siguió a estas palabras fue largo y el sacerdote anduvo pensativo por la arena, arrastrando tras de sí el paraguas y murmurando de vez en vez la palabra «estanquero», hasta que casi consiguió helar en las venas la sangre de su amigo. Levantó entonces el paraguas y señaló hacia la casa de los bosques escondida entre las hierbas.

—¿Y el bote familiar? —preguntó—. Desearía que me subiera por el río. Quiero mirar a esas casas desde la puerta de detrás. No hay tiempo que perder. Acaso encuentren el cuerpo, pero debemos exponernos a ello.

Smith casi había llevado ya el bote hacia el caserío, cuando el Padre Brown volvió a hablar.

—Al mismo tiempo —dijo— he sabido por el viejo Abbott cuál fue la verdadera malandanza de Vaudrey. Es una historia harto curiosa acerca de un oficial egipcio, que le insultó, diciendo que todo buen musulmán se apartaría de los cerdos y de los ingleses, pero que preferiría a los cerdos… Más o menos fue una frase en este doble sentido. Sea como fuere, la cosa no pasó de ahí: meras palabras. Pero años más tarde, cuando el oficial volvió a visitar Inglaterra, surgió de nuevo la cuestión, y Vaudrey, llevado de su cólera, arrastró al hombre hasta el corral, le echó en la pocilga, junto a la casa de campo próxima al edificio mayor, rompiéndose el otro la pierna y luego dejándole allí hasta la mañana siguiente.

»Como es natural, se armó un gran lío, pero hubo muchos jueces que defendieron a Vaudrey, justificándole por su patriotismo. De todas maneras, no parece que esto fuera razón suficiente para que el hombre se prestase con tranquilidad al chantaje durante años.»

—Entonces, ¿cree usted que no tiene relación ninguna con el presente caso? —preguntó el secretario pensativo.

—Me parece que tiene que ver mucho con la tragedia que estamos presenciando —dijo el Padre Brown.

La embarcación cruzaba junto a una pared baja. El empinado jardín de las casitas

descendían hasta el río. El Padre Brown las contó con cuidado con su paraguas y, al llegar a la tercera, dijo:

—Estanquero. ¿No sería el estanquero…? No lo diré. Actuaré de adivino. Me limitaré a decir ahora lo que me pareció raro en el rostro de sir Arthur.

—¿Y qué fue ello? —preguntó el compañero parándose y dejando reposar las manos por unos instantes.

—Era muy presumido, y su rostro estaba sólo a medio afeitar… ¿Podría atar el bote aquí? Sí, allí, en aquel poste.

Un minuto o dos después habían traspasado la pared y subían por el empinado caminillo empedrado del jardín, con sus lechos rectangulares de floral y vegetales.

—Vea usted, el estanquero tiene patatal en su huerto —dijo el Padre Brown—; resabios de sir Walter Raleigh, no hay duda. Muchas patatas y muchos sacos de patatas. Esta gente del campo no ha perdido todavía sus antiguas costumbres. Hacen más de dos oficios a la vez, pero los estanqueros del campo desempeñan un oficio nuevo, algo que no recordé hasta que vi el mentón de Vaudrey. De diez veces nueve, se llama al establecimiento el estanco, cuando es también la barbería. Se había cortado la mano y no podía afeitarse, así es que entró aquí. ¿No le sugiere algo todo esto?

—Me sugiere mucho —contestó Smith—, pero me parece que le sugerirá muchas más cosas a usted.

—¿No se le ocurre a usted imaginar en qué únicas condiciones puede un hombre sonreír amablemente cuando le cortan el cuello?

Momentos después se hallaban en el oscuro pasillo, detrás de la casa, y salieron a la trastienda, vagamente iluminada por la luz que filtraba una vidriera polvorienta e iba a reflejarse en un espejo roto. Se parecía a la media luz verdosa de un estanque; pero había la suficiente para apreciar las herramientas de trabajo propias de un barbero.

El ojo del Padre Brown reparó en la habitación, que parecía acabada de arreglar, hasta que tropezó en un rincón polvoriento de detrás de la puerta con algo que atrajo su interés. Era un sombrero que colgaba de una percha, un sombrero blanco muy conocido en el lugar y, a pesar de lo muy destacado que resultaba por la calle, aparecía aquí, como típico ejemplo de lo que se le olvidará siempre a cierto tipo de hombres que no se olvidan, sin embargo, de lavar cuidadosamente los suelos y hacer desaparecer toda ropa ensangrentada.

—Me parece que ayer afeitaron aquí al señor Vaudrey —dijo el Padre Brown.

Al barbero, la aparición de aquellas dos personas en la parte posterior de su trastienda le hizo el efecto de dos espectros salidos de su tumbas que le visitaran. Mas en seguida vio que tenía mayor motivo de asustarse de ellos que de cualquier aparición fantástica. Se arrebujó en un rincón y casi podía haberse dicho que

temblaba. Todo en él pareció desaparecer, menos sus grandes lentes.

—Dígame usted una cosa —continuó el sacerdote—. ¿Tenía usted algún motivo para odiar a sir Arthur?

El hombre del rincón musitó algunas palabras, que Smith no pudo comprender, aunque vio que el sacerdote movía la cabeza y decía:

—Comprendo que lo sintiera. Usted le odiaba; y es por ello que sé que no le ha matado. ¿Quiere usted explicarnos lo sucedido, o lo explico yo?

Hubo una pausa en la que se percibió el tictac del reloj de la cocina, y, a continuación, el Padre Brown prosiguió:

—Lo ocurrido fue lo siguiente: Cuando el señor Dalmon entró en la tienda de delante, le pidió unos cigarrillos que estaban en el escaparate. Usted salió un instante para cerciorarse bien de lo que quería, según hacen muchos tenderos; y en aquel momento él se apercibió del mango de la navaja que acababa usted de dejar y de la cabeza rubia de sir Arthur en el sillón, distinguibles probablemente por los rayos que daban en ambas cosas, procedentes de esta ventana. No le costó más que unos minutos el coger la navaja, cortarle el cuello y volver junto al mostrador. La víctima no se alarmaría al no ver ni la mano ni la navaja. Murió sonriendo a sus pensamientos. ¡Y qué pensamientos! Me imagino que aunque Dalmon se inmutara, lo había hecho tan rápida y quedamente que el señor Smith, presente durante toda la operación, hubiera jurado que no se separaron un solo instante; pero hubo alguien que se alarmó con sobrada razón y esa persona fue usted. Usted se había peleado con su enemigo a causa del precio de arriendo y otras cosillas, y al entrar en la tienda se encontró con su enemigo asesinado, en su propia silla, con su propia navaja. Fue muy comprensible el que prefiriera limpiarlo todo y poner el cadáver en un saco de patatas mal atado y abandonarlo como si nada hubiese sucedido. Tuvo usted suerte de que haya horas fijas para la barbería, de este modo pudo disponer de mucho tiempo. Parece que usted se acordó de todo menos del sombrero… No se asuste, lo olvidaremos todo, incluso el sombrero.

Se adelantó hacia la tienda de delante, seguido del maravillado Smith, dejando atónito y perplejo al barbero.

—¿No ve usted? —dijo el padre Brown a su compañero—. Es uno de esos casos en que un motivo es demasiado débil para condenar a un hombre, y lo bastante poderoso para absolverlo. Una persona nerviosa como ésa sería la última en pensar en el asesinato de un hombre fuerte por unos céntimos. Pero sería el primero en pensar que le acusarían de haberlo entre el móvil del que lo hizo y el de éste —observó permaneciendo sumido en una reflexión con los ojos en el vacío.

—Es sencillamente horrible —gruñó Evan Smith—. Yo atribuía a Dalmon, hace un par de horas, el que fuera un sobornador, y, a pesar de todo me descompone el saber que haya hecho esto.

El sacerdote continuaba ensimismado, como quien mira al abismo. Por fin se movieron sus labios y musitó algo más. No se distinguía si se trataba de una oración o de una exclamación: ¡Dios de misericordia! ¡Qué venganza más horrible!

Su amigo le preguntó algunos detalles, pero él hizo bien poco caso y continuó hablando en voz alta, siempre como si lo hiciera para sí.

—¡Qué venganza más horrible! ¡Qué venganza para este gusano miserable! ¡Santo Dios! ¿Es que no llegaremos jamás al fondo de un corazón donde residen imaginaciones tan execrables? Dios nos libre a todos del orgullo; pero no puedo concebir todavía en mi mente la imagen de un odio más profundo.

—Ni yo —dijo Smith—. Yo no puedo ni imaginarme cómo llegó a matar a Vaudrey. Si Dalmon era un estafador, me parecía más natural que fuera Vaudrey quien le matara. De acuerdo con lo que dijo usted. Eso del cuchillo ha sido horrible, pero…

El Padre Brown saltó sorprendido y parpadeó como un hombre que acaba de desertar.

—¡Oh, eso! —dijo con prisa—. No pensaba en eso ahora. No quería decir que el asesino, cuando estaba en la tienda… Al decir qué horrible historia de venganza, estaba pensando en otra cosa mucho más horrible que esa… que ya lo fue bastante a su manera… Sin embargo, esto resulta mucho más comprensible; cualquiera podía haberlo hecho. En verdad, casi fue un acto de propia defensa.

—¿Cómo? —exclamó el secretario incrédulo—. ¡Un hombre se acerca a otro por la espalda y le corta el cuello mientras el otro sonríe feliz mirando al techo, sentado en la silla de una barbería, y dice usted que es un acto de legítima defensa!

—No digo que sea un acto justificado de legítima defensa —contestó el otro—; me limito a decir que habría muchos hombres que habrían llegado a ello impulsados a defenderse contra una inminente calamidad, que era también un crimen. Comencemos por la pregunta que me hizo usted: ¿Por qué había de ser el estafador el asesino? Bien, pues estos términos son causa de muchas confusiones convencionales y de muchos errores.

Se detuvo como si recopilara sus ideas, después del espasmo de horror sufrido, y continuó en su tono acostumbrado:

—Observa usted a veces que dos personas, la una mayor de edad que la otra, se ponen de acuerdo acerca de un proyecto matrimonial. El origen de su amistad es antiguo y desconocido. El uno es rico y el otro pobre; y usted supone, como es natural, un chantaje. Está en lo cierto, por lo menos en cuanto a ello se refiere. El punto donde se equivoca usted es el de suponer que el pobre es el que soborna al rico. Lo que sucedía en este caso era que el rico sobornaba al pobre.

—Pero esto parece inverosímil —observó el secretario.

—Es mucho más que inverosímil. ¡Pero no es absolutamente infrecuente! —

contestó el otro—. La mitad de la política moderna estriba en unos ricos que hacen víctima de un chantaje a los pobres. Su opinión de que esto es inverosímil, descansa sobre dos hechos increíbles. Uno de ellos es que los ricos no quieren ser más ricos, que a un hombre sólo se le puede sobornar con dinero. Esto último es lo que aquí nos interesa. Sir Arthur Vaudrey no se movía por avaricia, sino por venganza. Y planeó la peor venganza de que pueda haber oído usted hablar.

—¿Pero, por qué iba a ser? ¿Cuál era el objeto de su venganza? —preguntó Smith.

—No iba dirigida contra John Dalmon la venganza —replicó el sacerdote.

Se hizo un silencio tras el cual volvió a tomar la palabra como si hubiese cambiado de tema:

—¿Recuerda usted que cuando vio la cabeza vuelta hacia arriba dijo usted que parecía la cabeza de un demonio? ¿No se le ocurrió pensar a usted que el asesino también vio la cabeza vuelta del revés al acercarse a la silla?

—Pero todo esto son fantasías morbosas —replicó su compañero—. Yo estaba acostumbrado a ver el rostro de la otra manera.

—Quizá no le había visto nunca de la manera que convenía —dijo el Padre Brown—. Ya le dije yo que los artistas volvían las pinturas al revés cuando querían saber si estaban bien. Tal vez debido a la costumbre que tenía de verlo se acostumbró al rostro de un demonio.

—¿Qué diantre quiere demostrar? —preguntó Smith con impaciencia.

—Hablo en forma de parábola —replicó el otro con voz sombría—. Naturalmente, sir Arthur no era un demonio; era un hombre con un carácter fuerte y un temperamento que hubiera podido degenerar en bueno. Pero esos ojos saltones y suspicaces, esa boca, apretada y trémula, podían haberle explicado algo si no hubiese estado acostumbrado a ellos. Usted ya sabe que hay cuerpos en los que las heridas no se quieren cerrar. Sir Arthur tenía una mente de esta clase. Era como si le faltase una piel. Tenía la vanidad muy exacerbada. Esos ojos están cansados de no descansar, siempre alerta, esperando un ataque de egoísmo. La sensibilidad no necesita ser egoísta. Rye, sin embargo, tiene una misma clase de piel y consigue ser una especie de santa. Vaudrey lo había convertido todo en una especie de orgullo venenoso, un orgullo que no estaba ni satisfecho ni seguro. Cada rasguño sobre su piel se infectaba. Y ésa fue la explicación del porqué echó a aquel hombre en la pocilga. De haberlo echado allí después de que aquél le llamara cerdo, habría cabido perdonarlo como un arrebato de pasión, pero entonces no había pocilga; y ahí está la cuestión. Vaudrey recordó el infeliz insulto durante años y años, hasta que logró situar al oriental en las inmediaciones de una pocilga; y entonces realizó su venganza, la única apropiada y artística… ¡Oh, Dios mío! ¡Cómo le gustaban que fueran apropiadas y artísticas!

Smith le miró lleno de curiosidad y dijo:

—Usted no piensa en la historia de la pocilga en este momento.

—No —admitió el Padre Brown—. La otra historia… —dijo dominando el estremecimiento de su voz.

»Recordando esa historia fantástica y el plan de su venganza, póngase a pensar en lo presente. ¿Recuerda usted a alguien más que haya insultado a Vaudrey, o que le haya infligido lo que él creía un insulto mortal? Sí, una mujer le insultó.

El horror comenzó a pintarse en los ojos de Evan mientras escuchaba con oídos atentos.

—Una muchacha, casi una niña, rehusó casarse con él porque le consideraba como criminal; había estado en la prisión a causa del pequeño desmán con el egipcio. Y este loco se dijo para sus repugnantes adentros: «Se casará con un asesino».

Tomaron la carretera que conducía a la casa grande y siguieron en silencio por el lado del río.

—Vaudrey estaba bien situado para delatar a Dalmon, que había cometido un asesinato tiempo atrás. Probablemente conocía a más de un truhán entre los compañeros de su loca juventud. Acaso se tratara de algún crimen que tuviera algunos rasgos atenuantes, pues a veces los criminales más locos no son los peores. Y Dalmon me parece que es un hombre que sabe lo que es el arrepentimiento, incluso después de haber matado a Vaudrey, y entre los dos cogieron a la muchacha con mucho tino dejando que el enamorado probara la suerte primero, mientras el otro no hacía más que soportarlo con mucho acierto. Mas Dalmon ignoraba lo que pasaba. Todo el mundo ignoraba lo que se tramaba en la cabeza de Vaudrey, menos el diablo. Unos días después, Dalmon hizo cierto descubrimiento horrible. Había obedecido, no sin cierto placer; había sido un instrumento; y, de pronto, supo cómo debía deshacerse de él. Encontró unas notas en el despacho de Vaudrey, que a pesar de lo muy confundidas, revelaban el plan de Vaudrey, y en las que se daban ciertos datos a la policía. Comprendió todo el plan y se quedó tan asombrado como yo, cuando lo comprendí. En el instante en que novio y novia estuviesen casados, el novio quedaría arrestado y se le colgaría. La pedante señora que se opuso a un hombre porque había estado en la cárcel, tendría que aceptar al marido que pendía de la soga. Esto es lo que sir Arthur Vaudrey consideraba un desenlace para la anécdota.

Evan Smith, terriblemente pálido, permaneció silencioso; entonces vieron venir a lo lejos la figura, tocada con gran sombrero, de Abbott; incluso el contorno de su persona delataba su agitación, aunque no les afectó mucho, pues todavía lo estaban por su reciente epopeya.

—Como dice usted, el odio es algo aborrecible —dijo Evan por último— y no sabe usted una cosa que sentía por el pobre Dalmon ahora me ha abandonado… Ahora veo de qué manera ha sido asesinado por dos veces.

El trecho que les separaba del doctor lo recorrieron en silencio. Éste venía a su

encuentro con las manos echadas hacia adelante, con un gesto desesperado y flotando al viento su barba gris.

—Hay noticias horribles —dijo—, se ha hallado el cuerpo de Arthur. Parece que ha muerto en su jardín.

—¡Válgame Dios! —dijo el Padre Brown de una manera un poco mecánica—. ¡Qué horrible!

—Y lo que es más —exclamó el doctor sin aliento—, John Dalmon partió en busca de Vernon Vaudrey, el sobrino; pero a Vernon Vaudrey no se le ha visto y Dalmon parece haber desaparecido.

—¡Válgame Dios! —exclamó el Padre Brown—. ¡Qué raro!

La penitencia de Marne

Un relámpago blanqueó el ámbito del bosque, haciendo resaltar los detalles de las hojas hasta en su menor curva, cual si estuviesen dibujados a buril o grabados en plata. La misma propiedad extraordinaria del relámpago que sabe destacar millones de cosas diminutas en un instante, dio a conocer a todos los lujosos cacharros de una maleta de campo, esparcidos bajo un frondoso árbol, e, incluso, la pálida curva de la carretera en la que aguardaba un coche de color blanco. A lo lejos se divisaba un melancólico caserón con cuatro torres, a la manera de un castillo, el cual, bajo la luz mortecina del atardecer, no parecía otra cosa sino un confuso laberinto de paredes muy semejantes a una nube, pero ahora, por efecto de la luz, parecía adelantarse a primer término con todo su amasijo de tejados almenados y de oscuras y pasmadas ventanas, adquiriendo la luz, por lo menos en esto, algo de reveladora; el castillo era, en verdad, para una cosa desvanecida y casi relegada al olvido, mas iba a demostrar su fuerza surgiendo en el primer plano de sus vidas.

La luz del relámpago vistió del mismo plateado resplandor, durante unos segundos, a una figura humana que estaba en pie con inmovilidad idéntica a la de una torre. Era la silueta de un hombre que se erguía sobre un pequeño promontorio, quedando por encima de los otros concurrentes a la escena, los cuales, en su mayor parte, permanecían sentados sobre la hierba o se agachaban para recoger los cestos de la merienda. Llevaba el tal una pintoresca valona sujeta por un broche de plata con cadena, el cual brilló como una estrella cuando la luz del relámpago dio en él, y la impresión de rigidez metálica quedó destacada por el hecho de que su cabello corto y rizado era de ese amarillo brillante al que con razón puede llamarse oro, y tenía el aspecto más joven que el rostro, que era bello, dentro de su dureza aquilina, aunque bajo la luz intensísima se mostraba un poco arrugado y marchito. Cabía la posibilidad de que hubiese sufrido a causa de los afeites, pues Hugo Romaine fue el mayor actor de su tiempo. Durante unos instantes el resplandor de sus rizos dorados, de su rostro de mármol y del broche de plata le hizo brillar como a un caballero armado, mas al minuto siguiente su silueta se destacaba negra y uniforme contra el gris plomizo del lluvioso cielo de la tarde. Pero algo había en su inmovilidad estatuaria que le distinguía del grupo a sus pies. Todos ellos habían hecho un movimiento involuntario ante el imprevisto relámpago; a pesar de que el cielo estaba lluvioso fue esa la primera señal de tempestad. La única señora en la concurrencia cuya gracia en componerse el cabello gris, como si estuviese orgullosa de él, delataba su calidad de matrona de los Estados Unidos, cerró los ojos sin afectación y lanzó un grito agudo. Su marido, inglés, el general Outram, un estólido angloindio, calvo y con bigotes negros de anticuado corte, levantó la cabeza con un gesto rígido y reanudó su tarea. Un joven apellidado Mallow, muy alto y vergonzoso, con ojos color castaño

parecidos a los de un perro, dejó caer una taza y se excusó embarazosamente. Un tercero, un hombre mucho más acicalado, de cabeza resoluta como la de un terrier inquisitivo, cuyo cabello estaba cepillado hacia atrás, y que no era otro sino el gran propietario de periódicos, sir John Cockspur, renegaba con desparpajo, pero no con una locución inglesa ni con buen acento, sino con el propio de la ciudad de donde provenía, Toronto. El hombre alto de la capa corta se erguía en la penumbra como una estatua, literalmente hablando; su rostro de águila, en el momento del chispazo, parecía el del busto de un emperador romano, y sus cincelados párpados quedaron inmóviles.

Al poco tiempo resonó por la negra bóveda un trueno y la estatua pareció cobrar vida. Volvió la cabeza sobre su hombro y dijo rápidamente:

—Ha pasado como un minuto y medio entre el chispazo y el trueno, pero creo que la tempestad se acerca. El árbol, según se dice, no es un buen refugio contra los relámpagos, pero pronto nos vendrá bien para la lluvia. Yo creo que será un diluvio.

El hombre más joven miró a la dama con ansiedad y dijo:

—¿No podríamos hallar refugio en alguna parte? Me parece ver una casa allí.

—Hay una casa, sí —repuso el general con sequedad—, pero no se la podría llamar un refugio hospitalario.

—Es curioso —dijo su mujer con tristeza— que nos haya cogido una tempestad sin otra casa que ésa.

Algo en el tono con que pronunció esas palabras hizo callar al joven, que era comprensivo a la vez que sensible; pero nada intimidó al hombre de Toronto.

—¿Pues qué le pasa? —preguntó—. Tiene el aspecto de unas ruinas.

—Eso —replicó el general con acritud— pertenece al marqués de Marne.

—¡Arrea! —dijo sir John Cockspur—. Ya he oído hablar de ese pajarraco; un verdadero pajarraco parece ser. Le hice salir como enigma de primera magnitud en la primera página del *Comet*, el pasado año: «El noble desconocido».

—Sí, yo también he oído hablar de él —dijo el joven Mallow en voz baja—. Creo haber oído que corren innumerables fantasías sobre la razón de su ostracismo. He oído que lleva máscara porque es leproso. Pero otra persona me contó con mucha seriedad, que pesa una maldición sobre la familia; un muchacho con una deformidad espantable que guardan en una habitación oscura.

—El marqués de Marne tiene tres cabezas —intervino Romaine con gravedad—. Una vez cada trescientos años un noble de tres cabezas adorna el árbol genealógico. No hay ser humano que se atreva a aproximarse a la casa maldita a no ser una silenciosa procesión de sombrereros para procurarse número anormal de sombreros. Pero… —y aquí su voz tomó uno de esos gritos tan graves y efectistas capaces de conmover un teatro— amigos míos, esos *sombreros no tienen la forma humana*.

La dama americana le miró con el ceño fruncido y con aire de duda, como si el

truco declaratorio la hubiese conmovido a pesar suyo.

—No me gustan sus jugarretas de vampiro —dijo— y hubiera preferido que no hiciese ésta.

—Escucho y obedezco —contestó el actor—. ¿Soy, por ventura, como el Light Brigade y me está vedado investigar el porqué?

—La razón está en que no es el «noble que todo el mundo desconoce». Yo misma le conozco, o por lo menos le conocía muy bien cuando era agregado del gobierno de Washington, unos treinta años atrás, en aquellos días en que todos éramos jóvenes. Y no llevaba máscara, por lo menos no la usaba delante de mí. No era leproso aunque puede que esté más solitario que si lo fuera. Y sólo poseía una cabeza y un corazón y éste lo tenía partido.

—Un amor desgraciado, claro, —opinó Cockspur—. Me gustaría eso para el *Comet*.

—Supongo que esto es un cumplido para nosotras —repuso ella pensativa—. Siempre creen que: el corazón de un hombre sufre a causa de una mujer. Pero hay otras clases de amor y congoja. ¿No ha leído usted *In memoriam*? ¿No ha oído hablar de David y Jonatán? Lo que deshizo al pobre Marne fue la muerte de su hermano, o por lo menos, de su primo hermano, a quien había educado como a un hermano, y estaban mucho más unidos de lo que muchos están. James Mair, como Llamaban al marqués cuando yo le conocí, era el mayor de los dos, pero hacía siempre el papel de adorador, mientras Maurice Mair adoptaba el de dios. Y por lo que él decía, Maurice Mair debía de ser una maravilla. James no era tonto y desempeñaba un cargo político con mucha inteligencia; pero parece que Maurice sabía hacerlo igual y además podía hacer muchas otras cosas; era un buen artista, actor, músico aficionado y… todo lo demás. James, a su vez, era alto, fuerte, con una nariz un poco alta; aunque me parece creer que parecería un poco extravagante a los jóvenes de hoy día con sus barbas y bigotes partidos al estilo victoriano de aquellos tiempos. Maurice, en cambio, iba afeitado, y por los retratos que vi, me parecía que su aspecto tiraba más a tenor de lo que debiera el de un caballero. James me preguntaba una y otra vez si no consideraba a su amigo una maravilla y si no creía que toda mujer debía enamorarse dé él, y esto una y otra vez. Me hubiera resultado pesado de no haberse convertido tan súbitamente en tragedia. Su vida entera parecía alentada por esa idolatría hasta el instante que el ídolo se desplomó y quedó hecho añicos como una muñeco de porcelana. Cogió un resfriado y todo acabó.

—¿Y después se encerró así? —preguntó el joven.

—Al principio se fue a viajar —replicó ella— al Asia y a las islas de los caníbales, y Dios sabe dónde. Estos golpes mortales obran de distinto modo en las distintas personas. Él reaccionó rompiendo o separándose de todo, incluso de las tradiciones e incluso del recuerdo. No podía sufrir que le hablasen de su antigua

amistad: ni un retrato, ni una anécdota, ni una asociación. No pudo soportar todo el ajetreo de un gran funeral. Quería marcharse. Y estuvo fuera durante diez años. Oí decir que se había repuesto un poco al final del destierro, pero al regresar aquí recayó de nuevo, resolviéndose su estado en una enajenación religiosa que, prácticamente, es locura.

—Los sacerdotes se adueñaron de él —refunfuñó el general—. Sé que ha dado millones para fundar un monasterio y que vive la vida de un monje, de un ermitaño. No llego a comprender qué bien creen que le traerá eso.

—Maldita superstición —dijo Cockspur desdeñoso—. Deberían denunciarse estas cosas. Aquí tienen ustedes un hombre que podía haber sido útil al Imperio y al mundo, y esos vampiros lo agarran y lo dejan inútil. Estoy convencido de que con sus ideas, tan poco naturales, le habrán impedido incluso el que se case.

—Efectivamente no se ha casado —contestó la dama— y, por cierto, estaba comprometido cuando le conocí, pero no creo que fuera para él un caso esencial y me inclino a pensar que se desvaneció junto con su interés por las demás cosas. Como le sucedió a Hamlet con Ofelia, perdió el amor porque perdió el apego a la vida. Yo la conocí; en realidad la conozco. Entre nosotros, era Viola Grayson, hija del viejo almirante. Tampoco se ha casado ella.

—¡Es infame! ¡Es infernal! —exclamó sir John exaltado—. Esto no es ya una tragedia, sino un crimen. Yo tengo un deber que cumplir frente al público y estoy decidido a que todas estas fatídicas quimeras terminen… ¡en el siglo veinte!…

Su protesta casi le ahogó, y, tras un pequeño silencio, el viejo soldado dijo:

—Bueno, yo no creo entender mucho en estas cuestiones, pero me parece que no estaría mal que los religiosos estudiasen un proverbio que dice: «Dejad que los muertos entierren a sus muertos».

—Desgraciadamente, esto ya es algo de lo que sucede —dijo su esposa con un suspiro—, es como la escalofriante imagen de un muerto enterrando a otro muerto, una y otra vez, a través de los siglos.

—La tempestad ha pasado de largo —dijo Romaine con sonrisa indescifrable—. Ya no tendrán que visitar la casa inhospitalaria.

La dama se echó a temblar.

—¡Ah, no lo volveré a hacer! —exclamó. Mallow la miró atónito.

—¡Volveré! ¿Lo ha intentado antes? —dijo.

—Lo hice una vez —dijo con ligereza no desprovista de cierto orgullo—, pero no hay necesidad de que le demos vueltas. Ya no llueve, mas, de todos modos, será mejor que nos traslademos al coche.

Pusiéronse a andar en procesión y Mallow y el general cerraron la marcha: éste bajó la voz y dijo bruscamente:

—No quiere que ese majadero de Cockspur nos oiga, pero como usted ha

demostrado deseos de saberlo, más vale que lo diga. Es algo que no puedo perdonar a Marne; pero doy en imaginarme que todos estos clérigos le han adiestrado así. Mi mujer, que era la mejor amiga que tenía en América, se llegó a visitarle estando en el jardín. Miraba al suelo como un monje y su cabeza estaba cubierta por una capucha negra tan ridícula como otra máscara cualquiera. Ella hizo pasar su tarjeta y se quedó en el caminillo por donde debía él pasar. Pasó entonces por su lado sin dedicarle una sola palabra o mirada, como si no hubiese sido más que una piedra. No era un ser humano; era un horrible autómata. Con razón le llama ella un muerto.

—Todo esto es muy raro —dijo el joven con vaguedad—. No se parece en nada a lo que hubiera podido imaginar.

El joven Mallow, después de dejar la lúgubre comitiva, púsose a buscar, pensativo, a un amigo suyo. No conocía a ningún monje, pero sí a un clérigo al que estaba ansioso de explicar las curiosas revelaciones que había oído aquella tarde. Y sentía necesidad de conocer cuál era el verdadero misterio que pesaba sobre la casa de los Marne, semejante a la negra nube que había visto extenderse aquella tarde encima de todo ello.

Después de andar de acá para allá según las indicaciones que le daban, halló al Padre Brown en casa de otro amigo suyo, un católico romano con una gran familia. Entró un poco inesperadamente y halló al Padre Brown sentado en el suelo con expresión seria, mientras intentaba fijar con un alfiler el exuberante sombrero de una muñeca en la cabeza de un osezno de trapo.

Esto sorprendió a Mallow por su incongruencia, pero se hallaba demasiado absorbido por su problema para que nada le distrajese de él, si podía remediarlo. Trataba de llevar a la conciencia todo un proceso de impresiones que se habían desarrollado en su subconsciente. Explicó lo que sabía de la tragedia de los Marne, tal como la oyó de labios de la esposa del general, junto con algunos de los comentarios del mismo y del propietario del periódico. Al hacer intervenir a este personaje en el cuadro expuesto, pareció redoblar la atención general.

El Padre Brown no se preocupó, ni le tenía el menor cuidado, que sus actividades fueran cómicas o vulgares. Continuó sentado en el suelo, donde parecía un niño pequeño jugando con sus muñecos a causa de su cabeza grande y piernas cortas, mas sus ojos grises tomaron una expresión peculiar, semejante a la que ha invadido los ojos de muchos hombres en el transcurso de la historia de estos veinte siglos últimos: sólo que aquellos hombres no se sentaban en el suelo, sino a la mesa de los concilios, en los escaños del capítulo o en la silla de obispos y cardenales: mirada atenta, vivaz, impregnada de humildad a causa del deber que sobre ellos pesa, demasiado duro para los hombres. Algo de la misma suerte impregna la larga vista de los marineros y de aquellos que han conducido por muchas tempestades la barca de San Pedro.

—Ha sido usted muy amable al contarme eso —contestó el Padre Brown—. Se lo

agradezco de veras.

»Quizá sea necesaria nuestra intervención. Si se tratara tan sólo de personas como usted y el general podría solucionarse en privado, pero si sir John Cockspur tiene intención de dar algún toque de alerta desde su diario… bueno, ya sabemos que es un irlandés protestante de Toronto y casi que no puede esperarse otra cosa de él.

—¿Pero cómo se las compondrá? —preguntó Mallow.

—Lo primero que haré será decir que de la manera que usted lo explica no resulta una cosa natural. Suponga por un momento que seamos esos vampiros fatídicos y que echamos por el suelo toda felicidad humana. Supongo que yo soy un vampiro de esos.

Cogió el osezno y se rascó la nariz con él, cayendo entonces en la incongruencia de su actitud y dejándolo donde estaba.

—Supóngase usted que destruimos todo lazo familiar. ¿Por qué íbamos, pues, a ligar a un hombre a sus antiguas costumbres cuando intentaba olvidarlas? En verdad me parece que resulta un poco injusto el que se nos culpe de destruir ese lazo y de fomentar tal exageración. Ni veo la razón para que un maniático religioso dé en esa monomanía, ni de qué manera podría la religión favorecerla sin que apareciera cubierta de la placentera capa de la esperanza.

Después de una pausa añadió:

—Me gustaría hablar con ese general.

—Su mujer fue quien nos lo contó —dijo Mallow.

—Sí —corroboró el otro—, pero me intereso más en lo que no le explicó él que en lo que ella explicó.

—¿Cree usted que él sabe más que ella?

—Yo creo que él sabe más de lo que ella dice —replicó el Padre Brown—. Yo le he oído decir a usted que él dijo que se lo perdonaba todo menos la descortesía que tuvo hacia su mujer. A fin de cuentas, ¿qué otra cosa debía perdonarle?

En aquel instante el Padre Brown se puso en pie y se sacudió su arrugada ropa mirando al joven con ojos entornados y expresión burlona. Al momento siguiente ya había dado la vuelta y recogía su paraguas igualmente arrugado y su gran sombrero deslucido, marchándose hacia la calle.

Anduvo por una gran variedad de calles anchas y plazas hasta llegar a un bello edificio antiguo, en el West End. Llamó a la puerta y preguntó si podía ser recibido por el general Outram. Tras un corto intercambio de palabras le hicieron pasar a un despacho donde había menos libros que mapas y globos terrestres, en medio de los cuales estaba el calvo angloindio de negros bigotes fumando un cigarrillo negro, largo y delgado, al tiempo que marcaba un mapa con alfileres.

—Siento interrumpir —dijo el sacerdote—, tanto más cuanto no puedo evitar que mi interrupción tenga cierto aire de interferencia. Quiero hablarle de un asunto

privado, pero con el único móvil de que permanezca en privado. Desgraciadamente hay quienes lo harían público. Creo que usted, general, conoce a John Cockspur.

La masa de bigotes negros y guías servía de máscara a la parte inferior de la cara del general; resultaba siempre difícil ver si sonreía, pero sus ojos castaños tomaban, a menudo, un brillo peculiar.

—Todo el mundo le conoce, supongo. Yo no le he tratado mucho.

—Bueno, ya sé que todo el mundo sabe lo que él, cuando cree oportuno publicarlo —añadió el Padre Brown sonriendo—. Y según he sabido por mi amigo el señor Mallow, a quien creo conoce, sir John está dispuesto a publicar unos rabiosos artículos anticlericales sobre lo que él llamaría «El Misterio Marne: Unos clérigos, culpables del enloquecimiento de un marqués…».

—Si eso ha de ser así —contestó el general—, no veo por qué ha de venir a explicármelo a mí. Estoy en el deber de decirle que soy un protestante acérrimo.

—Tengo mucha simpatía por los protestantes acérrimos —replicó el Padre Brown —. Me dirijo a usted porque estoy seguro de que usted dirá la verdad. Espero no faltar a la caridad si digo que no estoy igualmente convencido de que, sir John Cockspur la diga.

Los ojos castaños del general volvieron a centellear, pero no añadió palabra alguna.

—General —exclamó el Padre Brown—, supóngase usted que Cockspur y los suyos fueran a lanzar a los cuatro vientos falsedades en contra de su patria y de su bandera. Suponga usted que le dijeran que su regimiento había huido en el momento de presentar batalla o que sus oficiales estaban a sueldo del enemigo. ¿Permitiría usted, entonces, que algo se interpusiera entre usted y la verdad de los hechos? ¿No se lanzaría a la búsqueda de prueba a costa de lo que fuese? Pues bien, yo tengo un regimiento, pertenezco a un ejército y sufro porque tengo la certeza de que eso que usted dice es falso. Mas, como no conozco la verdadera, ¿toma usted a mal que trate de buscarla?

El militar permaneció mudo y el sacerdote continuó:

—Conozco la historia que le contaron ayer a Mallow, según la cual Marne se retiró del mundo por la tristeza que le causó la muerte de su hermano, o algo así. Estoy seguro que ésta no es toda la historia.

—Sí —dijo el general con brusquedad—, no hay más, no puedo decir más.

—General —replicó el Padre Brown sonriendo—, de haber dado yo esta respuesta me habría calificado de jesuítico.

El soldado rió de mala gana y refunfuñó con hostilidad:

—Bueno, pues no estoy dispuesto a decírselo. ¿Qué me contesta ahora?

—Sólo puedo decirle que, si es así, se lo voy a contar yo mismo.

Los ojos castaños le miraron atentos, pero sin brillo. El sacerdote prosiguió:

—Usted me obliga a decir, quizá con menos miramientos de como usted lo habría hecho, el porqué resulta tan claro que haya algo más de lo que se dice. Estoy cierto que el marqués tiene razones más poderosas para sus meditaciones y apartamiento que el mero hecho de haber perdido a un amigo. Dudo de que haya algún clérigo en todo ello; mi ignorancia llega al extremo de no saber si es un converso o un hombre que da limosna para acallar su conciencia; pero de lo que sí estoy seguro es de que es algo más que el hombre apesadumbrado de Marne. Ya que le veo interesado, voy a decirle una de las cosas que me lo han hecho suponer. Primero, queda sentado que James Mair estaba comprometido para casarse y que, con la muerte de Maurice Mair, pareció romperse el compromiso. ¿Por qué razón iba un hombre de bien a romper su compromiso por la tristeza que le causó la muerte de un tercero? Lo más probable hubiera sido que buscase consuelo en ello. Además, estaba obligado a cumplir su compromiso.

El general se mordía las puntas de su negro bigote y se puso en actitud muy atenta e incluso ansiosa; pero continuó callado.

—Otra cosa —dijo el Padre Brown mirando ceñudo a la mesa—. James Mair no dejaba de preguntar a su amiga si no encontraba fascinador a su primo Maurice y si toda mujer no le admiraría. Yo no sé si no se le ocurrió pensar a esa dama si la pregunta no tendría otro significado.

El general se puso en pie y comenzó a andar o, mejor dicho, a herir el suelo con los pies.

—¡Ah, maldita sea esa historia! —exclamó con animosidad.

—Otra cosa —prosiguió el Padre Brown— es la índole peculiar del dolor de James Mair, destruyendo toda reliquia, tapando todo retrato y así por el estilo. Algunas veces sucede así, lo admito; podría no significar otra cosa que una manera muy afectuosa de condolerse.

—¡Mala peste! ¿Cuánto tiempo va a durar esto? —exclamó el otro.

—Los puntos cuatro y cinco que todavía me quedan por decir, son bastante definitivos, especialmente si se toman juntos. El primero de ellos es que Maurice Mair no pareció tener funeral alguno, considerando que era cadete de una familia conocida. Debieron de enterrarlo rápidamente o quizá en secreto. Y el último punto de consideración es que James Mair desapareció inmediatamente hacia el extranjero, o mejor dicho, huyó a los confines del mundo.

»Y así pues —continuó el Padre con la misma blandura y monotonía—, cuando ustedes pretenden empañar mi religión con la historia del puro y perfecto amor de dos hermanos, no paran sino…

—¡Basta! —exclamó Outram con un grito como un tiro de pistola—. Voy a explicarle algo más para que no piense en cosas peores de las que ocurrieron. Permítame usted que le diga una cosa: fue una lucha ecuánime.

—¡Ah! —suspiró el Padre Brown.

—Fue un duelo —dijo el otro—. Probablemente el último duelo que se celebró en Inglaterra y de ello hace ya mucho tiempo.

—Esto va mejor, gracias a Dios, esto va mucho mejor.

—Mucho mejor que las cosas feas que usted supuso —refunfuñó el general—. Está muy bien que usted se burle cuando quiera de ese afecto puro e ideal, aunque no por eso deja de ser verdad. James Mair estaba realmente encariñado con su primo, quien había crecido a su lado como un hermano menor. No es inusitado que los hermanos mayores se apasionen por los menores, sobre todo, en el caso de ser éstos un prodigio infantil. James Mair tenía un carácter tan sencillo que incluso el odio resultaba en él altruismo. Quiero decir que, incluso cuando su afecto se convertía en odio, seguía siendo objetivo, iba dirigido hacia su finalidad y él continuaba sin tener conciencia de sí mismo. Ahora bien, el pobre Maurice era lo contrario. Él era mucho más popular y amigable, y su éxito hizo que habitara una casa de espejos. Él era el primero de toda clase de deporte, arte o destreza, casi siempre ganaba y aceptaba el triunfo con agrado. Pero si alguna vez perdía, había en él la sombra de algo que no era tan amable; era un poco envidioso. No hay necesidad de que le cuente toda la triste historia de su envidia por el enlace matrimonial que iba a contraer su primo, ni que le diga que no podía refrenar su indomable vanidad. Bastará decir que entre las pocas cosas en que James Mair le sobrepasaba era en el tiro de pistola, y con ello acabó la tragedia.

—Querrá decir que la tragedia comenzó —contestó el sacerdote—, la tragedia del que sobrevivió. Yo diría que no necesitaba de los vampiros para que fuera desgraciado.

—A mi modo de ver se preocupa más de lo que debiera —dijo el general—. La lucha fue justa. Y James sufrió grandes provocaciones.

—¿Cómo ha llegado a saber tantas cosas? —preguntó el sacerdote.

—Lo sé porque lo vi —contestó Outram imperturbable—. Yo era el padrino de James Mair y vi a Maurice Mair tendido en el suelo, ante mis ojos.

—Me gustaría mucho que me diera más detalles —dijo el Padre Brown—. ¿Quién era el padrino de Maurice Mair?

—Él tenía mejor padrino; Hugo Romaine era el suyo, el gran actor, usted le conoce. A Maurice le volvía loco el teatro y había patrocinado a Romaine, que era un joven que iba subiendo, mas que tenía que sostener grandes luchas a cambio de unas lecciones para favorecer su afición a las tablas. Romaine, en aquellos días, me parece que debía depender por completo de su rico amigo, aunque ahora tiene más dinero que cualquier otro aristócrata. Sin embargo, el hecho de que fuera su padrino no implica que conociese el móvil de la acción. Lucharon según el canon inglés, un solo padrino por bando. Yo quería que hubiera por lo menos un médico, pero Maurice lo

rehusó con jactancia, diciendo que cuanta menos gente lo supiese tanto mejor, y que en todo caso se podría ir a buscar al médico del pueblo vecino, distante una media milla. «Yo le conozco —dijo—, le conozco y sé que tiene el caballo más veloz de la comarca. Estaría aquí en un segundo; pero no hay necesidad de ello hasta que se sepa.» Y como todos sabíamos que Maurice era el que sufría mayor riesgo, ya que la pistola no era su arma, y era él quien no quería ayuda, nadie se atrevió a insistir. El duelo se celebró en una estrecha faja de arena sobre la costa este de Escocia, donde tanto la perspectiva como el sonido, quedaban cortados por una serie de montículos arenosos moteados de hierbajos, formando parte de los *links*, aunque nadie había aún oído hablar de *golf*. Había un pequeño desfiladero por el cual llegábamos a la playa. Puedo reconstruir el campo: primero, una franja de color amarillo apagado, más allá otra, no tan ancha, de color rojo oscuro; color que parecía preconizar la larga sombra de un hecho sangriento.

»El hecho mismo pareció suceder con una velocidad pasmosa, como sí un remolino de aire hubiese tomado posesión de la arena. Con el sonido del pistoletazo, Maurice Mair pareció dar una vuelta como una perinola y cayó de bruces como un bolo. Y, con gran asombro por mi parte, yo, que hasta aquel instante estaba torturado por lo que podía sucederle, en el momento que le vi caer toda mi compasión se desvió hacia el hombre que lo había matado, y no se ha apartado jamás de él. Ya sabía yo de antemano que con este hecho toda la masa en el péndulo de su amor retrocedería, y que, fueran cuales fueren las razones que hallaran los demás para perdonarle, él no lo haría nunca. No sé cómo sucedió, pero lo que me quedó realmente grabado, lo que permanece cual rastro de llamas en mi memoria y que soy incapaz de olvidar, no es la catástrofe en sí: el humo, el fogonazo ni la caída del hombre; esto quedó en el olvido de la misma manera que no se recuerda el ruido que despierta el sueño. Lo que sí vi, lo que veré siempre, es al pobre Jim correr hacia su amigo y adversario, su barba castaño oscuro, en contraste con la palidez de su rostro, las facciones recortadas sobre el mar, y sus gestos frenéticos, indicándome que corriera en busca del médico. Dejó caer la pistola al tiempo que corría; llevaba un guante en la mano, cuyos lacios y largos dedos, meciéndose al compás de sus gestos, parecían exagerar esta trágica pantomima en demanda de socorro. Ésta es la imagen que no me abandona; y no queda nada más de ella sino el fondo de rayas de arena y mar, la oscura figura del difunto y la negra e inmóvil de su padrino, recortándose, impávida, en el horizonte.

—¿Romaine no se movió? —preguntó el sacerdote—. Yo hubiera creído que fue él quien avanzó hacia el cadáver.

—Quizá sucediera así en el instante en que yo desaparecía, porque este cuadro extraordinario fue captado en un segundo, y, al siguiente, desaparecía yo tras las colinas de arena. Por cierto que el pobre Maurice hizo una buena elección en cuanto al médico. Aunque llegó demasiado tarde, llegó antes de lo que yo hubiera

imaginado. Este cirujano era una persona muy notable, de cabello rojo, irascible, pero extraordinariamente fuerte y ágil de pensamiento. Sólo le vi un momento cuando saltó de su caballo y se marchó al galope hacia el triste escenario, dejándome muy atrás. Pero en ese instante me convencí de su personalidad y hubiera deseado que se hallara presente en el duelo; estoy seguro que lo hubiera evitado de una u otra forma. Sea como fuere, arregló la cosa con una facilidad pasmosa; mucho antes de que yo llegara a la costa, él lo había dispuesto todo con un sentido práctico admirable. El cadáver fue enterrado de una manera provisional entre las colinas de arena, y el infeliz homicida había hecho lo único que le quedaba por hacer, huir de allí. Lo que falta ya lo conoce usted; el pobre Jim se quedó en el extranjero durante muchos años. Después, cuando el asunto estaba olvidado o enterrado, regresó a su lóbrego castillo y heredó automáticamente el título que le correspondía. No he vuelto a verle desde aquel día y casi podría asegurar lo que está escrito con letras rojas en el fondo de su pensamiento…

—Comprendo —dijo el Padre Brown—. ¿Alguno de ustedes intenta verle?

—Mi esposa no ha cesado de hacerlo. Se resiste a creer que un crimen de esta índole pueda perder a un hombre para siempre; y yo he de confesarle que me siento atraído por creerlo asimismo. Ochenta años atrás esto habría parecido del todo normal; y, en verdad, que más se parece a una matanza que a un crimen. Mi mujer es una gran amiga de la desgraciada dama que fue el motivo de la pelea, y tiene la obsesión de que si logra que Jim hable una sola vez con Viola Grayson y que ésta le diga que todos los rencores están echados al olvido, quizá esto podría restablecer su equilibrio mental. Me parece que, precisamente, me ha anunciado para mañana un consejo de viejos amigos. Es muy enérgica.

El Padre Brown jugaba con los alfileres que estaban junto al mapa del general y parecía escuchar sin mucha atención. Poseía esa clase de mente que piensa las cosas por medio de imágenes; y la que coloreaba la mente prosaica del militar tomó colores más elocuentes y siniestros en la mística mente del sacerdote. Veía la franja rojo oscuro de arena, de tinte igual al de la Aceldama, el muerto, yacente, hecho un ovillo, y al asesino encorvándose mientras corría, gesticulando con un guante, preso de acerbo remordimiento. Mas su imaginación caía siempre sobre un tercer elemento que no le cabía imaginárselo dentro de un cuadro humano; el padrino del difunto quedándose impasible e inmóvil, cual negra estatua al borde del mar. Para algunos no sería más que un signo alerta de interrogación.

¿Por qué no se había movido inmediatamente Romaine? Hubiera sido lo más natural en un padrino. Por lo menos, al cabo de un rato y, entonces, el general debía de haberle visto moverse antes de desaparecer tras las colinas de arena.

—¿Acostumbra a reaccionar despacio Romaine? —preguntó.

—Es curioso que me haga esta pregunta —replicó Outram con una mirada rápida

—. No, lo cierto es que, cuando lo hace, lo hace muy aprisa. Pero, es curioso, es lo mismo que me preguntaba esta tarde al verle tan imperturbable a las primeras muestras de una tempestad cercana. Estaba allí con su capa de broche plateado, con una mano apoyada en la cadera, en la misma actitud que cuando estaba en esa maldita playa, años ha. El relámpago nos cegó a todos, pero él ni tan sólo parpadeó. Cuando oscureció otra vez, continuaba aún en la misma actitud.

—¿Supongo que no estará así ahora? —preguntó el Padre Brown—. Quiero decir que debió de moverse un momento u otro.

—No se movió con mucha presteza; cuando oyó el trueno parecía que estuviese esperándolo; nos dijo el intervalo exacto que media entre una y otra cosa… ¿Sucedió algo?

—Me he pinchado con uno de sus alfileres —dijo el Padre Brown—. Espero que no lo habré estropeado, —pero sus ojos centellearon y su boca se cerró bruscamente.

—¿Está usted enfermo? —preguntó el general atónito.

—No —contestó el sacerdote—. Únicamente que no soy tan estoico como su amigo Romaine. No puedo menos de parpadear cuando veo luz.

Dicho esto se volvió para coger su sombrero y su paraguas, pero al llegar junto a la puerta pareció recordar algo y volvió. Llegóse junto a Outram y le miró con expresión de impotencia, como si fuera un pez moribundo, e hizo un gesto como si fuera a coger al general por el chaleco.

—General —musitó—, por el amor de Dios, no permita usted que su esposa ni su amiga traten de volver a Marne. Dejad que los perros dormidos yazcan, pues de lo contrario se expone a desatar todos los mastines del infierno.

El general permaneció con una mirada de atolondramiento en sus ojos castaños y reanudó su tarea en el mapa.

Sin embargo, todavía sería mayor la perplejidad que acometiera a los componentes de la bien intencionada conspiración de la esposa del general, que se hallaban reunidos para aterrizar intempestivamente en el castillo del misántropo. La primera sorpresa que hallaron fue la inexplicable ausencia de uno de los actores de la antigua tragedia. Cuando se reunieron todos en un hotelito cercano al castillo, no se vio a Hugo Romaine por ninguna parte hasta que un telegrama de un abogado les hizo saber que el gran actor había dejado la isla precipitadamente. La segunda sorpresa fue la persona que contestó a su llamada por encargo del noble propietario. No se parecía en nada a la figura imaginaria que hubieran creído más adecuada al lóbrego caserón o a unas formalidades casi feudales. No era ni un mayordomo ni un ayudante, ni tan sólo un digno camarero o un lacayo alto y decorativo. La única figura que salió de la cavernosa puerta del castillo fue la corta y desaliñada silueta del Padre Brown.

—Miren ustedes —dijo con sencillez no exenta de timidez—, ya les dije que sería

mucho mejor que le dejaran en paz. Él sabe lo que se hace y sólo lograrán que todos se entristezcan.

La señora Outram, acompañada de otra dama alta, bella aún y discretamente vestida, que, con toda probabilidad, era la señorita Grayson, echó una mirada fría sobre el pequeño sacerdote.

—Realmente, señor —exclamó—, se trata de un asunto privado que a usted no le incumbe.

—Tenga usted por seguro que todo capellán tiene algo que ver en los asuntos privados —replicó John Cockspur despreciativo—. ¿No sabe usted que viven tras de los biombos como los ratones tras de los tabiques, abriéndose paso hacia los asuntos particulares de todos? Vea usted, si no, de qué forma tienen cogido al pobre Marne. —Sir John estaba resentido con él porque sus amigos le habían persuadido de que no diera grandes vuelos a la publicidad de este asunto, a cambio de permitirle formar parte de un verdadero secreto social. No se le había ocurrido nunca ponerse a pensar si él mismo no se parecía mucho a la rata del tabique.

—¡Ah, ya está bien! —contestó el Padre ansioso—. He hablado con el marqués y con el único sacerdote que le ha visitado; se han exagerado mucho sus gustos clericales. Les digo que sabe de lo que se trata y les ruego que le dejen en paz.

—¿Pretende usted que le dejemos en esta vida de muerte hasta que acabe enloqueciendo? —exclamó lady Outram con voz algo temblorosa—. Y todo porque tuvo la mala suerte de matar a un hombre en un duelo hace ya un cuarto de siglo. ¿Es a eso a lo que llama usted caridad cristiana?

—Sí —repuso el sacerdote tercamente—; a esto le llamo yo caridad cristiana.

—Ésa es toda la caridad que sacará usted de los clérigos —exclamó Cockspur amargado—. Éste es el concepto que tienen de perdonar a un pobre hombre por un acto de locura; enterrarle vivo y hacerle morir a fuerza de ayunos, penitencias e imágenes de fuego eterno. Y todo, porque una bala se desvió.

—En verdad. Padre Brown —dijo el general Outram—, ¿cree usted que realmente se merece eso? ¿Es esta su caridad?

—La verdadera caridad es la que, conociéndolo todo, todo lo perdona —interpuso su mujer con mayor suavidad—; el amor que sabe recordar y perdonar.

—Padre Brown —añadió el joven Mallow convencidísimo—, casi siempre estoy de acuerdo con sus aseveraciones; pero que me cuelguen si comprendo lo que dice. Un pistoletazo en un duelo seguido del remordimiento no es una ofensa tan recriminable.

—Accedo en admitir que me tomo el asunto bajo un punto de vista más serio.

—Que Dios ablande su duro corazón —dijo la otra dama, hablando por primera vez—. Voy a hablar con mi viejo amigo.

Y como si su voz hubiese despertado a un fantasma en la gran casa gris, vióse que

algo se movía; acto seguido se dibujó una figura humana en la entrada, al final de la gran escalinata de piedra. Iba vestida de negro, pero algo desconcertante se escondía en el cabello gris y en las pálidas facciones, como si fueran sombras de una estatua de mármol.

Viola Grayson comenzó a subir los peldaños con lentitud y Outram musitó para sus gruesos bigotes:

—Supongo que no le hará el desaire que hizo a mi pobre esposa.

El Padre Brown pareció encerrarse en sí mismo, resignado, al tiempo que levantaba la vista hacia el general.

—El pobre Marne tiene bastante sobre su conciencia —dijo—. Aliviémosle cuanto nos sea posible. Por lo menos, no fue él quien se portó mal con su esposa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no la conoció jamás —replicó el Padre Brown.

Mientras hablaban, la orgullosa dama subió el último de los peldaños y quedó frente por frente al marqués de Marne. Éste movió los labios para hablar, pero antes de que pudiera proferir una sola palabra, ocurrió otra cosa que lo impidió.

Se oyó un grito que resonó en mil ecos por aquellas paredes vacías. Por la agonía y crudeza con que salió de los labios de la dama, bien pudiera ser un grito inarticulado. Sin embargo, era una palabra articulada y, todos ellos la oyeron con una claridad aterradora:

—¡Maurice!

—¿Qué sucede? —exclamó lady Outram, empezando a subir las escaleras, pues la otra dama se tambaleaba como si fuera a caer cuan larga era. Entonces miró de acá para allá y empezó a descender cabizbaja, encogida, temblando de pies a cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —decía—. ¡Oh, Dios mío!… ¡Si no es Jim… es Maurice!

—Me parece, señora Outram —dijo el sacerdote con gravedad—, que sería conveniente que se retirara usted con su amiga.

Iban a marchar, cuando una voz cayó sobre ellos desde la cima de la escalera. Era una voz que bien hubiese podido salir de una tumba. Era basta y poco natural, semejante a la de los náufragos que permanecen solos en una isla desierta y cuya única compañía son los pájaros selváticos. Era la voz del marqués de Marne y decía:

—¡Deteneos! Padre Brown, antes que sus amigos se dispersen, le autorizo para que les refiera lo que le he contado. Dígase de ello lo que se quiera, no quiero rehuir sus consecuencias.

—Está usted en lo cierto y será en beneficio suyo —corroboró el sacerdote—. Sí —añadió dirigiéndose hacia los reunidos—; esto me autoriza para que hable; pero no se lo diré como él me lo explicó sino como yo lo hallé por mí mismo. Desde el principio me convencí de que estas espeluznantes historias monjiles no eran sino cosas de novela. Nuestros sacerdotes harán presión, a veces, para que una persona

entre en un convento, pero nunca para que se quede vegetando en un castillo medieval. De la misma manera que no le harían vestir hábito si no era monje. Pero me imaginé que quizá le conviniera usar una máscara o bien una capucha. Le oí calificar de afligido y, después, de asesino. Pero ya empezaba a sospechar que sus razones para rehuir el mundo quizá no se debieran a lo que era sino a quién era.

»Luego vino la vivísima descripción del duelo, hecha por el general; y la cosa curiosa para mi modo de ver, resultó la figura de Romaine; era curiosa, precisamente, por hallarse en el fondo. ¿Por qué se ausentó el general dejando en tierra a un hombre muerto cuyo padrino se mantenía alejado de él como un palo o una piedra? Después supe la costumbre que tiene Romaine de permanecer quieto mientras está en espera de algo, como sucedió el día de la tempestad. Bueno, pues, esta manera suya, en este caso, me lo explicó todo. Hugo Romaine también en aquel entonces esperaba algo.

—Pero si todo estaba hecho —interpuso el general—. ¿A qué había de esperar?

—Esperaba el duelo —dijo el Padre Brown.

—Pero si le he dicho ya que yo mismo vi el duelo —replicó el general.

—Y yo le digo que no lo vio usted.

—¿Está usted loco? —preguntó el general—. ¿O qué razones tiene para creerme ciego?

—No ciego, sino encegado para que no viese —dijo el sacerdote—. Porque usted es un buen hombre y Dios tuvo piedad de su inocencia e hizo que se ausentara de ese hecho tan fuera de lo humano. Puso una pared de arena y silencio entre usted y lo que realmente sucedió en esa horrible costa roja, abandonada a la furia de Judas y de Caín.

—Díganos lo que sucedió —rogó la dama impaciente.

—Se lo contaré de la misma manera que llegué a saberlo. De lo que tomé nota después fue de que Romaine, el actor, había estado enseñando a Maurice Mair todos los recursos de las tablas. Yo mismo tuve un amigo que se dedicó a ello y me hizo una descripción muy divertida de cómo las horas de entrenamiento de la primera semana se dedicaban a enseñar el modo de dejarse caer desplomado, sin vacilaciones, como si fuera una piedra.

—¡Dios tenga piedad de nosotros! —exclamó el general, cogiéndose a los brazos del sillón con ademán de levantarse.

—Amén —dijo el Padre Brown—. Usted me explicó luego la rapidez con que pareció sobrevenir todo; en realidad, lo que pasó fue que Maurice cayó antes de que la bala saliera del cañón y se quedó perfectamente inmóvil, esperando.

—Estoy esperando —dijo Cockspur— y siento que no puedo esperar mucho.

—James Mair, impulsado por el remordimiento, corrió hacia su amigo, y sé agachó para recogerle. Había dejado caer su pistola como una cosa malsana, pero la de Maurice estaba aún cargada y al tiempo que el hombre mayor se agachaba sobre el

menor, éste se apoyó sobre su codo izquierdo y tiró sobre él. Así como no ignoraba que su puntería era mala, sabía también que no era posible que fallase el corazón a tan poca distancia.

Todos los reunidos se habían levantado y miraban al narrador con los rostros pálidos.

—¿Está usted seguro de eso? —preguntó sir John con dificultad.

—Estoy completamente cierto; y, ahora les dejo a Maurice Mair, el actual marqués de Marne, a su cristiana caridad. Hoy mismo he oído algo sobre ella en sus mismas bocas. A mi modo de ver, eran demasiado indulgente con él, pero los pecadores que caigan en sus manos gozarán por su error, ya que estarán prontos a reconciliarse con toda la humanidad.

—¡Que se vaya todo a…! —explotó el general—. Si cree usted que estoy dispuesto a reconciliarme con una asquerosa serpiente, le digo que no diría ni una sola palabra para salvarle del infierno… Yo dije que estaba dispuesto a perdonar todo duelo corriente, pero en tratándose de todos estos asesinos traidores…

—Deberían ser linchados —exclamó Cockspur excitado—. Deberían quemarlo vivo, ni más ni menos que a un negro de los Estados. Y si es verdad que hay fuego eterno…

—Yo mismo no osaría tocarle con una pértiga —dijo Mallow.

—Hay un límite en la caridad humana —dijo lady Outram, temblando de arriba abajo.

—La hay —corroboró el Padre Brown con sequedad— y ésta es la verdadera diferencia que existe entre la caridad humana y la divina. Deben perdonarme ahora si no me dejé impresionar mucho por el desprecio que manifestaron por mi poca caridad, o por los discursos que hicieron acerca del perdón universal. Me parece comprender que ustedes sólo perdonan aquellos pecados que no creen verdaderos. Ustedes sólo perdonan aquellos crímenes que no tienen el aspecto de tales sino que antes aparecen como meras convenciones. Así, ustedes toleran un duelo convencional. Ustedes perdonan porque no hallan qué perdonar.

—Que se vaya todo al diablo —interpuso Mallow—. ¿No irá a imaginarse que podremos perdonar una cosa tan vil como esa?

—No —contestó el sacerdote—, pero nosotros hemos de estar preparados para hacerlo.

Con estas palabras se puso en pie y miró en derredor suyo.

—Nosotros estamos obligados a acercarnos a esos seres, no con un palo, sino con una bendición. Estamos obligados a pronunciar las palabras que les han de salvar del infierno. Nosotros somos los únicos que quedamos para librarle de la desesperación cuando su humana caridad les aparta. Prosigan por su camino de rosas, perdonando sus vicios favoritos y tolerando los crímenes de moda; y déjennos en las tinieblas cual

negros vampiros de la noche, para consolar a aquellos que necesitan de verdadero consuelo, aquellos que han cometido actos imperdonables, cosas que ni el mundo ni ellos mismos pueden defender y que sólo los sacerdotes pueden perdonar. Dejadnos con los hombres que cometen esos actos repugnantes y mezquinos, verdaderamente criminales, tan mezquinos como el de San Pedro cuando cantó el gallo. Fue entonces cuando llegó el alba para él.

—El alba —repitió Mallow dubitativo—. Querrá decir esperanza… para él.

—Sí —replicó el otro—. Permítanme otra pregunta. Ustedes son grandes damas y hombres de honor seguros de ustedes mismos; ustedes creen que jamás podrían caer en una bajeza semejante. Pero, díganme. Si alguno de ustedes hubiese llegado a eso y se encontrara en la vejez, estando seguros y ricos, ¿cuál de ustedes habría sido capaz, a impulsos de su conciencia o de su confesor, de declarar semejante pecado? Ustedes afirman su incapacidad para cometer un acto vil. ¿Tendrían ustedes el valor de confesarlo?

Los reunidos recogieron sus enseres y salieron de la habitación, de dos en dos, o en grupos de tres. La habitación quedó sumida en el silencio. Y el Padre Brown, también en silencio, se dirigió hacia el melancólico castillo de Marne.

El secreto de Flambeau

—...La clase de asesinatos en que yo asumí el papel de asesino —acabó el Padre Brown dejando el vaso de vino sobre la mesa. La cinta roja de escenas criminales acababa de pasar por delante de él.

»Es cierto —dijo volviendo a tomar la palabra tras de una breve pausa— que era otro el asesino y que ello me impidió que cometiera el acto material. Yo venía a ser como un segundo actor, siempre dispuesto a actuar en su lugar. Por lo menos he considerado como un deber mío conocer el papel con todos sus pormenores. Lo que quiero decir es que cuando intentaba imaginar el estado mental en que tales actos podían realizarse, comprobaba que yo mismo hubiera sido capaz de hacerlo bajo ciertas condiciones mentales, sólo bajo aquéllas que no son, en general, las que parecen más propicias. Y entonces, claro está comprendía quién había realizado la acción; y esta persona, en general, no era la que parecía más indicada.

»Por ejemplo, parecía natural que se dijera que fue el poeta revolucionario quien mató al juez que lo veía todo tan rojo para los revolucionarios rojos. Mas ésta no es una verdadera razón para que el poeta revolucionario *le matase*. No lo es, si uno se pone a pensar lo que es un poeta revolucionario auténtico. Me refiero a esa clase de amantes anárquicos y pesimistas de la revolución, no como reforma, sino como destrucción. Intenté desbrozar mi mente de todos los atributos saludables y de buen sentido constructivo que he tenido la suerte de aprender o heredar. Cierro despiadadamente todas las ventanas a través de las cuales entra la buena luz diurna del cielo; imaginaba una mente cuyo calor sólo viniera del horno rojo de las profundidades, fuego que iba echando rocas y creando abismos *hacia lo alto*. Y aun entonces no veía la razón por la cual un visionario de esta clase deshiciera su carrera por indisponerse con un vulgar policía y sólo por matar a uno entre un millón de viejos locos, como los hubiera calificado él. No lo habría hecho a pesar de cuantos poemas hubiese escrito elogiando la violencia. No lo habría hecho, precisamente porque escribía canciones a la violencia. El hombre que sabe expresarse en una canción no tiene necesidad de hacerlo suicidándose. Una canción era para él un acontecimiento, un hecho, y tenía necesidad de crear más. Así es que di en pensar en otra clase de malvados; en aquellos que no destruyen el mundo, sino que dependen por completo de él. Pensé, que si no hubiese contado con la gracia de Dios, podía haber sido un hombre para quien el mundo no es más que un derroche de luz eléctrica, sin otra cosa que tinieblas a su alrededor y en el más allá. El hombre mundanal, cuya vida sólo existe en función de este mundo sin creer en ningún otro, cuyos éxitos y placeres mundanales son todo cuanto pueda arrebatar a la nada, ese es el hombre que realmente hará cualquier cosa, si está a punto de perder el mundo entero sin sacar ningún provecho de él. No es precisamente el hombre revolucionario,

sino el respetable, quien cometería cualquier crimen para salvar su reputación. Piensen ustedes en el riesgo que corría, según el criterio de aquel renombrado juez, quien hubiese cometido el único crimen realmente condenado por su mundo: la traición a la patria. Si yo me hubiese hallado en su posición y no hubiese tenido otras bases que una filosofía igual a la suya, sólo Dios sabe de lo que habría sido capaz. En esto, precisamente, estriba la bondad de este ejercicio religioso.

—Hay quienes le juzgarían un tanto morboso —dijo Grandison Chace dubitativo.

—Sí, hay quienes juzgan, indudablemente, que la caridad y la humildad son cosas morbosas —dijo el Padre Brown pensativo—; así sucedía con nuestro amigo el poeta. Pero ahora no voy a discutir acerca de estas cosas; sólo trato de contestarle a la pregunta referente a mi modo de trabajar. Alguno de mis paisanos me ha hecho el honor aparente de preguntarme cómo he procedido para corregir algunas equivocaciones de la justicia. Bueno, pues ahora puede ir a comunicarles que lo hago gracias a la morbosidad. Lo que no quiero es que se imaginen que empleo la magia.

Chace continuaba mirándole con un surco reflexivo en el ceño; era demasiado inteligente para no comprender lo que le habían dicho, y él habría añadido por su cuenta que también tenía una inteligencia demasiado saludable para que fuera de su agrado. Le parecía estar hablando con un solo hombre y, al mismo tiempo, con un centenar de asesinos. Había algo muy inocente en aquella figura enana colocada junto a la estufa no menos pequeña; y le sorprendía que en aquella cabeza redonda cupieran la infinidad de absurdas imaginaciones y tanta injusticia imaginativa.

La obscuridad que le circundaba le parecía llena de gigantescas figuras negras, espectros de otros criminales monstruosos contenidos a raya por el mágico círculo rojo de la estufa, aunque siempre al acecho para hacer trizas a su avasallador.

—Bueno, me temo que ya no me parezca morboso —dijo Chace con franqueza —, pero no estoy seguro de que no sea tan morboso como la magia. Sin embargo, sea morbosidad o no, hay que confesar una cosa, y es que debe de ser una expresión interesante. —Después de detenerse a reflexionar un rato, añadió—: no sé si podría llegar a ser un buen criminal. Lo único que sé es que usted sería un novelista de mucha fama.

—Yo no hago otra cosa que tratar con hechos reales —dijo, el Padre Brown—. Pero a veces, es más difícil imaginarse cosas verdaderas que falsas.

—Sobre todo si constituyen los grandes crímenes del mundo —dijo el otro.

—No son los grandes crímenes, precisamente, los más difíciles de imaginar, sino los pequeños —repuso el sacerdote.

—No veo bien lo que quiere usted decir con ello —opuso Chace.

—Quiero decir crímenes tan vulgares como el de robar joyas —dijo el Padre Brown—. Cosas así como el collar de esmeraldas, el rubí de Merú, o los peces de oro. La dificultad estriba, en tales casos, en que hay que achicar la inteligencia.

Embaucadores más poderosos y engreídos que tienen grandes ideas, no se detienen en cosas tan prosaicas. Estaré siempre tan seguro de que el profeta no habría quitado el rubí como el conde los peces y, por el contrario, un hombre de la moral de John Bankes era muy posible que tomara las esmeraldas. Para aquéllos una joya es un pedazo de vidrio. Pero la gentecilla vulgar ve en ello un valor monetario.

»Pará esas cosas precisa tener una mente muy pequeña. Es muy difícil llegar a obtenerla. Es algo así como enfocar algo pequeño y muy determinado con una máquina que bambolea. Siempre existen detalles que ayudan; por ejemplo, esa clase de hombres que se entretienen en delatar a falsos magos y a pobres faquires de cualquier clase; esa persona tendrá *siempre* una inteligencia muy pequeña; es la persona que dice que los *ve* muy bien y los sabe *coger* diciendo mentiras. No le digo a usted que no sea a veces un deber pesado. Pero proporciona un placer incomparablemente mezquino. En cuanto comprendí lo que significaba una mente baja, supe dónde ir a buscarla: en el hombre que quería delatar al profeta; y fue quien birló el rubí. En el que se mofaba de las pretensiones espirituales de su hermana; y fue él quien arrambló con las esmeraldas. Hombres de esta clase son los que tienen sus ojos pegados a las joyas; no podrían elevarse a la categoría superior de unos embaucadores que desprecian las joyas. Esos criminales de poca inteligencia son siempre muy convencionales. Llegan a criminales partiendo de una mera convención.

»Toma bastante tiempo, sin embargo, el llegar a sentir las cosas con esta crudeza. Constituye un verdadero esfuerzo de imaginación el llegar a ser tan convencional, y el desear con tanto ahinco una cosilla sin importancia. A pesar de todo, se puede hacer… Se puede llegar a imaginárselo con todo detalle. Empezar, por ejemplo, a imaginaros que sois un niño muy goloso, de que os hubiera sido fácil robar un dulce de una confitería, de cómo, precisamente, era un determinado dulce el que queríais… Luego no hay que hacer otra cosa más que sustraer la poesía infantil, dejar a un lado el resplandor que envuelve a la dulcería; imaginad luego que conocéis el mercado mundial, y el valor de los dulces… Se va cerrando la mente cual el foco de la cámara fotográfica… La cosa enfocada empieza a tomar forma, se concreta… y, entonces, súbitamente, ¡se llega a comprender!

Hablaba como el hombre que hubiese tenido alguna vez una visión sobrenatural.

Grandison Chase no dejaba de mirarle con una expresión de duda y de interés mezclados. Hay que confesar que hubo un momento en que, debajo de su reflexivo ceño, se desprendió un destello de alarma. Fue algo así como si la primera confesión sorprendente del sacerdote le traspasara todavía con las últimas ondas vibratorias de un trueno. Iba diciéndose para sus adentros que aquello sólo había sido una pequeña falta cometida en un momento de locura y que, naturalmente, el Padre Brown no podía ser de ninguna manera el monstruo y asesino que en aquellos instantes había pretendido ser. ¿Pero no era ya un indicio de *insensatez* el que un hombre hablara tan

reposadamente de la posibilidad de ser un asesino? ¿Sería posible que estuviera un poco desequilibrado?

—¿No opina usted —dijo con brusquedad— que esa idea suya de llegar a identificarse con el criminal podría hacerle ver el crimen con ojos demasiado tolerantes?

El Padre Brown se irguió en su asiento y habló en tono imperativo:

—Yo sé que de ello resulta precisamente lo contrario. Resuelve todo el problema del tiempo y del pecado. Se provoca el arrepentimiento antes que el crimen.

Se hizo un silencio; el americano levantó la vista hacia el techo empinado que cubría la mitad de la entrada; su anfitrión volvió los ojos hacia el fuego, sin moverse, y entonces la voz del sacerdote resonó con acento cual si surgiera de lo más profundo de su ser.

—Hay dos maneras de renunciar a Satanás —dijo— y en la diferencia está, acaso, la mayor laguna de la religión moderna. Una de ellas es abandonarlo porque está tan lejos, y la otra, por tenerle tan cerca. Y no hay ni virtud ni vicio tan apartados el uno del otro como esas dos virtudes.

Nadie le interrumpió y él siguió hablando con el mismo tono pesado, cual si estuviera vertiendo plomo fundido.

—Un crimen puede parecer terrible porque no se concibe la posibilidad de cometerlo. Yo lo creo horrible, porque podría cometerlo. Unos lo ven como una erupción del Vesubio; pero aquello no llegaría a ser tan horrible como si en esta casa se prendiera fuego. Si un criminal irrumpiese de pronto en esta habitación…

—Si un criminal irrumpiese en esta habitación —interrumpió Chace sonriendo— me parece que se comportaría usted muy favorablemente con él, por lo que puedo colegir. Comenzaría usted por explicarle cuan natural fue que hubiese vaciado el bolsillo de su padre o cortado el cuello a su madre. Francamente, no me parece muy práctico. Me parece que lo más práctico sería que los criminales no se reformasen jamás. Es bastante sencillo teorizar sobre casos hipotéticos; pero aquí sabemos todos que sólo hablamos por hablar. Sentados aquí, en la bonita y confortable casa del señor Duroc, conscientes de nuestra respetabilidad y de todo lo demás, el hablar de ese ambiente de ladrones y asesinos, y de los misterios de sus almas, nos proporciona una emoción teatral; pero las personas que verdaderamente han de tratar con los ladrones, esos tienen que hacerlo de otra manera. Nosotros estamos muy seguros aquí, al lado del fuego, y sabemos que la casa no arde; tenemos asimismo la certeza de que no hay ningún criminal en esta habitación.

El señor Duroc, a quien la ilusión había hecho levantar lentamente de junto a lo que se había calificado de hogar, proyectó su inmensa sombra por encima de todo, oscureciéndolo todo, incluso la misma noche que les rodeaba.

—*Hay* un criminal en esta habitación —dijo—. Yo lo soy. Soy Flambeau, y la

policía de los dos hemisferios me persigue aún.

El americano se quedó mirándole con ojos petrificados y brillantes. Parecía como si no le quedaran fuerzas para moverse ni hablar.

—Nada hay de mítico, metafórico o rastrero en mi confesión —dijo Flambeau—. Robé durante veinte años, con estas dos manos, y escapé a la policía con estos dos pies. Espero que juzgará prácticas mis actividades. Espero que opinará que, tanto mis jueces como mis perseguidores, tuvieron que habérselas con verdaderos crímenes. ¿Y cree usted que no conozco su modo de castigarlo y reprenderlo? ¿No he sufrido el juicio de los justos y la mirada fría de los respetables? ¿No he soportado sus enseñanzas, frías y distantes? ¿Y cree que no me han preguntado cómo es posible caer tan bajo, y que no he oído decir que no hay ni una sola persona decente que pueda ni soñar en esas bajezas? ¿Creerá usted que todas esas observaciones no sirvieron para otra cosa sino para hacerme reír? Únicamente cuando mi amigo me explicó la motivación exacta del móvil de mis robos, sólo desde entonces dejé de robar.

El Padre Brown hizo un gesto como invitándole a callar, y Grandison Chace dejó escapar un suspiro como un silbido.

—Le he dicho la verdad —dijo Flambeau— y queda usted en libertad para entregarme a la policía.

Estas palabras fueron seguidas de un silencio profundo a través del cual podían oírse las risas argentinas de los hijos de Flambeau en el piso superior de la casa y el mascar y refocilarse de los grandes tocinos grises en la oscuridad del patio. El silencio, entonces, fue henchido por una voz en la que vibraba la ofensa, sorprendente para aquellos que no conocen el espíritu sensible de los americanos y cuan parecido puede llegar a ser, a pesar de lo vulgar del contraste, con la caballerosidad de los españoles.

—Monsieur Duroc —dijo el americano con cierto empaque—, hemos sido amigos, creo, por un tiempo bastante largo, y me molestaría considerablemente que ustedes me creyeran capaz de hacerle semejante mala pasada mientras disfruto de su hospitalidad y del calor de su familia, por la única razón de que usted, movido por su entera libertad, me hubiese explicado un detalle de su autobiografía. Y, además, hablando como hablaba usted, en defensa de su amigo… No, señor, no puedo llegar a imaginarme bajo ninguna circunstancia, semejante doblez en un caballero; calificaría semejante cosa de un espectáculo odioso, peor que el de una ruin delación. ¡Vender la sangre de un hombre por dinero! ¡Pero, en un caso así…! —dijo volviéndose al Padre Brown— ¿podría usted imaginarse que un hombre hiciera ese papel de Judas?

—Podría intentarlo… —repuso el Padre Brown.

FIN

Notas

[1] Suburbio de Londres y barrio de los empleados. <<

[2] Secta espiritista. <<

[3] *Green* significa en inglés «verde» y Bagshaw alude al color amarillo del criado. <<



[4] Juego le palabras intraducible por tomar pie en la grafía de las palabras: *fakir* (faquir) y *faker* (estafador o embaucador). <<

[5] El apellido del Padre Brown significa castaño. <<

[6] Nombre popular para designar la primavera. <<

[7] Frase equivalente a pedir peras al olmo. <<

[8] Segundo galán de una compañía de teatro. <<